





Everest

De los Andes al Himalaya

Gastón Oyarzún

Everest: De los Andes al Himalaya.

© Gastón Oyarzún.

Primera edición:

Diciembre de 1984.

Segunda edición:

Mayo del 2019.

Reimpresiones:

Noviembre del 2019, junio del 2021.

Impreso por:

Ediciones Ond Demand.

Fotografías:

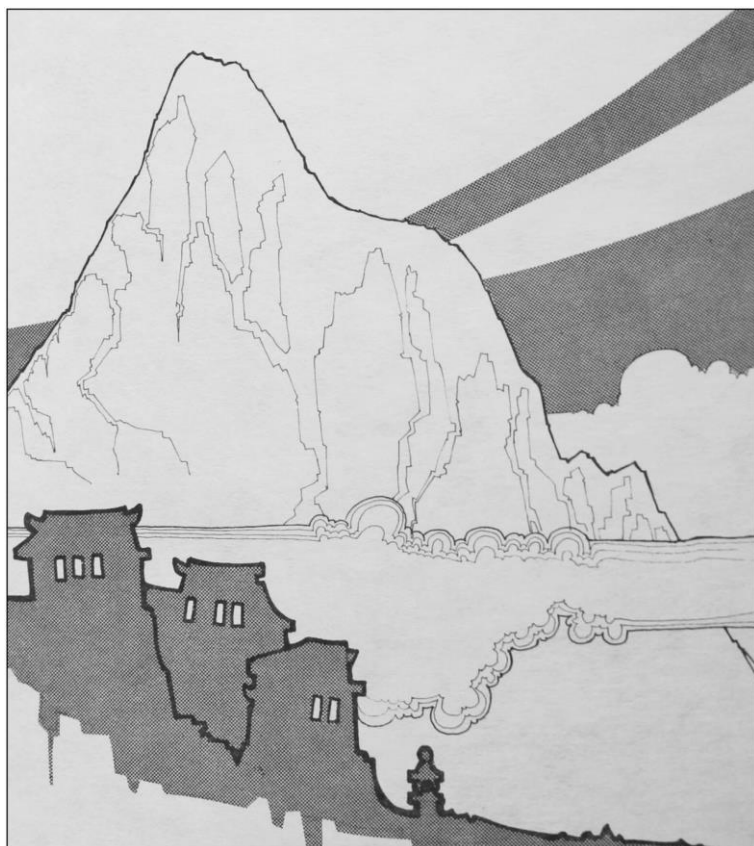
Iván Vigouroux, Dagoberto Peña, Juan Pardo y Gastón Oyarzún.

Revisión:

Glauco Muratti, Paz Pillancari y Francisca Bustos.

Re-Edición 2019:

Elvis Acevedo.



Expedición al Monte Everest 1983



**A mi hija Catalina, y en su nombre,
a toda la juventud. Al futuro.**



Agradecimientos

Este libro es sólo el testimonio de las vivencias pasadas en las montañas más altas de la tierra, y tan sólo pretende comunicar de alguna manera los complejos sentimientos y motivaciones que nos han llevado a lanzarnos a la gran aventura de las montañas.

En su génesis, como en la de muchas expediciones de envergadura que hemos tenido la suerte de vivir, han tomado parte gran cantidad de personas e instituciones que, en distinta forma, y en diferentes tiempos, fueron abriendo los caminos necesarios.

Cuando vemos ya la obra terminada, es el momento de agradecer las ayudas y consejos recibidos. En primer lugar, a las empresas privadas e instituciones deportivas que hicieron posible en su conjunto las dos expediciones chilenas al Himalaya, tanto en 1979 como en 1983.

A aquellos que confiaron en nuestra intención, como lo fueron los patrocinadores y auspiciadores oficiales.

A mí estimada “secretaria” Ivette Carrere, que transcribió pacientemente los manuscritos originales.

A Gastón San Román, que se dio la tarea de corregir la totalidad de los textos; al profesor Eduardo Ubal, que, con su empuje y entusiasmo deportivos, me convenció de la idea de escribir nuestras experiencias.

A todos los que aportaron de una y mil maneras a montar la expedición, como asimismo a mi familia, que en la distancia siempre me alentó con su presencia constante.

Por último, a mis queridos compañeros de cordada, compañeros de aventuras, que en su decisión -más de una vez- de unirse a mí en el riesgo de la escalada, me ayudaron a madurar el difícil y largo camino de convertirme en montañero.

Gastón Oyarzún.



Prólogo

A la Dirección General de Deportes y Recreación le corresponde, junto a otras tantas funciones, la tarea de fomentar y realizar planes de recreación, que permitan a la población el sano aprovechamiento de las horas libres en actividades de contacto con la naturaleza, y otros de tipo recreativo, que le procuren descanso y contribuyan a enriquecer su desarrollo físico, cultural y cívico.

Siendo Chile un país eminentemente andino desde el punto de vista geográfico, el montañismo, en todas sus manifestaciones, se presenta como una actividad humana que sirve como respuesta concreta para incentivar la recreación y el deporte entre los aficionados.

Actualmente, cuando los escaladores chilenos han cumplido programas de envergadura en montañas de cuatro continentes, incluyendo su participación en trabajos científicos en nuestro territorio antártico, cobran interés sus vivencias y relatos directos, que, vaciados en un libro ilustrado con fotografías, sintetizan todo el esfuerzo desplegado en el año 1983, en la tentativa de escalar la cima por la ladera tibetana del Everest.

Digeder apoyó aquella interesante iniciativa, enmarcada en los planes de desarrollo de alto rendimiento deportivo.

Sergio Badiola Broberg Brigadier
General Ejército de Chile

Eran doce hombres...

Gabriel Bello. "Agrupación Cultural Victoria".

Eran doce hombres resueltos, soñadores;
doce voluntades, chilenos conquistadores;
habían planeado todos una estrategia ideal,
no pensaban otra cosa: la cima alcanzar.

Partieron cuando el invierno llegaba,
olvidando los amores que su tierra entregaba;
habían nacido montañistas, era su sino,
expertos caminantes, escuela de arte andino.

Viajaron mucho, fraguando ilusiones,
en la milenaria China esperaba el Everest;
allí estaba imponente, más fría que nunca,
la montaña excitante de la falda a la punta.

Chomolungma, diosa madre de las montañas,
sola, muy sola, conoce todas las hazañas;
quieren conquistarla, ella será para el mejor,
doce chilenos la pretenden, quieren robarle el honor.

Inician lento ascenso por la falda tortuosa,
la montaña serena, ni siquiera se sonroja;
ellos luchan por hacerlo cada vez mejor,
la madre de las alturas les prepara lo peor.

Ora instalan campamentos, ora rezan por llegar,
desesperan doce hombres, ya no pueden respirar;
la altura les niega el aire, les otorga soledad,
cuando miran hacia arriba sólo ven inmensidad.

Parlamentan muy arriba, casi tocan el altar,
el altar en que confían adorar su vanidad;
debilitados ya, los miembros entumecidos.
Temen, se atreven, reflexionan, ¿vencidos?

El último campamento no quiere claudicar,
Chomolungma es tentadora, pero no se deja amar,
en suicida tentativa, de los doce, cuatro hombres,
ellos sueñan alcanzar la agreste y fiera cumbre.

Uno enferma del alma, otro del cuerpo,
ya descienden... la revancha es hecho resuelto;
montaña impía quédate fría por siempre,
retornan doce chilenos... ¡el cielo los alumbré!

Cabizbajos a su patria no quieren regresar,
como trofeos lucirán frío, ansia y soledad;
vuelven, miran hacia arriba queriendo continuar,
el sueño y la dicha que fueron a buscar.

Arriba dejan la calma y la desesperación,
¡derrota! vencido el campamento como blasón;
allá lejos espera la patria con alguna bienvenida.
Chomolungma sonríe, esta vez no fue vencida.

Regresan doce hombres, no pudieron hacer cima,
el Everest orgulloso se alza como una espina,
que punza los corazones de la última cordada;
doce chilenos regresan a su patria bien amada.

Victoria. Septiembre de 1984.

Gasherbrum II. La Pirámide de Mármol

31 de mayo de 1979.

El último día de este mes ha sido muy malo, siempre nevando. Nos hemos levantado temprano y desarmamos las dos carpas "iso" para llevarlas hasta el glaciar. Subiremos los nueve, pero en cordadas de a tres, y cada uno con una determinada misión.

Después de 23 días de marcha por valles, ríos, quebradas y lugares nevados, logramos finalmente establecer el campo base a 5.150 metros de altura, sobre el glaciar de los Abruzos. Fue el fin de una larga jornada, el principio de la escalada, con sus dificultades y riesgos, pero siempre con un desafío para el espíritu.

El campo base está en el centro de un mundo áspero de nieve, rocas y hielo. Las carpas están rodeadas de gigantescas cimas que forman un cristalino anfiteatro alrededor nuestro. Nuestros bravos porteadores Balties han regresado a los valles próximos.

Estamos sin comunicación con el mundo de afuera. En algunos momentos este sentido de aislamiento absoluto es maravilloso; somos una pequeña avanzada del hombre, pero al igual que todos, con miedos, angustias, recuerdos y nostalgias...

Jorge -el "Doc"- y Leo, llevarán cargas al campo uno, ubicado a 5.600 metros, y luego bajarán al base. Deberán volver al campamento de Alto Baltoro para traer más alimentos desde allí. Los

otros seis quedamos en el campo de 5.600 metros, y trataremos de abrir la ruta hasta los 6.000 metros.

Dormimos con cierta intranquilidad, pues el lugar está expuesto a las avalanchas de las laderas del Hidden Peak. Bueno, en toda la zona no hay lugar seguro.

1° de junio de 1979.

El mes de mi cumpleaños, el mes en que empieza el invierno en Chile, allá tan lejos. Me acuerdo de mi casa y de Paula, como todos los días.

Cargamos equipos y carpas en las mochilas, y comenzamos la marcha sobre el agrietado glaciar. La cordada de Lucero abre la huella en una cansadora nieve polvo que cubre hasta las rodillas, y también cubre las grietas.

El glaciar de los Abruzos es expuesto y peligroso. Sin duda es la parte más delicada de la expedición. Sólo tenemos diez días por delante. Hay que avanzar incluso con mal tiempo. Como todos los días, está nevando por la tarde. Luego de nueve horas de dura marcha nos detenemos sobre un gran serac para acampar.

2 de junio de 1979.

Hace ya diez días que empezamos los trabajos de abrir la ruta, y equipar los campamentos sobre el gigantesco glaciar, y casi no avanzamos. La pesadilla del invierno y de la nieve nos hace perder la paciencia. La vida aquí es difícil, y el medio hostil. Sólo nieve y hielo por todas partes, y cuando el cielo aclara, el sol abrasa como un horno. Cómo quisiéramos tocar tierra, caminar sobre el pasto o apoyarnos en un árbol...

La empresa ha sido larga y dura. Una prueba no tan sólo para el organismo, forzado a vivir a 6.000 metros, con falta de presión y oxígeno, sino que también para la mente, que a ratos quiere desbocarse.

Estamos muy cambiados, con la barba crecida y el pelo desordenado, con el ánimo y el humor afectados. Hay tensión acumulada, discusiones a ratos por cosas sin importancia. En otros momentos nos encerramos en nosotros mismos, aferrados a los recuerdos, y nos volvemos huraños y agresivos.

Es el medio gigantesco del Himalaya que nos aplasta. Sólo somos un pequeño puñado de hormigas sembrado en este universo mineral. Nieve, siempre nieve...

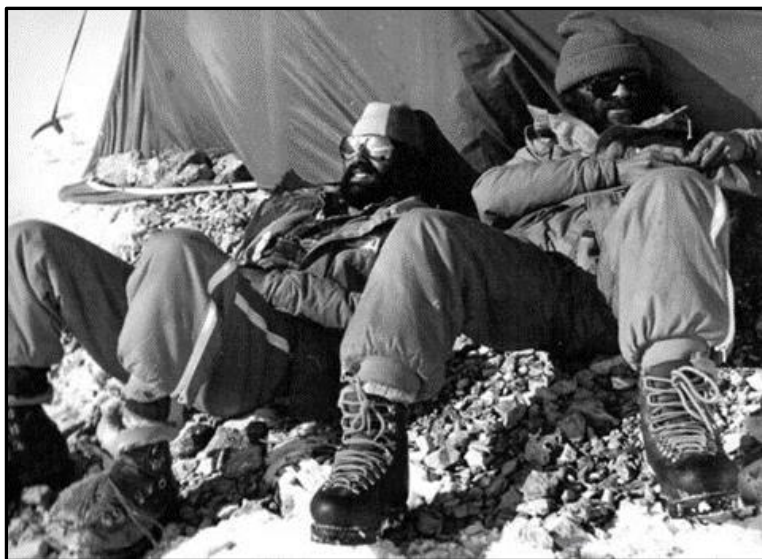
Las montañas de Asia van dejando una profunda huella en nuestros pensamientos. Cuando el tiempo mejora, la radiación lo cubre todo. No hay sombras, ya no hay casi atmósfera.

Con nostalgia pienso en nuestras playas, campos, verduras y frutas frescas. Sobre todo en la dulzura y la ternura que significan los rasgos de nuestras esposas. La mujer representa todo lo bello y lo suave, todo lo que aquí no existe.

Hoy a mediodía al terminar de almorzar, se nos vino encima una gigantesca avalancha desde las laderas del Gasherbrum VI. El estruendo y la enorme masa de nieve nos pusieron los pelos de punta. Nos refugiamos dentro de las carpas, y las cerramos herméticamente para evitar ser mojados. La tromba de viento y nieve pasó sobre el campamento, y continuó por el valle hasta la otra ladera.



Gasherbrum II. La Pirámide de Mármol.



Descanso en el campamento.



Junio de 1979; se inicia el asalto final...

Fue una experiencia demasiado fuerte, y esperamos que no se repita. Después de la avalancha ha empezado a nevar. Estamos preocupados y nerviosos, y tratamos de descansar. Hablamos de los riesgos y peligros para llegar a la cumbre.

¿Dónde está la importancia de que alcancemos la cima, para luego no regresar?

Pero estas preguntas están de más; el sentido más profundo de nuestro deporte es que no podemos explicarlo ni definirlo. Es sólo un imán que nos atrae a enfrentar los problemas de la naturaleza, y tratar de resolverlos.

3 de junio de 1979.

Día importante para la expedición. Con Gálvez y con Vigouroux abrimos la ruta hasta el plateau superior, en la base misma de la pared final. Allí, a 6.100 metros, instalamos el campo 3. El panorama es extraordinario. Este alto valle de hielo es un verdadero mirador hacia la cumbre y hacia las montañas circundantes. Toda la familia de los Gasherbrum nos rodea con sus aristas de roca y hielo, cortando el azul del cielo. Hacia el sur, se divisa el collado que separa el Hidden Peak del Gasherbrum II. A 6.600 metros este portezuelo, junto con el Collado Sur que separa el Everest del Lhotse, son los únicos collados del mundo que están entre dos montañas de más de 8.000 metros.

Día despejado. Al fin de un período de mal tiempo de varias semanas, esta jornada con sol es como un regalo de Navidad. Por la tarde decidimos el plan de ataque a seguir. La ruta será el Espolón Moravec, la misma que siguieron los austríacos en la primera ascensión del año 1956. Nuestros pensamientos se centran en tener unos cinco días de buen tiempo.

4 de junio de 1979.

Día hermoso y despejado. Lucero, Gálvez y Lamilla, hacen por la tarde un reconocimiento a la base de la pared final. Su opinión es que la ruta hacia arriba será dura y difícil. El sol quema mientras la temperatura se mantiene a cinco grados bajo cero. Descanso total del grupo en el campo 3.

5 de junio de 1979.

A las doce de la noche empieza el asalto final. Nos levantamos mientras preparamos el desayuno. A las dos de la mañana ya estamos en camino con ayuda de las linternas frontales, la noche está fría y el cielo despejado. La Vía Láctea observa de lo alto sin siquiera pestañear. Las estrellas parecen mudos cómplices que nos ayudan a ubicar la mejor ruta de ascensión.

Con Gálvez vamos adelante para colocar algunas cuerdas fijas, mientras los otros compañeros vienen más lentos y más cargados. La escalada se hace aérea y difícil. La pendiente, de unos 60 grados, nos obliga a ir lentos. Cuando el sol llega, la nieve se ablanda y pierde consistencia.

Es un día largo y sin descanso. Después de catorce horas que no quieren terminar, ubicamos un lugar para el campo 4. Altitud: 6.500 metros. Estoy agotado y me cuesta recuperarme. Luego de comer algo nos acostamos temprano.

6 de junio de 1979.

Levantada a las seis de la mañana y continuamos la ascensión, con mucho peso en las mochilas. El tiempo sigue bueno. A mediodía atacamos una fuerte pendiente de hielo vivo, donde se

ven restos de equipos semidestruídos dejados por otra expedición. Las cuerdas están bajo el hielo, y algunos tornillos se asoman un poco.

Una tormenta salida de no sabemos dónde, nos golpea con viento y nieve. Dejamos las cuerdas puestas y bajamos hasta los 6.700 metros, donde se pueden instalar las carpas sobre una pequeña terraza. Por la tarde despeja.

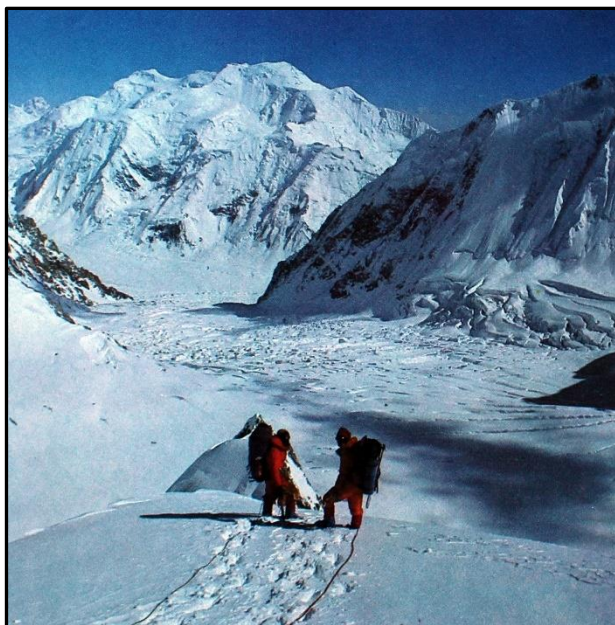
7 de junio de 1979.

Hoy decidimos que Muñoz se quede aquí con una carpa y algo de comida. Los cinco restantes seguiremos. A los 6.900 metros Gálvez presenta un agotamiento general, ha trabajado duro y punteando gran parte de la ruta. Su juventud también parece que lo ha afectado bruscamente. Regresa por las cuerdas fijas hasta el campo 5 donde lo espera Muñoz. Para ellos la ascensión ha terminado. Tenemos una despedida con pena y algunas lágrimas, pero hay que continuar.

Luego de varias horas alcanzamos un pequeño promontorio natural a 7.200 metros, ideal para el campo 6. Ya la cumbre se ve cerca. Quizás mañana hagamos un intento. Será nuestra primera noche a esta altura, 200 metros por sobre el Aconcagua, allá lejos en Sudamérica.

8 de junio de 1979.

Hemos decidido intentar la cima desde aquí. Salimos los cuatro. Rubén, Iván, Claudio y yo; casi sin hablar, pues el frío es grande en este amanecer color violeta y sin nubes en el cielo. Dejamos la carpa y los sacos de dormir. Llevamos las mochilas casi vacías y muy livianas. Hacemos algunas fotos mientras el sol ya se anuncia.



Retorno al base, a los compañeros...

La pendiente sigue fuerte y vamos muy lentos. Una mano se me huela y me cuesta mucho hacerla reaccionar. A las tres de la tarde paramos en la base de la pirámide rocosa. El lugar está a 7.600 metros y se observan restos de carpas y cuerdas de la expedición polaca del año 75. Los cuatro estamos muy agotados, casi no hemos comido en las últimas treinta horas, y sólo hemos tomado unos sorbos de líquido. Sacamos cuenta de lo que falta, sólo 400 metros, pero en estas condiciones y a esta hora jamás llegaremos. Hay que tomar una decisión.

No tenemos equipo de vivac, ni sacos, ni anafe para fundir nieve y obtener agua, pero tampoco hay tiempo para un nuevo intento. Será ahora o no será jamás. Lo decidimos casi sin hablar. Sólo hace falta una mirada para entenderse con el compañero al

que hemos unido nuestra suerte, y con el que estamos compartiendo la vida. Preparamos el vivac.

Cavamos una pequeña explanada con los piolets donde pasaremos sentados la noche, y podamos descansar. Después de horas de trabajo ya estamos instalados. Nos hemos quitado la parte externa de las botas para que haya mejor circulación. Nos ponemos las calcetas y guantes de pluma, y nos cerramos el capuchón de la parka por completo. Pies y piernas dentro de la mochila y luego apretarse el uno contra el otro para no perder calor.

El paisaje es casi onírico. Todas las cumbres del Karakoram bajo nuestros pies. El horizonte cruzado por lenguas de glaciares que descienden en busca de los valles. Estamos en un balcón cósmico, casi en la estratósfera, pero también en el filo de la navaja. Si el tiempo se descompone, quizás no podamos regresar.

Cuando la noche cae baja mucho la temperatura, y el viento nos arroja nieve por todo el cuerpo. Es una noche larga, más que ninguna. Doce horas que parecen siglos de frío negro que traspasan la carne y los pulmones. No hay que dormir, es necesario mover los dedos sin parar, y preocuparse de que el compañero a nuestro lado también lo haga. Algunas veces la alta montaña nos exige esfuerzos o destrezas especiales para superar una determinada dificultad, pero ahora, aquí, en este vivac a 7.600 metros en el corazón del Himalaya, la tarea es otra, soportar la noche, aguantar las horas, economizar energía, y mantenerse despierto a toda costa.

Hay treinta grados bajo cero y fuerte viento. A medianoche asoma la luna entre las nubes, como para decirnos que no olvidemos el ciclo eterno del espacio. Cuando ella se retire, vendrá el sol con su luz y su calor.

9 de junio de 1979. ¡La victoria al fin!

Rubén ha sentido mayormente la noche. Tiene principios de congelamiento en las manos y actúa con poco raciocinio. Nos cuesta prepararnos. Llega el sol, pero el frío continúa. No hay calor, no hay alivio, y hay que moverse. Nos cuesta buscar las botas, cámaras, y grampones bajo la nieve. El día está despejado y la idea es una sola: la cumbre. No hay qué comer ni qué beber. Cuesta respirar este aire frío que punza los pulmones y parece que los cortara. Hoy es la última oportunidad, y la única. Nos encordamos y empezamos una travesía hacia la derecha, hacia la Arista Este.

A sólo dos horas de andar, Iván se siente mal. Paramos. Dice que se están cambiando los colores alrededor suyo. Es la campana de alarma de que está en un estado de total agotamiento. Su cerebro no tiene oxígeno ni glucosa para funcionar. Seguir sería un suicidio consciente. Regresa con Rubén quien también está muy agotado y con su mano casi congelada. Bajarán hasta el campo 7, y allí nos esperarán mientras toman algo líquido y se recuperan. Con Claudio nos encordamos en silencio y continuamos. No hay nada que decir, pero sentimos todo el peso de la expedición sobre nosotros. Es el final de la posta, ya no queda nadie más, y es también la recta final.

Es mediodía y estamos a 7.800 metros. Una grieta camuflada se abre bajo los pies, y Claudio cae unos metros. Como autómatas fijo el piolet y aseguro como puedo. Tendrá que salir solo, no lo puedo ayudar. Aquí arriba nadie puede ayudar a nadie. Sólo hay fuerzas para mantener la vida unida a uno. Con gran esfuerzo superamos el accidente y continuamos hasta las rocas de la arista. Allí sopla un violento viento que nos enfría manos y pies. Tenemos los cuerpos debilitados por la noche pasada. Sentimos los pulmones fríos, y cuesta chupar el aire.



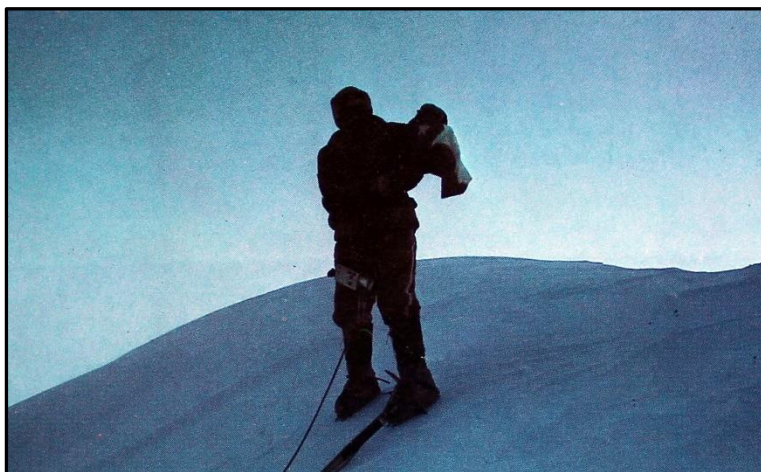
Sobre el glaciar de los Gasherbrum.

Ya no hay fuerza. No siento las piernas, y las manos están insensibles. Apenas puedo tomar algunas fotos. El avance final es lento. Del norte, el viento del Tíbet golpea la cara y casi no se puede ver. Sólo nos queda la fuerza de voluntad. La mente fija en algo y una voz interior suplicando la ayuda para no fracasar ahora. A las seis de la tarde termina la ascensión. ¡Estamos en la cumbre! La nieve nos envuelve y el cansancio nos impide hablar; cuarenta grados bajo cero. Nos hincamos para poder descansar unos minutos. Un abrazo casi animal nos aprieta, lloramos de frío, de agotamiento, de emoción. Unas tomas de cine, unas fotos, y pensar en el regreso, hacia el valle, hacia los campamentos y los compañeros.

El círculo se cerró a 8.000 metros, terminada la aventura sobre la cumbre del Gasherbrum II. Pero allí arriba, también acaba de nacer una nueva.



Los últimos metros, las últimas fuerzas.



18:00 horas, la cumbre...

"Por diferentes motivos se marchan los hombres a los confines abandonados del mundo. A algunos les impele solamente el afán de aventuras, otros sienten una intensa sed de saber, los terceros obedecen a la seductora llamada de unas voces quedas, al encanto misterioso de lo desconocido que les aleja de los senderos rutinarios de la vida cotidiana..."

Shackleton. 1900.

¡Será el Chomolungma!

A comienzos del siglo XX el progreso en continua evolución empieza a acortar las distancias. El alpinismo, que desde hace dos siglos existe en las montañas de Europa, empieza también a dirigir su atención a la cadena más alta: el Himalaya; y en ella, sobre su punto culminante, el Chomolungma; posteriormente rebautizado como Everest.

La lucha por el Everest es sin duda uno de los grandes episodios del montañismo, comparable en sus respectivas épocas a la escalada del Cervino, la pared norte del Eiger, o la heroica historia del K2.

En los años que siguieron al término de la Primera Guerra Mundial, los ingleses, apoyados por su dominio en la India, y la ventaja que esto les confería, debían ser los primeros en plantearse la ascensión de esta gigantesca cima. Desde 1921 en adelante se fueron sucediendo largas expediciones de cierta envergadura, que en dramáticos y prolongados esfuerzos intentarían en vano alcanzar la cima.

En la década del 40, la racionalidad del hombre nuevamente se nubla con las sombras de la guerra. Cae el telón, y los esfuerzos de todos toman nuevos rumbos por varios años. Cuando empieza 1950, se escribe un nuevo capítulo en la historia de las conquistas naturales. Una fuerte expedición francesa en la que se cuentan las grandes figuras del momento como Lachenal, Terray y Rebuffat, opera en las montañas del Asia. El Nepal acaba de abrir sus puertas para los europeos. La expedición dirigida por Maurice Herzog, salió para reconocer una región prácticamente

inexplorada, que tiene como puntos culminantes dos “más de 8000 metros”: Dhaulagiri y Annapurna. La exploración -si era posible- debía completarse con la ascensión de una de estas cumbres.

En primer lugar, se estudió el Dhaulagiri, luego el Annapurna, que finalmente se eligió como objetivo. Quedaba solo por determinar la vía de acceso. Todo esto ocupó semanas enteras, y no quedaba mucho tiempo antes de la llegada del terrible monzón. Se establecen cinco campamentos en el peligroso glaciar que cae hacia el norte. El último se instaló a 7.500 metros. El tres de junio, sin botellas de oxígeno, y aún con equipo rudimentario, Louis Lachenal y Maurice Herzog, alcanzan la cima del Annapurna, después de una heroica batalla contra las inclemencias de la naturaleza.

Durante el retorno las tormentas del monzón sorprenden a los alpinistas franceses como si quisieran cobrarse una venganza por la osadía humana. Herzog y Lachenal sufren graves congelaciones, y deben serles amputadas algunas falanges de manos y pies. Su magnífica historia tuvo un precio caro, pero un mito se había roto, otra ventana hacia el futuro podía dejar ver nuevos horizontes de aventuras y conquistas. Un gigante de 8.000 metros había sido escalado por primera vez, y sólo sería el primero.

Aún quedaba una ascensión que pudiera revestir una importancia comparable con la gesta del Annapurna. Esta había sido la primera cumbre de 8.000 metros alcanzada por el hombre. El Everest era la más alta de todas, y precisamente su conquista iba a seguir a la del Annapurna.



La pétrea y negra pirámide del Chomolungma.

Everest, Sagarmatha, Chomolungma; 8.848 metros.

La montaña tiene tres nombres, la cumbre es solo una.

A casi 9.000 metros de altitud se termina el planeta, o quizás allí empieza. A 8.848 metros se encuentra la cima del monte Everest. Es la zona de los “jet-streams”, aquellos poderosos vientos de hasta 200 kilómetros por hora, que muchas veces aprovechan los aviones de pasajeros para dejarse llevar de un continente a otro.

La cima del Everest se encuentra en las fronteras de la estratósfera, y también en las fronteras de la vida. La gran radiación cósmica, y la tremenda disminución del oxígeno atmosférico, transforman este ambiente en una zona donde una persona puede permanecer sólo algunas horas sin sufrir daños irreparables en su organismo.

El monte Everest forma parte de la gran cadena montañosa del Asia que se conoce como cordillera Himalaya: “el dominio de las nieves”. Esta cadena se extiende a lo largo de 2.500 kilómetros de oeste-noroeste hacia el este-sudeste. Su nombre deriva del sánscrito, y aún ahora en la región montañosa, Himal es una expresión usada para designar cadenas montañosas nevadas.

Hacia el noroeste el Himalaya se completa con el sistema del Karakoram, por unos 450 kilómetros, y hacia el oeste sus últimas ramificaciones terminan en el Hindu Kush. Hacia el norte, dos

ríos legendarios forman el límite natural del Himalaya; el Indo y el Brahmaputra (éste último en el Tíbet se conoce como Tsanpo). El Indo, junto al Ganges y el Brahmaputra, son los tres mayores ríos de la India, y es un hecho geográficamente muy interesante que las fuentes de origen de los tres, se hallen relativamente cerca de la parte central de toda la cordillera del Himalaya. Un punto casi común en su génesis, para luego elegir distintos caminos, largos rodeos, y finalmente encontrarse con el mismo océano. El hombre de Asia también recorre los distintos caminos religiosos del islam, del budismo, del hinduismo ¿para finalmente encontrarse con el mismo dios?

Hacia el sur, las planicies de Assam separan la cordillera del resto del continente. Según la visión actual, la génesis del Himalaya se encuentra en estrecha relación con la teoría formulada por Alfred Wegener acerca de la “Deriva Continental”, que ha determinado la colisión del subcontinente indio, llamado Escudo del Deccan, con el continente asiático, o Escudo Siberiano, luego de una larga migración del primero desde el sur. Esta colisión ha producido el plegamiento de la Cadena Himalaya. Este proceso, que empezara durante el mioceno (hace unos 16 millones de años), fue empujando distintas partes de la corteza terrestre con una dinámica tal, que fue produciendo los plegamientos que darían origen finalmente al Himalaya. En distintas fases o estadios geológicos, ha continuado la presión horizontal que hace crecer y elevar las cumbres muy por encima del nivel del mar.

Actualmente el Himalaya recorre varios países de Asia, desde el este hacia el oeste, Nepal, la India y Pakistán. Por el norte, el antiguo reino del Tíbet, que forma actualmente parte de la República Popular China. Sólo tres países cuentan dentro de su territorio, o en sus límites fronterizos, las 14 cimas mayores de 8.000 metros: Pakistán, China y Nepal. Existen, además, muchos cientos de cimas que sobrepasan los 6.000 y los 7.000 metros de al-

titud. El clima del Himalaya está afectado notoriamente por el régimen del monzón. Cuando éste domina -de junio a septiembre- en pleno verano, se producen las mayores precipitaciones. Por el contrario, en invierno es relativamente seco, por ser la época en que los vientos dominantes soplan desde el Tíbet hacia el océano. Esta característica climática es muy marcada en el Himalaya central y oriental, disminuyendo hacia el oeste, donde en la cadena de Karakoram prácticamente el monzón de verano pasa desapercibido.

En consecuencia, en el Himalaya del centro, del oeste, y en su vertiente meridional, hallamos una flora extremadamente rica y variada. Es fácil imaginar cuánta diversidad de especies puede escalonarse en el espacio de 4.000 metros de desnivel que separan el llano, del límite natural de las nieves perpetuas.

Al borde de la llanura, junto a los cultivos y a los núcleos de población, está la jungla espesa y pantanosa. Más arriba, las primeras laderas constituyen suelos silíceos bastante permeables, y cubiertos de una selva poco espesa de árboles comunes en las regiones cálidas de la India, con un bosque bajo de matorrales.

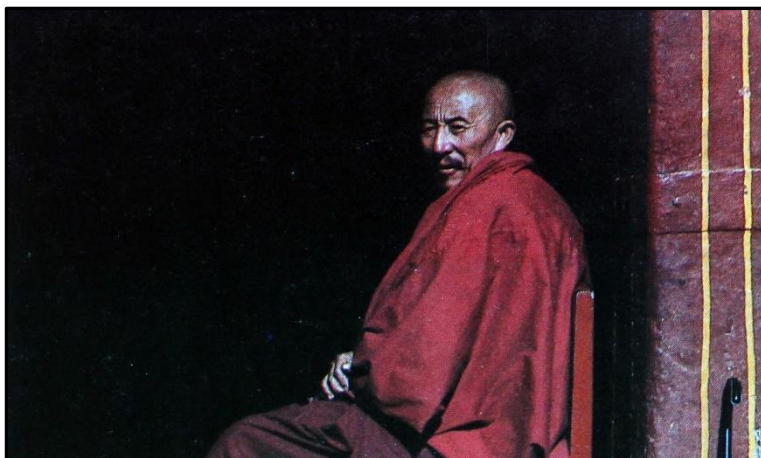
Allí coexisten la fauna alpina y la propia de la montaña: tigres, jabalíes, osos, ciervos, leopardos, etc. Por encima de estos bosques abunda el bambú de hasta treinta metros de alto. Esta es la zona donde se condensa la mayor parte de las nubes. Más arriba el bosque se disgrega y aparecen el roble y el abedul. Sobre los 3.000 metros, magnolias y coníferas, para dejar finalmente espacio sólo a los rododendros. Las especies animales también son numerosas en la parte baja y media del Himalaya. En la zona tibetana, entre los 2.000 y 3.000 metros de altura, viven los osos pandas, característicos de China, el pequeño panda (*Ailurus Fulgens*) y el panda gigante (*Ailuropoda Melanoleuca*). Este último de hermoso color blanco y negro, es el símbolo e in-

signia de la “Fundación Mundial de Vida Silvestre”. Los pandas habitan los bosques ricos en bambú, del cual se alimentan, teniendo un régimen casi absolutamente vegetariano.

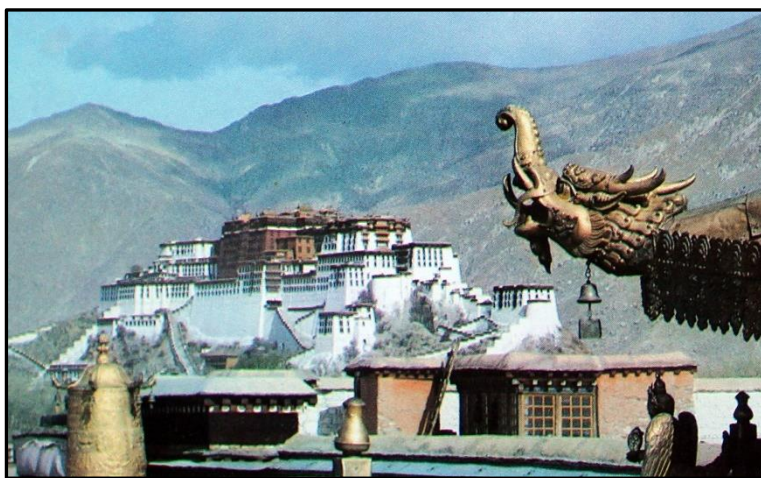
En todo el Himalaya, incluida la vertiente tibetana, vive en estado salvaje una hermosa cabra que en esta región se denomina bharal (*Pseudois Nayur*). Su terreno preferido lo constituyen los sectores con hierba entre los 3.600 y los 5.000 metros de altura. Nuestra expedición del 79 las divisó en grandes manadas a la entrada del Baltoro, y ahora en el Everest pudimos apreciarlas cerca del base, incluso probar su deliciosa carne en compañía de los tibetanos.

Hasta los 5.000 metros vive el peludo y paciente yak (*Bos Grunniens*), uno de los más imponentes e importantes animales nómades de las alturas del Himalaya. Este animal ha sido domesticado, y en el caso del Tíbet, está fuertemente asociado a su economía rural, pues de él utilizan carnes, cueros, leche, mantequilla, grasa, lana, etc.

Esbeltas aves se elevan entre el viento de las alturas, como las águilas y las negras chovas, hasta los 7.000 metros de altura, y en primavera cuando la temperatura aumenta, los faisanes silvestres y los patos recorren las lagunas y planicies en busca de lugares para anidar.



Los monjes budistas cuidan los monasterios.



El Potala. El Palacio del Tíbet.

“Nada hay más excelente que una verdad que parece inverosímil. Siempre se adhiere a las grandes gestas de la humanidad algo de inconcebible, porque en realidad se eleva por encima del nivel medio...”

Es precisamente en lo increíble que ha llevado a cabo, como la humanidad remozca la fe en sí misma. Cuando una idea vuela con alas de genio, cuando se lleva denodadamente y con pasión, es más fuerte que todas las fuerzas de la naturaleza...”

Stefan Zweig.

Historia Alpinística

La historia del Everest está íntimamente ligada a la historia del hombre en los últimos siglos. Esta montaña empieza a ser conocida en el año 1749 cuando el Instituto Topográfico de la India, realizando observaciones desde las llanuras indias, a bajo nivel, descubre una cumbre altísima que sobresale notoriamente por sobre toda la cadena himaláica. Se la designa fríamente con la sigla Peak XV. A principios del 1800, se confeccionan los primeros mapas del Nepal para posteriormente realizarse las primeras mediciones serias de las alturas de las montañas.

El Peak XV es medido desde distintos puntos, y las evaluaciones de estas mediciones dan como resultado 8.839 metros, o sea, una cumbre más alta que ninguna conocida.

En 1856, los británicos de la Survey of India deciden bautizar la montaña con un nombre que de algún modo los identificara. Luego de revisar varias proposiciones con bellos nombres de la región, Sir Andrew Waugh, en aquel entonces jefe de la institución, decide dar el nombre de Everest en memoria de su antecesor, Sir George Everest. Posteriormente este nombre es aprobado y aceptado por Royal Geographical Society of Brittain, de Londres.

En la década del 20 comienzan las primeras expediciones de exploración y reconocimiento a la zona del Everest. En 1920 los británicos reciben la primera autorización tibetana para realizar una expedición al Monte Everest. En este histórico documento se habla del CHO-MO-LUNG-MA, que al igual que CHOMO LUNG-MO en tibetano significa "Diosa Madre de las Montañas".

En 1921 los ingleses Bullock y Mallory, miembros de la primera expedición británica de reconocimiento, descubren el acceso al Collado Norte a través del glaciar Rongbuk Oriental. Al año siguiente vuelven los ingleses. Esta vez siguiendo la misma ruta que el año anterior, la cordada Mallory, Norton y Somerwell, llega el 21 de mayo a unos 8.200 metros. Finch y Bruce, el 27 de mayo, a los 8.326 metros; ambos establecen nuevos récords de altura en esta expedición. Por vez primera se emplea oxígeno artificial con dudosos resultados, y en la zona del Collado Norte un alud sepulto a siete portadores sherpas.

El año 1924 se desarrolla con un signo de interrogación para la historia alpinística del Everest. Una nueva expedición británica está en camino, esta vez bajo la dirección de Norton. El 4 de junio éste llega a una altura de 8.572 metros, y Somerwell a 8.540 metros. Finalmente, Mallory e Irvine fueron divisados por última vez a 8.530 metros; luego una nube los cubrió, y desaparecieron para siempre. Queda en pie la gran cuestión: ¿llegaron Mallory e Irvine a la cumbre? La última vez que los vio Odell iban muy retrasados en relación a sus proyectos, y el tiempo empeoraba.

Según el jefe de aquella heroica expedición, F. Norton, Mallory expresó solemnemente “volver sobre sus pasos, por muy cerca que estuviera de la cumbre, con tiempo suficiente para asegurar el regreso a un lugar seguro”.

Pero ¿aprecio debidamente Mallory el hechizo de la suprema altura? ¿advertía con igual lucidez su atractivo? ¿supo calibrar, acaso, su propia impresionabilidad ante los hechizos de la cumbre, contemplada a corta distancia? Cuando se está en plena lucha es difícil evaluar y ponderar fríamente los obstáculos. Casi imposible retroceder en el preciso instante de alcanzar el gran triunfo. Entendemos los conceptos vertidos por los alpinistas británicos. Acaso ¿no es cierto que de haber evaluado fríamente todos los

factores en juego el 9 de junio del 79, jamás habríamos alcanzado la cima del Gasherbrum II? La cordada Irvine y Mallory descansa para siempre en las laderas del Everest. La montaña derrotó sus cuerpos, pero su espíritu parece inmortal.

La desaparición es algo más que la muerte misma. El misterio que la envuelve deja paso a la leyenda que vendrá. Las propias palabras de Mallory escritas antes de regresar de una cumbre sintetizan el humanismo grandioso de este gran alpinista inglés:

“¿Hemos vencido a un enemigo?, a ninguno, salvo a nosotros mismos. ¿Hemos ganado un reino? No, y, no obstante, sí. Hemos logrado una satisfacción completa, hemos realizado un destino. Luchar y comprender, jamás lo uno sin lo otro, esa es la ley”

La cuarta expedición inglesa que tienta suerte en la montaña se realiza en el año 1933. En aquella oportunidad tres escaladores alcanzan los 8.500 metros y deben retroceder por el mal tiempo. El año 38 se realiza la última expedición inglesa por el Tíbet para intentar el Everest. El grupo bajo la dirección de W. Tilman alcanza los 8.300 metros, y debe regresar debido a la abundante nieve caída.

Llegan los años en que la tormenta de la guerra golpea a Europa. Un negro paréntesis se establece en la lucha por la conquista de las montañas. En 1949 Nepal abre sus puertas a los extranjeros, y al año siguiente empiezan las exploraciones del lado sur de la montaña. En 1951 se escala el legendario glaciar del Khumbu hasta los 6.200 metros. El célebre explorador y alpinista Eric Shipton encabeza aquella histórica expedición que muestra al mundo la puerta hacia la cima. Entonces, los suizos lanzan todo su arsenal en el año 1952. Aprovechando la experiencia acumulada en las previas expediciones inglesas, montan una fuerte expedición que opera en la montaña durante la primavera

y el otoño de ese año. La cordada Tensing-Lambert supera los 8.600 metros sin oxígeno, y sin material de asalto. Fue una hazaña extraordinaria. Pero no era la victoria. La hora de los británicos había llegado...

La expedición inglesa de 1953 iba bajo el mando de John Hunt. Su organización era completa y casi perfecta. El material, ultramoderno y perfeccionado. Se previó una amplia utilización del oxígeno con aparatos más ligeros, los que sin duda fueron factor importante del éxito.

Edmund Hillary con el sherpa Tensing Norgay, que el año anterior había estado con los suizos, salieron el 28 de mayo desde el Collado Sur, hacia los 8.500 metros donde se había establecido el campo 8. Tres hombres los ayudan hasta allí con las cargas y descienden. La noche está tranquila, y la temperatura es "sólo" de 27 grados bajo cero dentro de la carpa. El viento ha cesado por completo. Hillary escribe:

"...A las cuatro de la mañana reinaba profunda calma. Abrí la puerta de la tienda y miré a lo lejos, hacia los valles oscuros y dormidos del Nepal. Los picos de hielo brillaban claramente a la primera luz de la mañana, y Tenzing señaló el Monasterio de Thyangboche, apenas visible en su dominante contrafuerte, a 4.800 metros por debajo de nosotros. A aquella hora tan temprana los ламas de Thyangboche estarían elevando oraciones por los escaladores del Everest..."

Sin duda que el día "D" del alpinismo había llegado. Entre la antecima y la cumbre, la arista era estrecha y aguda, y separaba dos abismos, pero los últimos obstáculos ya cedían. A las 11:30 del 29 de mayo, Hillary y Tenzing tomaron posesión del Techo del Mundo en nombre de toda la humanidad. La escalada del

Everest quedaba escrita con letras de oro en la historia del alpinismo, y también en la historia del hombre.

La escalada del Everest rompe con un mito, y también con un símbolo. Como lo definiera tan bien Lucien Devies:

“Todo lo que se alcanza se destruye, la grandeza de la realización no puede disimular el interrogante que reza sobre el porvenir del alpinismo. Una época toca a su fin con la conquista del Everest; un símbolo y un mito acaban de desvanecerse. Ya no hay lugar para la imaginación”

En esto último Devies se equivoca. Se cierra un capítulo, pero se abren otros horizontes en la conquista de las montañas. Vendrán nuevas metas, mayores desafíos, superiores y cada vez más osados obstáculos que alcanzar.

Se abren rutas nuevas en el Everest, se sube en primavera, en otoño, y también en invierno. En 1975, una alpinista japonesa se convierte en la primera mujer que llega a su cumbre. La seguirán una china y una polaca. En el año 1978 otro mito se destruye. La cordada austríaca formada por Messner y Habeler escala la gran montaña por vez primera sin oxígeno. Prueban dos cosas: que tan sólo son humanos, y que la fisiología de altitud aún vive la pubertad del iniciado...

¿Cuál es el límite de la condición orgánica? La respuesta es desconocida, pero está claro que el extremo aún no ha llegado.

Durante todo este tiempo la ruta del norte, la vertiente tibetana, ha permanecido en silencio, aunque no inmóvil. En la década del 60 los alpinistas chinos realizan grandes esfuerzos por escalar el Chomolungma. Pero no hay pruebas de que alcancen hasta la cumbre. Sólo en el año 1975 la victoria es segura:

“...De la capital dorada vuela argentosa golondrina, el tibio viento primaveral asoma al horizonte; Pekín y el Chomolungma se han fundido...”

El 27 de mayo, nueve alpinistas de la República Popular China, entre los que se incluye una mujer, alcanzan la cima luego de varias semanas de dura lucha con la montaña. A las 14:30 horas (hora de Pekín) culminan la Arista Noreste que conduce a la cumbre del Everest, y despliegan la roja bandera de su país en la parte más alta. Dejan además en la cima un trípode topográfico que servirá para mediciones posteriores.

La ruta del Tíbet ya se ha trazado. Los heroicos caminos de Mallory, Irvine y Norton, han sido completados. Aunque medio siglo más tarde...

Roberto Busquet fue el primer chileno en escalar en las montañas del Himalaya. Invitado por una expedición argentina que intentó ascender el Dhaulagiri -de 8.167 metros- sin lograrlo. Conoció en forma directa los problemas de la altitud. En el año 1973, los montañistas militares Aranda y Catalán conocen la mayor de las montañas. La gran expedición italiana al Everest de aquel año los incluye, también como invitados. Son los primeros chilenos que recorren las frías y heladas laderas del Chomolungma.

La idea de una expedición nuestra al monte Everest, sólo empieza a germinar luego de la primera expedición chilena al Himalaya, que culminara felizmente con la victoria de la cumbre. El recorrido ha sido largo para contar con andinistas preparados y con la suficiente experiencia como para plantearse el objetivo más alto. El año 1977, en febrero, cumplimos la mayoría de edad. Luego de equipar un tercio de pared de roca descompuesta, en cinco días continuados escalamos la pared sur del monte

Aconcagua. En cordada de tres. Con Claudio Gálvez e Iván Vigouroux, sorteamos todas las dificultades de hielo, roca y nieve de la "Gran Pared de América".

La "Sur del Aconcagua" se transformó en la mejor ascensión realizada por andinistas chilenos hasta esa fecha. Los reconocimientos recibidos servirían de estímulo para plantearse nuevas metas futuras; Iván, a nombre de la expedición, recibió una calorosa y positiva carta del presidente de la U.I.A.A. Allí se sintetiza la importancia de la ascensión.

Genève.

5 de octubre 1977

Señor Iván Vigouroux

Universidad de Chile.

Con verdadero interés he tomado conocimiento del éxito de la expedición chilena a la temible pared sur del Aconcagua. Deseo felicitarlo muy sinceramente por este hermoso logro que honra al alpinismo de su país. La rapidez de la escalada de la cual han dado prueba sus camaradas y usted en esta ascensión, demuestran el valor del grupo, y su calidad para enfrentarse a los problemas andinos más difíciles.

He solicitado al redactor de nuestro boletín que mencione brevemente vuestra proeza en el número de diciembre. Le ruego transmitir el saludo fraternal de U.I.A.A. a sus compañeros, y para usted mis mejores saludos.

Pierre Bossus

Presidente Unión Internacional

Asociaciones de Alpinismo Suiza.

Cuando se sube a una montaña o se escala una difícil pared, no se está en busca de premios materiales ni reconocimientos públicos. Lo que está en juego en esos casos es más bien interno y personal. La lucha ha sido con uno mismo, el premio final del resultado también nos pertenece. Una carta o una medalla, sólo pueden simbolizar el gran trofeo espiritual que con esfuerzo y tenacidad nos ganamos alguna vez cara a cara con la naturaleza.

Recuerdo con nostalgia el último día pasado en el Aconcagua al leer de nuevo la bitácora del 77:

25 de febrero. Hemos pasado la peor noche de todas, parados, y prácticamente colgados de las cuerdas, sin dormir, y sin tampoco cocinar por las condiciones del lugar.

Estamos a 6.800 metros y las dificultades continúan en forma sostenida. Hay mucho frío. Superamos con gran esfuerzo un gendarme rocoso en “artificial” para encontrarnos con el vivac japonés de su expedición del 66. Tomamos prestados guantes, y luego seguimos la ascensión.

El día es helado, y los movimientos son lentos y fatigosos. Se nota el cansancio acumulado y la altura. Por la tarde, cuando ya empezamos a pensar en un quinto vivac en la pared, la pendiente empieza a declinar para terminar en el filo este del Aconcagua. Son las 20:00 horas, la pared sur está vencida. Entre abrazos de emoción hacemos algunas fotos para luego continuar hasta la cumbre acompañados de una hermosa y brillante luna. Hay viento y mucho frío. Empiezan a notarse principios de congelamiento en los pies. Claudio será el más afectado. A las 22:00 horas pisamos la cima. Firmamos el libro y nos quitamos los grampones para iniciar el descenso por la ruta normal. El agotamiento y la oscuridad de la medianoche hacen que pasemos un nuevo vivac antes de alcanzar los refugios.

En 1977 nuestra imaginación se echó a volar, pensamos en el futuro inmediato. El Himalaya, quizás...

Después de la sur del Aconcagua vinieron nuevas experiencias, no siempre con resultados positivos, pero la idea de una expedición al Himalaya crecía lentamente y se alimentaba con las nuevas cimas alcanzadas.

Antes de plantearse la posibilidad del Everest, debíamos conocer la cordillera asiática de cerca y escalar una de sus montañas mayores. Así nació la expedición al Gasherbrum II en Pakistán. Un 8.000 para Chile fue la meta propuesta, y un 8.000 fue la meta alcanzada, y a la primera.

Las proyecciones que alcanzará la odisea del Baltoro del 79 trascienden de nuestro pequeño círculo de montañeros. Jorge Bassa y yo somos invitados a formar parte de las comisiones Médica y de Expediciones de la U.I.A.A. respectivamente. Nos reciben las autoridades del país y, a su vez la Dirección de Correos y Telégrafos emite un hermoso sello postal alusivo a la expedición.

En el año 1980 se empieza a pensar seriamente en el Everest, y paralelamente continúan las ascensiones de importancia por parte de los escaladores que aspiran a conformar el futuro equipo. Dentro y fuera del país se van logrando metas que se escriben con mayúscula en nuestras hojas de vida: Fortaleza en la Patagonia; primera ascensión invernal a la pared sur del San Francisco, en la cordillera central; Couloir Gervasutti, Pilar de la Brenva, cara norte de la Tour Ronde, pared norte del Cervino, en los Alpes Occidentales; pared norte del Marmolejo y, finalmente, sólo a pocos meses del Everest, un equipo joven escala en Alaska el monte McKinley, la mayor altura de todas las montañas árticas. Para entonces, se ha decidido ya solicitar el permiso de ascensión al Gobierno Chino, con el que nuestro país mantiene

muy buenas relaciones deportivas, aprovechando que recién el año 1980 han abierto sus fronteras montañosas para grupos de alpinismo extranjeros.



Los Baltíes del Karakoram.

Primavera del 82...

Con la obtención del permiso de ascensión en mayo del 82, se cumplió una importante meta, pero esta misma abría a nuevas consideraciones futuras. Ya existía el compromiso con las autoridades de Pekín, y ya la prensa local se refería a los chilenos que pretendían escalar el Everest.

La expedición comenzó a tomar forma, textura y color. Ya estaba decidido lo fundamental: la ruta, fechas, y número de escaladores. Pero esta hermosa aventura del espíritu que es el alpinismo extremo, debe también asentarse firmemente en una adecuada organización. Las sabias palabras de Chris Bonington confirman plenamente la necesidad de una estructura administrativa seria cuando se desea escalar una gran montaña:

“El planeamiento logístico puede parecer la antítesis de esa aventura romántica que es el alpinismo. Sin embargo, la más insignificante excursión de dos personas, si carece de un cuidadoso plan, puede fracasar por falta de alimentos o de equipo en el lugar y en el momento justo, y entonces el romanticismo desaparece rápidamente”.

“Y entonces el romanticismo desaparece rápidamente”, y yo agregaría que desgraciadamente, algunas veces deja libre paso a la tragedia. Entonces, había que calcular todo. Equipos, alimentos, itinerarios, etc. El tema del oxígeno me quitó varias noches de sueño. Casi todas las expediciones lo utilizaban en el Himalaya, pero asimismo algunos alpinistas probaban que, sin dejar de ser importante, ya no era imprescindible como se consideraba anteriormente. Además, aparecía como un elemento técnico

nuevo en el grupo, pues nadie antes había experimentado en montaña sus virtudes o defectos. Los más jóvenes se inclinaban por usarlo; los más veteranos, más desconfiados, preferíamos rumiar nuestras dudas en silencio. Finalmente, y acorde con la realidad presupuestaria, decidí que se llevara una pequeña cantidad de botellas de fabricación francesa para ser usadas por la noche en los campamentos superiores. La solución intermedia permitió escalar, y transportar cargas hasta los 8.300 metros sin máscaras de respiración, pero asimismo aseguró un relativo descanso por las noches en alturas superiores a los 7.000 metros, y posibilitó una buena recuperación de los primeros enfermos por la altitud: Bassa y Casassa, que debieron ser atendidos en el campo 3 durante el mes de abril, con ayuda del vital gas.

Durante el año 1982, la Federación de Andinismo puso en marcha un comité de organización para hacer frente al gran desafío planteado. Su propio presidente, Hernán Berti, dirigió desde el principio el comité, y se transformó sin duda en el motor fundamental que echó a caminar toda la máquina administrativa. La tarea principal, y casi única, constituía el financiar la expedición.

El camino por delante era duro y espinudo. La búsqueda de recursos no fue fácil ni ausente de tropiezos en un año 1982 en que la economía del país también tenía escollos que salvar. Hubo momentos difíciles que superar, como los de la compra de los dólares necesarios, o la firma de convenios con distintas empresas, o la inclusión de dos personas de TV Nacional en el grupo original. Todo este año 82 aún lo recordamos simplemente como la suma de muchas dificultades que se oponían al avance. Pero el andinismo, no es acaso superar más y mayores obstáculos y, en ocasiones, ¿con riesgos objetivos? Creo que la filosofía íntima de nuestro deporte fue la ayuda necesaria para desbrozar el camino que venía por delante.

Mientras los directivos consiguen auspicios y ayudas económicas para el Everest, el equipo humano sigue entrenado fuerte, y preparándose, consciente de la dimensión del adversario.



Se instala el campo 5, a 7.600 metros.

Test de Cooper

Se aleja la tarde en el recinto del Departamento de Educación Física, y los focos ya iluminan la pista atlética. Corremos como autómatas tratando de controlar el ritmo y la respiración. Los pulmones, el corazón y las piernas están sometidos a un esfuerzo máximo. Al lado de la pista, vestido de buzo y zapatillas, Enrique nos observa y controla su reloj. La prueba, más dura que una ascensión de alta montaña, y tan larga como el infinito, es el “Test de Cooper”. Doce minutos para correr el máximo de distancia que nuestro organismo pueda, en un tiempo que parece no terminar jamás...

En la época actual, la práctica deportiva cuenta no sólo con una técnica específica, y mucha voluntad, sino que además está respaldada por una serie de conocimientos médicos, antropométricos, de nutrición, etc., que posibilitan un mejor rendimiento psicomotor. Para nosotros la parte física fue cobrando mayor importancia luego de la “Sur del Aconcagua”, en que seguimos por primera vez un plan pre-estudiado de preparación. Junto al acondicionamiento técnico y táctico, se ha transformado en un complemento indispensable para contar con una sólida base orgánica que permita desafiar objetivos de máxima envergadura.

En alta montaña, ante dificultades como las que presenta el Everest, una adecuada condición física es fundamental, por no decir vital. Un andinista bien entrenado, y físicamente resistente a la fatiga, muchas veces tiene mayor posibilidad de salvar su vida ante una emergencia, que una persona cansada y sin reservas energéticas. En forma paralela, los fines de semana se destinaban para prácticas de terreno, ascensiones o escaladas, camina-

tas en altura, o utilización de nuevos materiales. Todo se hacía teniendo al Everest en la parte central de la mira.

En octubre del 82, la comisión técnica decidió finalmente los doce nombres que conformaron la selección final, elegida para prolongar en la montaña la gran aventura ya empezada. Los antecedentes y fotografías de los doce volaron hasta China, tal como estaba previsto en los protocolos iniciales, mientras los diarios daban a conocer la nómina completa de los expedicionarios, y su currículum deportivo.

En los días siguientes a la nominación de la lista oficial de expedicionarios, y en mi calidad de jefe de la expedición, envié a cada uno de ellos la siguiente carta abierta:

Estimado compañero de montaña:

Me es muy grato poder dirigirme a ti para ofrecerte mis saludos y felicitaciones por tu designación como miembro oficial de la futura expedición chilena al Monte Everest. En estos momentos la organización de la expedición se encuentra tratando de solucionar una serie de problemas relacionados con el financiamiento, para lo cual se han establecido contactos con agencias de publicidad, canales de TV, radios, diarios e instituciones oficiales.

Las dificultades económicas que se viven en la actualidad hacen mayormente difícil la obtención de los recursos necesarios. Pero los problemas nacen para ser resueltos, y los andinistas siempre estamos dispuestos a alcanzar las metas propuestas.

La elección y nominación tuya para participar en la expedición al Everest, junto con colmarte de orgullo personal debe, además, hacerte meditar en la tremenda responsabilidad que significa. La tarea planteada no es fácil ni está exenta de riesgos.

La Arista Noreste del Everest está muy bien defendida por fuertes vientos que golpean prácticamente toda la ruta de ascensión. Mientras esta empresa se desarrolle en el terreno, no olvides que muchos ojos de muchos lugares estarán pendientes del resultado. La longitud total desde el campo de base hasta la cumbre es de 50 kilómetros, desde los 5.200 metros hasta los 8.848 metros de la cima.

A 6.500 metros se establecerá un campamento de base avanzado desde donde se equipará la subida hasta el Collado Norte. Parte de esta zona está expuesta a los aludes. La parte final de la ascensión, sobre los 7.600 metros, se realizará sobre terreno mixto de roca y hielo con abundantes bloques sueltos, y pocos lugares donde establecer un campamento. Por último, una vez que se alcance la arista final, a 8.500 metros, aún quedarán dos kilómetros para llegar a la cumbre.

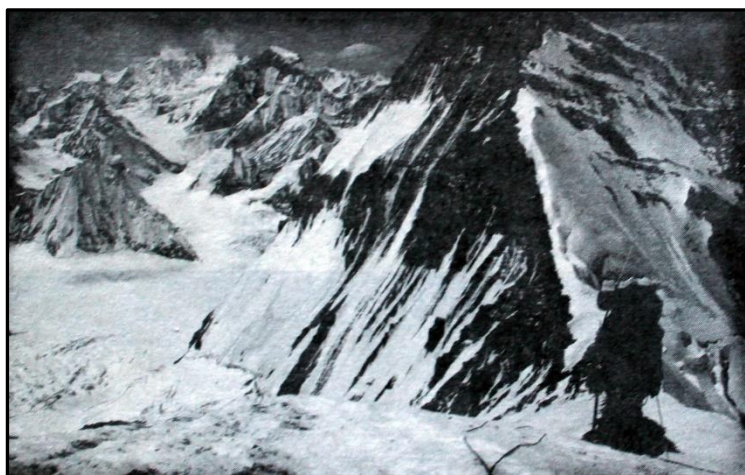
Todo esto debe hacernos meditar profundamente, y convencernos de que la ascensión será tremendamente difícil y aleatoria. Sólo contando con un coordinado trabajo en equipo, y con una entrega personal total, tendremos la posibilidad de regresar con la victoria. De los doce escaladores chilenos más los cuatro porteadores chinos que nos ayudarán en el traslado del material, dividiremos el grupo en cordadas de asalto y cordadas de apoyo, para asegurar que por lo menos una persona alcance la cima. Hay que tener presente que, si una cordada chilena logra la cumbre, el triunfo será de todos, si esto no ocurre, asimismo, el fracaso será de todos.

A tres meses de la expedición, tú estás junto a otros once hombres nominados, viviendo una situación especial. Hoy se dan las condiciones para poner una misión deportiva en el Himalaya, en la montaña más alta de todas. Junto con mantener un adecuado entrenamiento, debes poner atención a tu alimentación, a tus

horas de sueño, a tu salud física y mental. Todo lo que se haga en estos noventa días que restan para el inicio de la gran empresa te parecerá poco cuando te enfrentes con las pendientes nevadas del Everest, cuando el viento te enfríe, o cuando la falta de oxígeno te impida respirar.

El desafío está planteado, las reglas del juego están dadas. Sigamos manteniendo entre nosotros confianza, comprensión, y solidaridad. No nos arrepentiremos.

Santiago, noviembre de 1982.



Trasporte de equipos a 7.900 metros.

Nómina de los expedicionarios

Gastón Oyarzún: jefe de expedición. 36 años, casado, una hija. Fotógrafo profesional e instructor de alta montaña. Vive en Santiago. Primera ascensión pared sur Mesón Alto, primera ascensión cerro Castillo, primera ascensión Cuerno Central del Paine, primera invernal pared sur San Francisco, pared sur Aconcagua, cerro Fortaleza, pared sur Arenas, pared norte Cervino, Couloir Gervasutti, Gasherbrum II, Illimani, Huayna Potosí, primera ascensión pared sur Casa de Piedra. Expediciones en Patagonia, Bolivia, Perú, Alpes, Karakoram, Himalaya, Altiplano, Antártida. Miembro Comisión Expediciones de la U.I.A.A. y de la Sociedad Chilena de Exploraciones.

Claudio Lucero: Segundo jefe de expedición. 49 años, casado, tres hijos. Profesor e instructor de alta montaña. Vive en Santiago. Ojos del Salado, Aconcagua, Nevado Juncal, Tupungato. Expediciones en Himalaya, Bolivia, Perú, Altiplano. Director Escuela Nacional de Montaña, miembro Grupo de Rescate Cuerpo de Bomberos.

Iván Vigouroux: Encargado de equipos. 42 años, casado, dos hijas. Profesor de física e instructor de alta montaña. Vive en Santiago. Primera ascensión pared norte Marmolejo, pared sur Aconcagua, pared sur Arenas, Cuerno Central de Paine, monte McKinley, Couloir Gervasutti, Pilar de la Brenva, pared norte Cervino, canaleta norte La Paloma, Alto del Potrero Escondido. Expediciones en Alaska, Alpes, Karakoram, Himalaya, Patagonia, Perú.



En la pared norte del Cervino.

Jorge Bassa: Médico de la expedición. 42 años, casado, dos hijos. Médico cirujano. Vive en Santiago. Ascensiones en Andes chilenos y montañas del Perú. Expediciones en el Altiplano, Antártida, Karakoram, Himalaya, Perú. Miembro Comisión Médica U.I.A.A. y de la Sociedad de Medicina del Deporte.

Nelson Muñoz: Encargado de alimentación. 38 años, casado, dos hijos. Ingeniero de ejecución e instructor de alta montaña. Vive en Santiago. Aconcagua, Huayna Potosí, Mercedario, Nevado Juncal, Pomerape, Chopicalqui, Huascarán, Sajama, Popocatepetel. Expediciones en Bolivia, Perú, México, Karakoram, Himalaya, Altiplano.

Dagoberto Peña: Encargado de radiocomunicaciones. 32 años, soltero. Estudiante de psicología e instructor de escalada. Vive en Santiago. Primera ascensión pared norte Marmolejo, primera invernal pared sur San Francisco, primera ascensión pared sureste Yamakawa, pared sur Arenas, Illimani, Pomerape. Expediciones en Patagonia, Bolivia, Perú, Altiplano, Himalaya.

Juan Pardo: 25 años, soltero. Estudiante de sociología y monitor de andinismo. Vive en Santiago. Primera ascensión pared norte Marmolejo, Aconcagua, primera ascensión pared sureste Yamakawa, Aleta de Tiburón, pared norte Cervino, Illimani, Pomerape, primera ascensión cara oeste Pirámide, pared sur San Gabriel. Expediciones en Patagonia, Perú, Bolivia, Alpes, Altiplano, Himalaya.

Gino Casassa: 25 años, soltero. Estudiante de ingeniería. Vive en Santiago. Nevado Huandoy, pared oeste Alto de los Leones, pared sur Arenas, primera ascensión pared norte Punta Zanzi, primer ascenso chileno al Fitz-Roy. Expediciones en Perú, Altiplano, Patagonia, Antártica, Himalaya.

Claudio Gálvez: 28 años, casado, una hija. Estudiante de educación física e instructor de alta montaña. Vive en Santiago. pared sur Aconcagua, primera invernal pared sur San Francisco, solitaria pared sur San Gabriel, Pilar de la Brenva, primera ascensión cara oeste Pirámide, pared sur Arenas, Pomerape, Cervino, Naranjo de Bulnes. Expediciones en Patagonia, Tierra del Fuego, Bolivia, Perú, Altiplano, Alpes, Karakoram, Himalaya.

Luis García: 39 años, soltero, empleado. Socorrista en montaña. Vive en Santiago. Glaciar sur La Paloma, Ojos del Salado, pared sur Mesón Alto, Illimani, Huayna Potosí, Tupungato. Expediciones en Altiplano, Bolivia, Andes Centrales, Himalaya.

Eduardo Parvex: 27 años, soltero. Profesor de educación física e instructor de escalada. Vive en Santiago. Fortaleza, monte McKinley, Cuerno Central del Paine, Aleta de Tiburón, Espolón Norte Aguja de Chardonnet. Expediciones en Alaska, Patagonia, Perú, Alpes, Andes Centrales, Himalaya.

Nelson Rivera: 24 años, soltero. Técnico Diesel y monitor de andinismo. Socorrista en montaña. Vive en Santiago. Primera ascensión pared norte Marmolejo, glaciar de los Polacos, Aconcagua, Illimani, pared sur Arenas, pared sur Mesón Alto, Cuerno Central del Paine, Aleta de Tiburón, pared sur San Francisco.

En los meses previos a la partida de la expedición, se estableció un convenio de auspicio por parte del Canal Nacional de Televisión con la expedición al Everest, lo que se tradujo en la inclusión en el grupo original de un equipo de televisión formado por dos personas: Danilo Aravena, camarógrafo, y Santiago Pavlovic, periodista. Aunque eran personas bastante lejanas de la práctica de los deportes de montaña, tenían como misión cubrir periódicamente el evento. En ese momento se desempeñaban dentro del Departamento de Prensa del citado medio de comunicación.

El verano del 83 nos encuentra en los últimos preparativos. Las distintas comisiones de trabajo ultiman los detalles de alimentos, equipos, radios, etc. Los días se hacen más cortos, y el calendario ya no da tiempo al descanso o al relajo. “Un largo viaje empieza con un simple paso”. Y tal como dice el refrán, no hay plazo que no se cumpla. El nuestro también llegó el 9 de marzo. Ya todo está listo y terminado, pero para recién empezar. La carga sellada y chequeada se ha embarcado en el vientre del avión. En total unos 1.500 kilos de cuerdas, carpas, comida, equipos de video, ropa, anafes, y mil cosas más, repartidas en 52 contenedores cilíndricos. Representan ahora la parte material, y más tangible de esta expedición, que se ha echado a volar sobre el gigantesco DC-10 de la K.L.M. La despedida en Pudahuel -como todas- fue emotiva, pero a la vez alegre y colmada de nerviosismo. Ahora por delante nos separan muchas horas, y también muchas escalas antes de descender en las antípodas. El verano queda atrás; en Pekín el invierno ya termina.

China eterna

Cuando en Europa se viven los últimos momentos de la Edad de Piedra, ya los campesinos chinos cultivaban el trigo, y fabricaban vasijas de greda con las mismas técnicas que se utilizan actualmente. Cuando Moisés recibía en el Sinaí las tablas de la ley, los chinos ya hilaban las fibras de la seda natural, transportaban sus cargas en vehículos con ruedas, y escribían bellos poemas en libros de hojas de bambú. Mientras Alejandro conquistaba Egipto y extendía sus dominios hasta la India, en la lejana Catay los comerciantes usaban monedas acuñadas en metal. En tiempos de Jesús, los soldados chinos jugaban al fútbol para mantener la forma física, y cuando en Roma Marco Aurelio meditaba sobre sus epigramas, los súbditos del Celeste Imperio copiaban las frases de Confucio en hojas de papel, y dibujaban exactos mapas de su país.

Ya en el año 444 antes de Cristo, los sabios chinos habían descubierto que el año se compone de 365 días y seis horas. Mientras Europa se debatía en los tramos finales de la Edad Media, en el imperio chino surgen entre sus millones de habitantes genios anónimos que van descubriendo y creando objetos, artefactos, técnicas y juegos que serán conocidos en Occidente sólo muchos siglos después.

Las manchas solares que observó Galileo en 1613 ya eran conocidas por los astrónomos chinos del año 28 antes de Cristo. En la misma época, los artesanos de las montañas de Sichuan fabricaban muebles adornados con laca, frascos de cristal, y pequeños cofres provistos de espejos de bronce. La civilización china dio nacimiento a algunos de los grandes inventos que han contri-

buido al progreso de la humanidad como la brújula, la pólvora, y la imprenta de tipos móviles.

Las antiguas tradiciones se funden en la historia, y se pierden en la bruma de los tiempos. Los cuatro mil años de su largo y lento recorrido se entremezclan entre las porcelanas, las sedas, el jade, y la misteriosa acupuntura que permanece hasta hoy.



China Eterna. El Palacio Imperial.

De la capital dorada al país de las nieves

Una pareja de leones guarda la entrada del Palacio Imperial. Son de bronce, y pesan varias toneladas. Bajo la mano de la hembra, un cachorro mira al cielo; bajo la mano del macho, apretado por las guerreras uñas; el mundo.

¡Cuánto simbolismo hay en esas imágenes que observan los cielos de Pekín desde las últimas dinastías! Pekín ahora es Beijing, y es también, sin duda, la síntesis de la China Imperial y de la Nueva. Aunque China tiene más de mil millones de habitantes, sus ciudades no son tantas ni se notan tan pobladas. El invierno en la capital es seco y frío, y la atmósfera es de un suave color ocre. Las bicicletas son dueñas del paisaje y los niños nos observan con interés, y con cara de pregunta. Esta gente de piel blanca, barba y ojos tan redondos, ¿de dónde será?

En el centro de Beijing está la Plaza de la Paz Celeste. Allí los abuelos practican su hobby milenario; hacer volar bellos y danzantes volantines. Formas y colores tan distintos entre sí, que el aire entero de Pekín se puebla de una fauna mitológica. Dragones, aves, hombres alados. Cada chino los fabrica con sus manos, y luego los despliega por el cielo con orgullo. Los niños no pierden detalle del milagro producido.

En la arquitectura de Pekín coexiste la historia sin dañarse. Junto al Templo del Cielo se levantan edificios para departamentos, y frente a la entrada de la Ciudad Prohibida, un mausoleo casi griego guarda los restos del líder. Es la tumba de Mao.

Muy cerca de la capital china vimos la Gran Muralla, de seis mil kilómetros de longitud. Una gigantesca defensa granítica levantada en cientos de años para proteger el imperio de las hordas tártaras. Mucha decisión hace falta para emprender una obra tan grandiosa. Pero China es grande, y larga en su historia y convicción. Esto se observa en su pasado y se intuye en su futuro. Pensamos con modestia en los capítulos extraordinarios de esta nación, los grandes imperios, la Gran Muralla, la Gran Marcha que emprendieron los seguidores de Chu-Te y Mao-Tse-Tung en el año 34...

En la China actual conviven el arado primitivo y la bomba atómica. Pero la miseria se aleja. Los propietarios del tiempo del Kuo-Ming-Tang han muerto, los japoneses y Chang-Kai-Shek han partido para siempre.

En Pekín completamos los trámites aún pendientes antes de viajar a las montañas. Nos recibe nuestra embajada, con más amistad que protocolo. Las autoridades deportivas a su vez, nos ofrecen un banquete por el éxito de la expedición. El 15 de marzo brindamos con pato lacado y vino dulce a la salud de todos los amantes de las montañas, y por la cumbre del Chomolungma.

Desde Beijing hasta la base del Everest aún nos separan varios miles de kilómetros, y casi una semana de viaje. El jueves 17 de marzo dejamos la capital de China a bordo de un ruidoso cuadrimotor Ilushin de la década del 60. Nuestra primera escala luego de tres horas de vuelo hacia el suroeste es Chengdu, capital de la provincia arroceras de Sichuan.

La montaña está cerca y la vegetación casi tropical aumenta notoriamente. Sichuan es la gran región agrícola del país, el granero natural, y la región donde el bambú alcanza los tres metros de altura. Sichuan también es la patria de origen de los bellos

pandas de colores blanco y negro, conocidos por los niños de todo el mundo.

El segundo día el avión se eleva por encima de las montañas nevadas. Es la gran cordillera Trans-himalaya, y muchas de sus cimas sobrepasan los seis o siete mil metros de altitud. El monte Gongga de 7.590 metros, es el centinela luminoso que erguido con orgullo observa el paso del avión. En pocos minutos ya estamos sobre el legendario territorio del Tíbet. El invierno aún es dueño de la región. Hay mucha nieve en las montañas y en los valles circundantes. En pocos días más estaremos viviendo en las alturas.

Sus afluentes azules serpentean entre un desierto de dunas blancas. El vuelo finaliza en el pequeño aeropuerto de Lhasa. Hemos llegado bruscamente a la altura de 3.700 metros, y los efectos se hacen sentir ligeramente.

La pista de aviación está a 100 kilómetros de la ciudad, y la separa un polvoriento camino que bordea al río Tsangpo. El viaje al corazón del Tíbet es un viaje hacia el pasado. El tiempo parece haberse detenido hace siglos en las costumbres y ropajes de los habitantes del techo del mundo. Nuestros anfitriones chinos nos instalan en el Hotel de Extranjeros, a pocas cuadras del centro de la ciudad. Todo el valle está rodeado de montañas de 5.000 metros donde aún permanecen algunas briznas de nieve, como mudos testigos del invierno que llega a su fin.

Hay algunos nombres conocidos en el grupo norteamericano como el alpinista y esquiador de velocidad Steve McKinley, vencedor de kilómetro lanzado en Portillo, y el veterano del Himalaya John Roskelly.



Los campesinos del Tíbet.



Nuestros amigos los yaks.

Debemos permanecer por tres días en Lhasa en espera de la carga antes de continuar el viaje hacia el Everest. El sábado 19 de marzo Lucero está de cumpleaños. Completa medio siglo de existencia. Por la noche en el dormitorio del hotel, brindamos por su vida presente y futura. Claudio siente la emoción de este cumpleaños lejos del hogar, pero cerca de la montaña. Sin los hijos a su lado, pero rodeado de hermosas cumbres, en el País de las Nieves.

La estadía obligada en la capital del Tíbet marca el primer pelotazo en la aclimatación a la altura. Jorge, el "Doc", aprovecha la ocasión para hacernos correr un largo cross, y luego efectuar mediciones de presión, frecuencia cardíaca y ritmo respiratorio. En un cuadro especial, nuestro médico va completando una serie de evaluaciones hechas en distintas condiciones y a diferente altitud. Algunos estamos fuertemente resfriados con los cambios de clima, de horarios, y de regímenes alimenticios a que hemos estado sometidos en los últimos diez días.

Todos aprovechan para hacer un poco de turismo en la ciudad, el mercado, y algunos de los majestuosos monasterios. La situación geográfica de esta región favorece la existencia de un clima seco y continental. Los inviernos son fríos con pocas caídas de nieve. Más tarde cuando se acerca la primavera, los días se entibian, mientras las noches continúan frías. Durante esta estación, todas las tardes, regularmente soplan fuertes vientos y tormentas de arena.

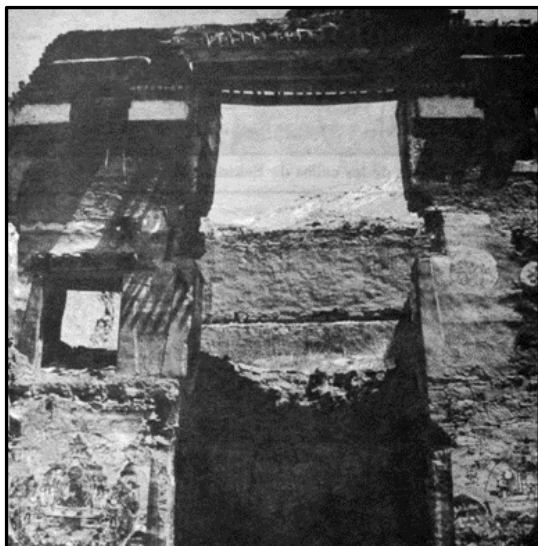
La calle de entrada a Lhasa conduce al pintoresco mercado y al Monasterio de Jokhang. Hasta allí llegan peregrinos de muchos lugares para entregar sus oraciones a Buda. La masa humana es densa y un olor muy penetrante lo llena todo. Entre el incienso, las ropas de cuero y la grasa de yak ardiendo en los candelabros de metal, se forma una verdadera pasta de olores que cuesta

respirar. Numerosos tibetanos se postran y rezan con emotiva religiosidad. Este monasterio es el más frecuentado de todo el país. Recibe unos 15.000 visitantes por día durante la primavera. Los fervorosos creyentes vienen no sólo del Tíbet, sino que también de la India, de Nepal, de Mongolia, de China. Algunos atraviesan a pie todo el territorio y su peregrinaje puede durar casi toda la estación.

Al entrar al monasterio se deja afuera el siglo veinte, para regresar bruscamente al pasado. La interminable procesión desfila entre un laberinto de pasillos estrechos. Algunos depositan sus ofrendas frente a las imágenes del budismo; todos rezan en voz alta. Un gran ambiente místico envuelve a la gente y a las cosas. Esta religión oriental es casi chocante en su fuerza y vitalidad, y aunque no logramos entenderla, nos conmueve e impresiona fuertemente.

El budismo tibetano (lamaísmo) corresponde al budismo tántrico, y fue introducido en el país hace unos 1.200 años. Los primeros lamas fueron hindúes y tibetanos formados en Nalanda, al norte de la India, junto a unos 30 mil estudiantes. El hecho de que esta forma de budismo haya subsistido en el Tíbet y Mongolia hasta nuestros días, se debe a que las montañas y desiertos ofrecen un marco singularmente apropiado. El rasgo físico más destacado de ambas regiones es la inclemencia del tiempo y la dureza de las condiciones de vida. El Tíbet, un formidable altiplano barrido por vientos gélidos y limitado por altas barreras montañosas, aún permanece casi aislado del mundo exterior en forma natural. La doctrina budista tibetana está basada en el poder del espíritu que maneja el ciclo eterno de la vida y la muerte. Los lamas son considerados poseedores de poderes sobrenaturales en el misterio de la muerte. Poseen un poder psíquico que les permite atrapar el espíritu fuera del cuerpo sin vida. Cuando un individuo muere, un lama se instala cerca del difunto, y luego de

un gran recogimiento, profiere profundas exclamaciones. Estos gritos mágicos producen un orificio en la cima del cráneo por donde se libera el espíritu. Durante muchos días aún, el lama permanece prodigando sus consejos.



El semidestruido Monasterio de Rongbuk.

El espíritu camina a través del Bardo, un mundo de transición que puede ser el Paraíso, el Purgatorio o el Infierno. El espíritu de un sujeto miserable errará desorientado por el Bardo y será víctima de numerosas desventuras, antes de encontrarse nuevamente con el camino de una nueva reencarnación, en un mundo también nuevo. El tipo de vida pasada determinará el mundo nuevo en el que él renacerá, y su nueva condición de ser vivo; animal, humano, etc. Los grandes místicos pueden escoger el momento de su muerte. Aunque estén agonizantes, profieren ellos mismos las exclamaciones mágicas sin ayuda de nadie. Su espíritu está siempre claro y lúcido.

Si durante su vida el sujeto alcanza el estado extremo de sabiduría, a su muerte será definitivamente liberado del ciclo de la reencarnación, y habrá ganado finalmente la iluminación final; el Nirvana.

Después de los ritos religiosos, el cuerpo no es enterrado como hacen los cristianos. En la mayoría de las comarcas lo incineran, y las cenizas son mezcladas con arcilla. Los parientes más cercanos realizan pequeñas estatuillas con la mezcla, y representan figuras y deidades que luego depositarán en la montaña, en una cavidad rocosa al abrigo de la intemperie. En otros lugares el cuerpo es disecado en la cima de una colina, y entregado como ofrenda a las aves silvestres. Cuando los muertos aún son niños, sus cuerpos alimentarán a los peces de los ríos y de los lagos del Tíbet. El ciclo eterno se cumple sin tropiezos una y otra vez, la muerte y la vida se nutren entre sí.

Los tibetanos son extremadamente supersticiosos e ingenuos. A través de sus creencias populares, el Tíbet es el país de los demonios, a los que consideran numerosos. Existe un gran número de leyendas y anécdotas sobre el tema. Los místicos están a su vez encargados de domarlos, provocando encuentros con sus espíritus maléficos gracias a una concentración psíquica. Aprovechando la credulidad y la piedad nativa de los tibetanos, también existen numerosos lamas clarividentes y charlatanes. Los gobiernos locales se dejan influenciar por las predicciones de oráculos que consultan frecuentemente. Los brujos existen ciertamente aún en las aldeas perdidas.

En el centro de Lhasa se alza el majestuoso Potala, actualmente conocido en todo el mundo como una de las mayores construcciones del budismo. Fue fundado en el Monte Putio (la montaña de Buda), en el siglo séptimo por el primer rey del Tíbet. Posteriormente fue objeto de sucesivas ampliaciones y restauraciones

bajo el reinado de diferentes Dalai-Lamas. El aspecto exterior del templo de nueve pisos, de ventanas rojas y muros blancos, de techos con adornos de oro y bronce, es verdaderamente impresionante. Hacemos una visita al legendario Potala luego de solicitar a los monjes la autorización correspondiente. Podremos conocer su interior, pero se prohíben las fotos o las filmaciones. Entramos por la puerta del sur, luego de una larga sucesión de escaleras. Los muros de protección, altos y lisos, se asemejan a los castillos de la Europa medieval. Ya en el interior, somos guiados por algunos tibetanos entre oscuras galerías y húmedos laberintos. Los monumentos sagrados están cubiertos de piedras preciosas y adornos metálicos. En el primer piso están las estatuas de cuatro Dalai Lamas, sus cofres funerarios, y un gigantesco chorten de catorce metros, cubierto de piedras y metales preciosos.

Un piso entero del Potala guarda en la penumbra, la biblioteca poseedora de miles de libros escritos en tibetano desde hace 17 siglos. Todas las murallas interiores contienen coloridos frescos con leyendas y figuras que representan la historia del Tíbet, la historia de los Dalai, la historia del hombre y la tierra.

El Palacio del Potala tiene una parte pintada de rojo donde viven los monjes, y una parte blanca donde se guardan las figuras, los libros, y donde se realizan las oraciones.

Desde esta legendaria construcción, el reino del Tíbet fue dirigido por cientos de años por el Dalai Lama y su corte, que controlaban a sus súbditos tanto en lo político como en lo espiritual, hasta el año 1950, en donde pasa a formar parte ilegalmente de la República Popular China. El último Dalai Lama que gobernó el Tíbet fue Gawang Losang Tenzing Gyatso, nacido en el año 1935 en el este del territorio. Aunque vive actualmente en la India, se considera el Dalai Lama número 14.



La bicicleta es la dueña de las calles de Pekín.



La Gran Muralla. La Gran Obra.

Como todos los “lamas vivientes”, el Dalai Lama, que significa “Mar de la Sabiduría”, representa la virtud religiosa; es el Buda de la contemplación y reencarna a Chenrezi, uno de los miles de Budas vivientes que han renunciado a la vida eterna del Nirvana, para vivir entre los hombres y ayudarlos.

El actual Dalai Lama fue descubierto a los dos años de edad, por los monjes encargados de encontrar un sucesor para el antiguo líder del Tíbet. Todas las pruebas que le impusieron fueron resueltas sin problema. Su familia cambió de rango social, y se fue a vivir a los pies del Potala. De acuerdo a lo establecido debió someterse a una larga y profunda preparación por parte de los monjes instructores. Luego de la llegada de los chinos, pierde la dirección política del país, y antes de la revolución cultural se refugia en la India. Su renombre es tal que sigue siendo considerado por los fieles el más alto maestro lamaísta. Una profecía pronunciada por él, decía que el Dalai Lama número 14 sería el último soberano del Tíbet. ¿Tenía razón?

La llegada de la carga y los equipos nos hace regresar al presente súbitamente. Ha llegado la primavera al Tíbet con sus deseos de color, y aire más tibio. Para nosotros ha llegado la hora de partir del hotel rumbo al campo de base del Everest, aún distante 750 kilómetros de polvorientos y fríos caminos. Los cambios de clima y el largo viaje han resentido la salud de todos.

El 22 de marzo abordamos los camiones y el jeep para acercarnos a las montañas. Hemos cargado todo el equipo, materiales, y alimentación en dos camiones de aspecto anticuado, pero fuertes y ágiles para los caminos que conducen al Chomolungma. Nuestro grupo ha crecido. Nos acompañan Yuan, el intérprete español-chino, y Lobsang, un escalador tibetano que ha sido designado como oficial de enlace. Además, el chofer del jeep permanecerá con nosotros en el base durante toda la ex-

pedición. Lhasa queda atrás, entre el polvo del camino, y por entre el valle del río Psangpo. Los campos de cultivo empiezan a ser preparados para la siembra. El hielo del invierno se retira lentamente de la región para dejar paso al arado que dibujará la tierra donde luego crecerá el trigo.

El camino que tomamos conduce al sur oeste para cruzar el Himalaya e internarse en Nepal. Aunque la pista es de maicillo, los tibetanos le hacen una buena mantención. Cada aldea cuida una cierta cantidad de kilómetros, y se preocupa de tenerla sin baches ni piedras sueltas.

Subimos hasta altos portezuelos, cruzamos anchos cordones montañosos, y recorremos largos valles. Muchos ríos y lagos aún permanecen congelados. El paisaje nos recuerda un poco el altiplano americano. El color de las montañas, las manadas de ovejas y las cabras son iguales. Si no fuera por los yaks, tan típicos del Asia, costaría saber que estamos tan lejos de casa.

El primer día hacemos escala en Xigatse, altura de 4.000 metros. Hay frío y cansancio, y luego de comer algo nos vamos a dormir en la residencia adaptada para los chinos y los turistas extranjeros. Tengo una fuerte gripe y me cuesta protegerme del frío. Hemos penetrado dentro del territorio tibetano a través de la ruta que se interna en el Nepal. El trayecto es parecido, y se aprecian las mismas construcciones y colores de las casas.

El segundo día de camión pernoctamos en Xegar, un poblado más pequeño pero levantado en un valle mucho más alto que Xigatse. A 4.300 metros, Xegar es una pequeña aldea de montaña bordeada por un par de azules ríos. Como siempre, el viento sopla después de mediodía. Las casas, muy densas y apretadas, están construidas de piedras y barro, y los techos planos también sirven para secar ocasionalmente algunas cosechas de la

temporada. La única abertura visible es el agujero por donde escapa el humo. En todos los muros flotan multicolores banderas tibetanas de oración. Justo sobre Xegar se eleva una pequeña colina rocosa que presenta antiguas fortificaciones y escaleras desde su base hasta la cima. No hay duda que fue hecha con fines defensivos, hace cientos de años. En la bitácora de Juan se lee:

"...marzo 23. A las 10 de la mañana partimos hacia Xegar, el último de los poblados conectados con la civilización por telégrafo, en nuestra ruta hacia el glaciar del Rongbuk. Al igual que el día anterior, debemos cruzar altos collados en donde el viento sopla con inigualable fuerza.

A través de todo el viaje es posible ver gente que se desplaza de un lugar a otro incesantemente acompañados de sus infaltables animales; los yaks. También se ven algunos monasterios, unos en buen estado, otros abandonados o semidestruidos. Posiblemente saqueados en el año 67 durante la Revolución Cultural.

Esta noche cumpla 25 años, y nos reunimos en una pequeña habitación para celebrar con champagne y vino de arroz. Mañana tomaremos contacto con toda la grandeza de las montañas, y yo llegaré allí con un cuarto de siglo de vida cumplido. Creo que es el mejor de los regalos que yo me he hecho..."

El último día del viaje terrestre nos alejamos de la ruta de Nepal para tomar un camino secundario hacia el sur. Los camiones y el jeep se elevan lentamente en un zigzagante trazado que nos lleva a un alto portezuelo a 5.200 metros, que separa dos valles habitados. Desde aquí, la cadena del Himalaya hace su aparición por primera vez. Una gigantesca barrera blanca aguzada se alza en el horizonte, formando una natural línea fronteriza con los países del sur. A unos 100 kilómetros de distancia se aprecian

algunos de los gigantes del Asia, como el Makalú y el Cho Oyu. Al centro, y por sobre todos, la pétrea y negra pirámide del Chomolungma con su penacho de nubes mostrándonos toda la furia del viento. La vista es sobrecogedora e imponente. Mientras tomo algunas fotos y filmo un poco, me pregunto humildemente ¿seremos capaces? La duda universal del alpinismo se repite. No se está seguro de alcanzar ninguna cima hasta el momento en que se logra.

El camino desciende hasta el valle donde hay algunas casas campesinas. Un grupo de ciervos silvestres saluda el paso de la caravana motorizada. Cerca de un río congelado que debemos cruzar, ya la huella casi no existe. Los diestros pilotos muestran toda su pericia entre rocas y placas de nieve que cubren el sector.

Por la tarde nos internamos finalmente en el valle del Rongbuk, de cara a la enorme masa del gigante Chomolungma. El camino pasa cerca del monasterio abandonado que también lleva el mismo nombre de Rongbuk. Antiguamente fue habitado por unos 80 monjes que desde allí elevaban sus oraciones a Buda y a las montañas. Ahora negros cuervos desde el aire custodian las ruinas, mientras un rebaño de cabras salvajes pasta a las orillas del glaciar. La altura es de 5.000 metros, y el aire es seco y frío. El monasterio del Rongbuk, con un esbelto chorten de doce metros en el centro, y pinturas religiosas en los muros, es un lugar sagrado en el Tíbet, y también es un lugar de historia. Recordamos los ingleses de la década del veinte cruzando por aquí, y recibiendo la bendición de los ламas del Rongbuk. El camino de Mallory tocó los muros del monasterio para viajar por última vez hacia las blancas laderas de la Tercera Diosa, que aún se yergue con orgullo por sobre el horizonte, y por sobre las otras montañas; por sobre toda la humanidad.

Por la tarde del 24 de marzo finalmente se termina el largo viaje. El viento nos recibe con un golpe en la cara; 5.150 metros. En los bordes de la morrena glaciar, instalaremos el campamento de base.

Nos cuesta mucho esfuerzo montar las carpas debido al fuerte viento. A pocos metros vemos el campamento de los norteamericanos que han llegado hace un par de días.

Han terminado las molestias de la aproximación para empezar la aventura de la escalada. Después de 16 días de dejar Chile, ya estamos en el base y de cara al adversario.

... OM MAMI PADME HUM, OM MAMI PADME HUM ...

Campo base

El río permanece congelado como un largo dedo blanco y frío, que se extiende desde los glaciares superiores con el Nuptse como telón de fondo. Nos ocupamos de buscar el mejor lugar donde instalar finalmente las carpas dormitorios, y la gran carpa de cocina. Hay que ordenar todo durante nuestros primeros días en la montaña. Organizar la alimentación, y chequear los equipos y materiales que se ocuparán posteriormente.

Viento, siempre viento. Se levanta incluso arena que ensucia todo sin compasión. Extremamos los cuidados de algunos elementos como cámaras y anteojos. Las manos y la cara están partidas por el frío aire seco, y ese polvo de roca que nos golpea la piel todo el día. Los primeros días en el base son los peores. Nuestro organismo está sometido al proceso de la aclimatación, y la altura es aún una enemiga.

Casi todos sufrimos de insomnio y dolores de cabeza por la noche, y todavía no logramos acostumbrarnos al frío. El equipo de la televisión requiere de medicamentos para poder dormir un poco, y alejar la fuerte cefalea. Juan, nuestro intérprete, venido de la apacible Universidad de Pekín, también se siente como un intruso en la altitud, y sufre de dolores, mareos, y afecciones estomacales. Sólo nos queda confiar que en los días venideros la salud de todos se normalizará, y podremos empezar la ascensión propiamente tal.

Hacemos grupos de turno para cocinar, de acuerdo al plan de alimentación que estudiara minuciosamente Nelson en Santiago. Para tener agua hay que ir hasta el río congelado, distante unos

200 metros del campamento, y quebrar algunos trozos de hielo. La temperatura se mantiene bajo cero durante el día, aunque el sol brille en lo alto. En las noches, los termómetros marcan 18 grados bajo cero.

El lugar donde se ubica el campo de base es áspero y árido. No hay vegetación, y casi no hay vida animal. Sólo unos cuantos cuervos negros que escarban la basura y algunos pequeños pajarillos que se acercan a las carpas, rompen la monotonía de la soledad.

Iván y Dago dirigen las labores de revisión de los equipos. Más de mil metros de cuerda, unas veinte carpas, y muchas cosas más van siendo desembaladas de los container en que viajaron desde Santiago hasta el base. Aún vienen algunas moléculas de aire de Sudamérica entramadas en la tela. Con nostalgia revisamos cada cierre y cada tensor de nuestras pequeñas casas de nylon y algodón. Ellas representan la barrera principal que nos protegerá del frío en los campamentos de altitud.

Los últimos días de marzo los ocupamos en practicar con los equipos de radiocomunicación, con los elementos de respiración artificial, y las botellas de oxígeno. Con éstas últimas tenemos una sorpresa. Hemos adquirido cinco en Lhasa, y aunque son de fabricación francesa, dos vienen casi vacías. Se lo hacemos ver a nuestro oficial de enlace, y nos cambia una de las que traen ellos como emergencia. Ahora sólo contamos con cuatro botellas, que suman unos 2.400 litros en total de oxígeno puro. Es muy poco, pero esperamos usarlo sólo cuando intentemos el asalto final.

Mientras nuestro organismo se va adaptando lentamente al medio ambiente ya tenemos listo un plan de acción para los próximos días.



Campo base, doce hombres, una montaña.

“El crédito le pertenece al hombre quien esta actualmente en la arena, cuya cara cubierta de polvo, sudor y sangre, quien se esfuerza valientemente, quien yerra y vuelve de nuevo, y de nuevo. Quien sabe del gran entusiasmo, las grandes devociones, y se desgasta asimismo por una causa valedera, quien en el mejor de los casos sabe al fin de los triunfos de altos logros, y quien, en el peor de los casos, si falla, al menos falla mientras lo hace en gran forma; así es que su lugar nunca estará con aquellas almas frías y tímidas que no saben de derrota ni de victoria...”

Pierre De Coubertin. Siglo XIX.

Base avanzada

El 27 llegan los yaks que hemos contratado para ayudar con el transporte hasta el campo 3. Empezamos a trabajar separados en cordadas, para así cubrir el máximo de días en que las condiciones meteorológicas nos permitan. Aún nos restan unos 50 kilómetros hasta la base misma del Chomolungma.

La ruta sigue una morrena central del glaciar Rongbuk oriental, y el plan es establecer dos campamentos intermedios, a 5.600 y 6.000 metros, como lugares de tránsito hasta el campo N.º 3 que, a 6.500 metros, será un verdadero campo base avanzado para las acciones de los meses de abril y mayo próximos.

Lucero, junto a Juan, Nelson y Gálvez, hacen el primer viaje hasta el campo 3. Su tarea es abrir la ruta hasta los 6.000 metros, y dejar establecidos los campos uno y dos en los lugares adecuados. Con ellos van los seis peludos yaks portando una carga de unos 40 kilos cada uno. Tres campesinos tibetanos guían los animales, y cuidan de ellos durante todo el viaje que en total dura cinco días, tres para subir hasta los 6.500 metros, y dos para regresar hasta el base. Es el primer contacto del grupo con la montaña. Hay cansancio, y la aclimatación aún incompleta se deja notar.

El miércoles 30 regresa Gálvez acompañado de Nelson. Se ha sentido mal de noche en el campo 2, y prefiere bajar hasta el base. Juan, Lucero, y los yaks, terminan el transporte de equipos y comida en el lugar del campo 3. Hay viento y el hielo del glaciar está muy duro. El lugar del base avanzado será poco confortable. En el base hemos quedado el resto terminando los arre-

glos de la larga travesía que tenemos por delante. Unas grises nubes cubren la cima del Everest allá lejos en la altura, mientras esperamos el regreso del grupo de avanzada. Los chinos y tibetanos que permanecen cerca de nosotros han dedicado un día entero a la caza mayor, y con buenos resultados. Por la noche, todos juntos otra vez, cenaremos cabra silvestre asada, acompañada de nuestras criollas sopaipillas.

El 3 de abril sube el segundo grupo, y de nuevo con los yaks para continuar el aprovisionamiento del base avanzado. Esta vez somos seis, y esperamos quedarnos en el campo 3 y equipar la ruta que conduce al Collado Norte. En el campo uno, Eduardo no se siente en plena forma y desciende hasta el base. La altura es aún la barrera natural que nos impide rendir más.

Todo el camino hasta los 6.500 metros es pesado y monótono. Piedras sueltas, y un subir y bajar por entre la ondulada morrena central del glaciar. El paso es lento y hay que caminar con bastante ropa de abrigo. Sólo las esculturales formaciones naturales en el hielo nos distraen y nos ayudan a continuar. Hermosos seracs, torres de hielo de hasta veinte metros de alto, nos bordean hasta la cuenca superior donde la pared de hielo y roca del Everest cierran el paisaje. Rodeando la cima, la bandera de nubes blancas sigue desplegada al viento.

Gino no ha logrado aclimatarse a la altitud. Sufre fuertes dolores de cabeza, y casi no duerme por las noches. Si la situación persiste deberá bajar hasta el base para ser atendido en mejor forma por el "Doc". El lugar del campo 3 es seguro, aunque incómodo. No hay nieve ni hielo cerca de las carpas, por lo que se hace necesario ir en su busca hasta unas grietas cercanas, y picar algunos trozos con ayuda del piolet para fundirlos luego y tener agua líquida con la cual cocinar y beber. La vista hacia

arriba nos sobrecoge. A la izquierda se perfila la Arista Este que intentaran conquistar los británicos el año recién pasado.

La cordada de punta alcanzó los 8.000 metros, pero luego las nubes cubrieron la montaña y sus compañeros no los volvieron a ver jamás, ni tampoco los encontraron. Los cuerpos de Boardmam y Tasker aún reposan en las blancas laderas del Chomolungma.

Desde el campo 3 al base hay que rodear muchos lugares y cordones montañosos, por lo que la comunicación con las radios se hace imposible. Este problema quedará superado cuando estemos más arriba y tengamos una buena línea directa y visual con los transmisores instalados en el valle.



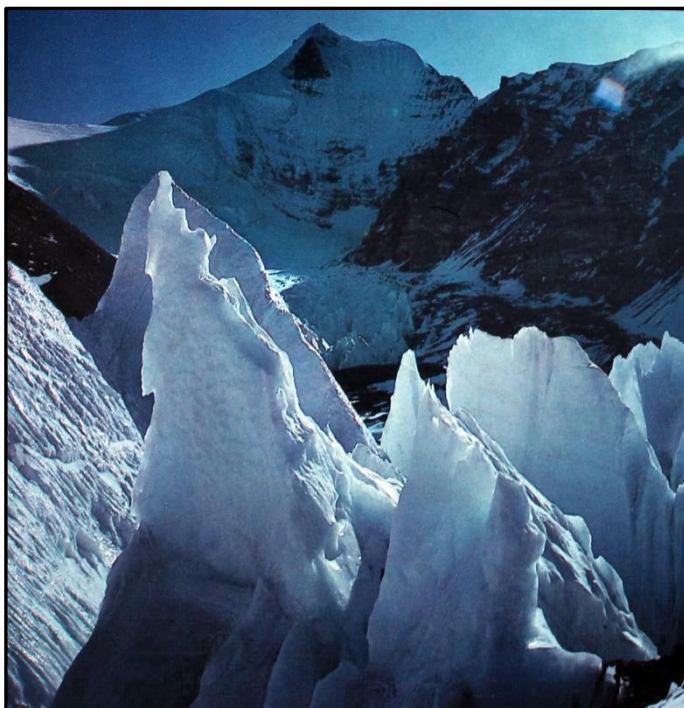
La pared de hielo

El 7 de abril el tiempo sigue inestable y frío. Después de comer algo preparamos el equipo personal para hacer un reconocimiento hasta la pared de hielo, distante unos dos kilómetros del lugar del campamento. Nos calzamos los grampones, y nos acercamos hasta la base de la pared.

Elegimos mentalmente una ruta de subida por la tarde que nos parece más directa, y más segura. Hacia arriba se pueden ver restos de cuerdas dejadas por la expedición holandesa del año 82. Aunque no se puedan utilizar porque están semidestruidas, por lo menos nos ayudan a elegir la ruta de ascensión. El tiempo sigue frío y el cielo tiene un color gris perla.

Hay que ponerse las parkas y los anteojos, y no se puede estar sin los guantes de lana. Con Dago avanzamos unos cien metros arriba para “probar” por primera vez el hielo, y la pendiente del Everest. Es como una presentación en sociedad: mucho gusto; nos seguiremos viendo mañana...

Al día siguiente empezamos a equipar la pared de hielo. Con Dago avanzamos unos 150 metros en la pared, y dejamos cuerdas fijas ancladas a estacas para nieve y tornillos de hielo. La escalada es dura y lenta, y en sectores casi no hay nieve, el hielo es cristalino y duro como el metal. Aunque nos damos cuenta de que no será fácil la ascensión, nos empuja el hecho de estar ya frente al desafío de la escalada. Hemos empezado a encaramarnos sobre el “Lomo de la Bestia”. Ahora todos los movimientos deben ser hechos con sumo cuidado.



El glaciar de Rongbuk.

Por la tarde ha llegado el grupo de Lucero. Vienen cansados del largo viaje desde el base, pero contentos porque se ha iniciado la etapa de la alta montaña propiamente tal. El tiempo empeora por la tarde, y habremos de permanecer un par de días dentro de las protectoras carpas, tratando de reponer energías, y tomando mucho líquido.

Ya hemos acumulado una gran cantidad de provisiones y equipos en el campo 3, y sólo resta contar con un poco de buen tiempo para continuar abriendo la ruta de ascensión. El 10 de abril amanece inestable, pero decidimos avanzar. Gino, que ha seguido con dolores de cabeza, se queda en el campamento

acompañado de Nelson, mientras seguimos equipando hacia la parte superior de la pared. Hoy el trabajo fue más lento y más cansador. Debimos superar una ancha grieta horizontal que nos cerró el avance. Luego de varias horas de gran esfuerzo logramos superar el obstáculo natural, y fijar allí algunas cuerdas y una escala plegable de peldaños de aluminio.

Regresamos por la tarde al campo 3 en medio de una fuerte ventisca, y nos encontramos allí con que la salud de Casassa empeoró peligrosamente. Fuertes jaquecas y pérdida parcial de la conciencia. Actuamos rápido y le conectamos la máscara de oxígeno y una botella que le permite reposar. Hablamos con Iván y Claudio para decidir lo más adecuado. Sin duda que hacerlo descender hasta el base es lo más indicado. Al otro día, y acompañado de Luis y Nelson, nuestro primer enfermo de la expedición regresa al campo de base. Allí Jorge, el "Doc", se hará cargo de la situación.

El 12 de abril subimos nuevamente, con nuevas cargas de equipo en las mochilas. Con Iván y Dago vamos abriendo la ruta en la interminable pared de hielo; más atrás, Lucero y "El Gato" suben pesadas mochilas con más cuerdas y más equipo de escalada. Por la tarde cerca de las seis, fijamos la última cuerda de equipar. Hace frío, y una capa de nieve polvo nos cubre hasta las rodillas. Los pies están helados y mi altímetro marca 7.000 metros. Estamos sólo a pocos metros del Collado Norte, pero es tarde y se ha terminado el material. Regresamos rápidamente con ayuda de los "ocho" descendiendo en rapel.

Hemos completado ocho días sobre los 6.500 metros y la escalada, la altura, y el frío, nos han agotado. El tiempo se descompone violentamente. Llega la nieve y la ventisca, y decidimos regresar al base donde podremos reponer energías y comer mejor.



La pared de hielo.

Entre el 14 y el 20 de abril un frente de mal tiempo asola la región. Cae gran cantidad de nieve en toda la montaña. El campo base está rodeado de nubes, y un blanco manto ha cubierto las morrenas circundantes. Son largos días de interminables horas que pasamos dentro de la carpa cocina, o en las pequeñas carpas dormitorios, leyendo, conversando, o simplemente descansando.

La onda corta mantiene un lazo de unión con el mundo de afuera. Por las noches, a la luz de las lámparas de parafina, algunos juegan a las cartas, mientras una cinta de música familiar nos vuelve melancólicos. Estos días de espera son los peores, aun-

que necesarios. Es mejor estar arriba luchando contra las paredes de hielo y roca del Chomolungma que tener mucho tiempo para pensar, para recordar a la familia y los amigos, para especular y hacerse tantas conjeturas del resultado de la expedición.

La salud de todos está un poco debilitada. Las bronquitis por el aire seco y frío son casi un mal general. Algunos sufren dolencias estomacales, y por la noche, cuando no hay viento y reina la calma de la nieve, la tos se escucha en todas las carpas.

El 21 amanece despejado y tranquilo. Según lo planeado, hoy sube el grupo de Lucero, con Gálvez, Jorge, Luis y Danilo, el camarógrafo, que desea tener tomas en video del campo 3.

Aunque hace frío y la temperatura se mantiene por los 15°C bajo cero, el aire es limpio y claro, y todas las cimas brillan como monumentos de luz. A veces olvidamos donde estamos, sobre el lomo de las montañas más altas de la tierra. Un día como hoy nos ayuda a recordarlo, las cimas blancas eternas, el infinito silencio de la altura.

Nuestro intérprete Yuan se siente enfermo y hay que preocuparse de su salud. Algunos aprovechan el sol para asearse un poco y ordenar la ropa y el equipo. Los ríos han empezado a soltar el agua líquida tanto tiempo atrapada entre el duro hielo invernal. Sin duda, en algunas semanas más tendremos hierba, flores, y algunos animales viviendo la experiencia del verano.

Vemos huellas de faisanes en la nieve cercana, y una pareja de palomas nos visita diariamente cuando no hay viento. La temperatura ha ido subiendo lentamente, y por la noche sólo hay 10°C bajo cero a diferencia de los -20°C del mes de marzo. Nos acostamos tarde y por las noches siempre cae un poco de nieve.



Superando obstáculos en la pared de hielo.

Campo V

Cuando termina el mes de abril subimos hasta los 7.600 metros para instalar el campo 5. Nos hemos comunicado por radio con el base avanzado, y nos damos cuenta de que Jorge sigue mal. Lo atienden con oxígeno, y desde arriba ordeno que lo bajen prontamente hasta el base. Nuestra segunda baja es importante, ya no tendremos el apoyo del médico en el campo 3 para la fase final como habíamos planeado. Aquí arriba hace más frío cada vez.

La ruta tibetana del Chomolungma no es fácil, y es muy larga hasta la cumbre. Subimos mochilas con unos 20 kilos cada uno por la blanca arista de hielo que conduce hasta el lugar del campo 5. Vamos lentos y ya cuesta respirar. Mi garganta está inflamada, y el viento que no para ni un momento nos penetra hasta los huesos. Durante la subida vemos restos de equipos dejados por los franceses del año 1981, incluso algunas botellas de oxígeno con algo de contenido aún que esperamos utilizar más arriba.

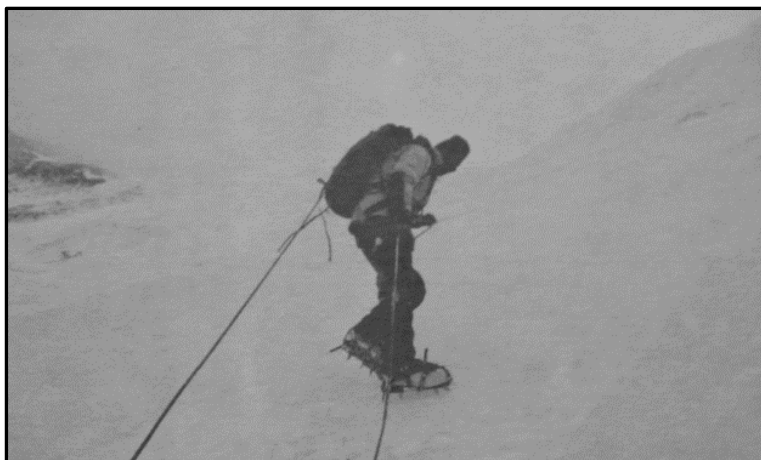
A las 08:00 de la tarde, a 7.600 metros, preparamos en la nieve la plataforma para las pequeñas carpas de altitud. Aquí en el campo 5 quedarán Lucero, Gálvez, Iván y Nelson, para intentar mañana avanzar hasta los 8.000 metros, y tratar de equipar un futuro campamento 6. Con Juan, Dago y "El Gato", dejamos las carpas protegidas de la nieve y bajamos hasta el campamento del Collado Norte. La tarde es fría pero hermosa, y casi especial. Hacia el oeste las cumbres del Pumori y el Cho Oyu cierran la línea del horizonte. Hay nubes contra el sol, y una tormenta eléctrica que se acerca desde el sur completa la visión onírica que

rodea las laderas esculpidas por el tiempo en la Diosa del Rongbuk. Aunque estamos agotados, bajamos rápido hasta el lugar del campo 4 con la sensación de una gran jornada vivida. Nos metemos en los sacos de pluma y tomamos mucha sopa caliente antes de dormir. Arriba en el campo 5, una tormenta de viento y nieve bloquea el grupo de avanzada durante 40 horas seguidas. Sólo suben unos 100 metros más arriba y deciden descender. El viento y el frío los golpean sin parar, y Claudio Gálvez sufre una congelación en los pies. Es nuestra tercera baja en el grupo expedicionario. Tendrá que permanecer todo el mes de mayo en reposo en el campo de base, bajo los atentos cuidados del doctor.

Cuando empieza mayo continúa la tormenta acá en la altura. Ya estamos todos en el base avanzado y evaluando la situación. Quedarse aquí a que el tiempo mejore traerá a la larga un gran desgaste a todos, ya que sobre 6.000 metros de altitud no hay recuperación posible, solamente un diario y constante desgaste orgánico, que se evita si se desciende hacia alturas menores.

El grupo que estuvo en punta sufrió un fuerte agotamiento que requiere recuperación. Instalar el campo 5 con viento, frío, y poco oxígeno en el aire, nos hizo conocer toda la dureza del Chomolungma, y no lo olvidaremos. Todos estamos muy agotados y con afecciones bronquiales y a la garganta. Del grupo original de doce hombres sólo nos restan nueve en ciertas condiciones como para el asalto final. Habrá que estudiar detenidamente los movimientos futuros, ya que intuyo que tendremos sólo una posibilidad de victoria.

El 2 de mayo bajamos hasta el base en siete horas. Queremos llegar pronto para poder descansar y comer bien. En el camino nos encontramos con Gino y Santiago que suben hasta el campo 3 para que este último lo conozca.



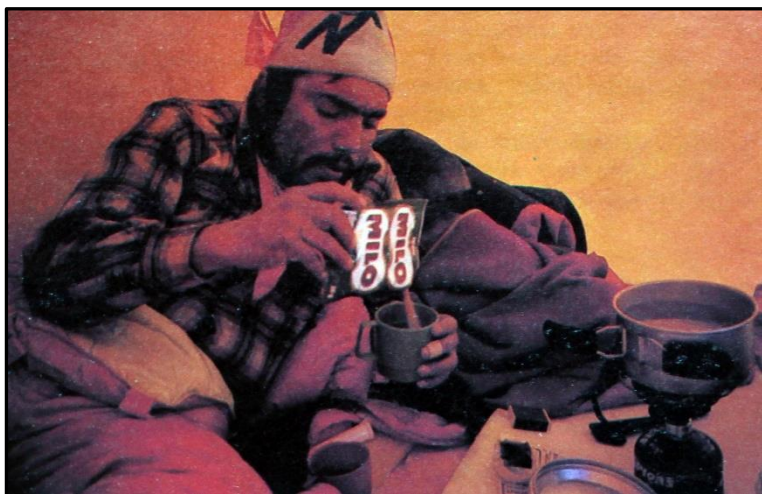
Trabajando en la pared de hielo.



Collado Norte. Campamento IV.



Comunicación por radio entre los grupos.



La protección de las carpas.

Las tumbas del Rongbuk

Al campo base han llegado algunas cartas desde Chile, aunque un mes después de ser escritas. No tengo correo y es un poco triste no tener noticias de las personas que se quieren. Es el riesgo de alejarse del hogar y los amigos tanto tiempo, alejarse de las personas con las que compartimos más de un lazo de amistad. En medio de estas frías y altas montañas la soledad y la nostalgia se transforman en dardos que amenazan penetrarnos más allá de nuestra piel.

Sólo algunas imágenes como la carita de mi hija Catalina me obligan a permanecer fuerte y racional hasta el final. Me siento responsable de la expedición, y de la salud de cada uno.

“Cuida a los más jóvenes” me dijo al despedirse alguien cuando salimos en marzo de Pudahuel. Esa frase no la olvido, y entiendo toda la amplitud del significado que lleva consigo.

Ya hemos cumplido dos meses de expedición, y el camino ha sido largo y no falto de dolor. Sólo nos queda el mes de mayo para operar en la montaña. Estamos sobre la recta final, donde se definen los resultados. Nos quedan 21 días antes de iniciar el regreso. En los días venideros cualquier error puede ser fatal en el asalto final a la cumbre, pero también un resultado positivo puede entregarnos una satisfacción inmensurable.

Los días de descanso en el base coinciden con un frente de mal tiempo que se prolonga por diez días en toda la región. Nieve sobre nieve, la primavera en el Rongbuk este año será blanca.

Los peligros que encierran las altas cimas de la tierra están latentes en el aire. El mejor escalador del grupo americano, John Roskelly, ha sufrido un fuerte edema pulmonar a los 7.500 metros, y sus compañeros debieron bajarlo a duras penas hasta el base. Sabemos por radio que una expedición alemana que subía otra montaña, el Sishapangma, también ha sido tocada por la tragedia al perder un alpinista en la parte superior.

En la morrena frontal del glaciar Rongbuk, y de cara al Chomolungma, se levantan siete lápidas de piedra. En su lado plano están escritos con relieve siete nombres en chino, inglés y japonés. Son los nombres de alpinistas muertos en las frías vertientes de la montaña. Aunque solamente son símbolos, ya que los cuerpos nunca fueron rescatados, expresan de una manera trágica el poder de las alturas, los riesgos que se eligen libremente al tratar de subir hasta lo más alto.

El viento sopla fuerte sobre el río congelado, y me arroja al rostro pequeñas esquirlas naturales. Paso un par de horas frente a las tumbas del recuerdo. Arriba, en lo alto, las nubes cruzan con fuerza los países sin notarlo. A mediados de mayo nos jugaremos la última carta en la parte superior.

La expedición americana se retira, mientras la Diosa Chomolungma se ha vestido de blanco como una novia, a la espera del monzón que llega prontamente.

Los recuerdos de Tania

Antes de subir nuevamente al base avanzado, llega un grupo de trekking hasta la zona del Rongbuk. Traen cámaras y los ojos muy abiertos ante el paisaje mineral que se les muestra. Pero además han recogido algunas cartas desde China que han llegado para el grupo. El estado de ánimo se eleva con ayuda de las suaves y blancas hojas de papel venidas de tan lejos, y cargadas de buenos sentimientos. Algunas letras de Tania escritas en abril para su novio, reflejan los recuerdos al paso del lento tiempo de las personas que se quieren, y que el Everest aún separa:

"... Ayer estaba muy contenta porque fue primero de abril, lo que para otra persona fue un día más, para mí fue un día menos en mi espera y mi calendario que me fabriqué, se sonrió todo el día junto conmigo. El escritorio, tu pieza, lo tengo plagado de calendarios. Lo llamaré el "Santuario del Tiempo" y yo seré la sacerdotisa. Me llamaré "Espera". Cada vez que entro allí, beso a mis ídolos, les prendo un par de velas, me pego mi rezo, borro un día más, y me voy contenta de haber cumplido con mis Dioses... abril 1983."

Comienza el final. La base de la pirámide

Caminamos rápidamente por la morrena del glaciar. Ya conocemos el sendero de memoria. Cada piedra, cada vuelta en el camino. Vamos separados y metidos en nuestros propios pensamientos. Ya casi es mediados de mes y la cuenta regresiva ha echado a andar. Tenemos sólo un par de semanas para llegar al final. O alcanzamos la anhelada cima en estos días, o deberemos regresar.

El tiempo no mejora y sigue inestable. De nuevo en dos grupos caminamos hacia el base avanzado. El descanso fue excelente y sólo ocupamos algunas horas entre los campamentos intermedios. Fuerzo la marcha al máximo para probar el entrenamiento y la aclimatación. Estamos en perfectas condiciones. Sólo basta esperar que el tiempo nos acompañe.

Hemos trazado un plan que consiste en formar una verdadera pirámide humana desde el campo 3 hasta la cima. Contamos con nueve escaladores en total con los que llegaremos todos al Collado Norte. De allí tres regresarán al campo 3 para esperar los resultados. Del campo 4 subirán seis hasta el campo 5, y luego, todos al campo 6 desde donde regresarán dos. Sobre el campo 6, más allá de los 8.000 metros de altura, decidiremos en el lugar si dos o cuatro intentan la cima. Habrá que esperar y saber el estado de cada uno antes de tomar una decisión final.

Mientras subo rápidamente entre el campo 1 al 2, la majestuosidad del paisaje me rodea. Me siento solo, pero viviendo inten-

samente. Va conmigo la gran compañera de la expedición. La música. La eterna compañera del hombre. Los pequeños tocacintas personales ya forman parte del equipo de cada uno.

En estas largas jornadas de muchas horas, donde hay que caminar y caminar, más allá del cansancio y con la mochila que pesa cada vez más, y cuando todas las energías se vacían al movimiento, la mente viaja sus propios e infinitos caminos. La música compañera está siempre entre nosotros, en los buenos y en los malos momentos. Nos recrea lugares, ideas y personas, o simplemente nos transporta hacia ajenos universos.

Camino automáticamente ubicando la huella entre la nieve recién caída. El paisaje desfila lentamente, inundando de sol y radiación. El Tíbet se ha iluminado y las cimas de hielo tratan de tocar el cielo. Siento la música en mi entorno como sutil testimonio de la presencia del mundo del cual venimos. Beethoven con su fuerza de gigante, el romanticismo de Vivaldi, la creación ilimitada de "Yes" o la dulzura de "Sky". La música, siempre la música. Si la pintura y la escultura son color, forma y espacio, la música sigue siendo un bordado de sensaciones espirituales.

La atmósfera se ha calmado como un presagio de triunfo. La cumbre del Chomolungma se ha descubierto, y sólo una gran nube blanca recorre sus laderas orientales como un verdadero estandarte desplegado antes del combate final.

Collado Norte. Un balcón a 7.007 metros de altitud

El 24 de abril nos disponemos nuevamente a subir al campo 3 los que aún permanecíamos en el base. Nos acompañan siete tibetanos que nos ayudarán a portear equipos y comida hasta el base avanzado. El viento sigue reinando y todas las tardes cae nieve. En el campo 3, Jorge, nuestro "Doc", ha sufrido mucho con la altura, y si en los días venideros no mejora, deberá descender al campo base.

Los dos *Claudios* han terminado de equipar con cuerdas fijas hasta el Collado Norte. Se ha cumplido una fase de importancia en este mes de transición. Ahora hay que planear lo que viene más arriba e instalar los campamentos superiores.

El 27 de abril Luis está de cumpleaños, y lo celebra a 7.000 metros de altura; mientras hacemos un transporte de equipos y elegimos el lugar para el campo número 4, sobre el Collado Norte. También hoy muchos superan su techo de altitud. Para Dago, Juan, Nelson, Eduardo, "El Gato", y el propio Luis, hoy será su primer día y primera noche pasada a los 7.007 metros de altitud, luego de un duro día de escalada subiendo pesadas mochilas a través de los 500 metros de pared helada que nos separan del campo 3.

La subida ha sido lenta, y la dureza cristalina del glaciar apenas permite la entrada de las puntas de los grampones. La ruta de subida al Collado Norte la trazamos bastante "directísima" pero

en la zona más segura; es aquí donde aludes y avalanchas produjeron fatales accidentes a expediciones anteriores a la nuestra.

La pendiente promedio es de unos 60 grados, y dos profundas grietas cortan la pureza de la pared, a los 6.800 y 6.950 metros. En ambos lugares pusimos escaleras de cuerda y de metal para ayudarnos.



Pendiente nevada a 7.000 metros.

La subida completa demora unas seis horas cuando lo hacemos con mochilas muy pesadas, que, a esa altitud, equivalente a la cima del Aconcagua, hacen el avance lento y cansador. De todos modos, aprovecho los descansos para hacer algunas fotos y fil-

mar algunos metros de película. Desde este punto de vista, es la parte más estética de la expedición, y hay que aprovecharla.

Por la tarde ubicamos un lugar protegido del viento e instalamos las tres carpas isotérmicas que formarán el campo 4. La vista es extraordinaria desde aquí. Se ve toda la pared norte del Everest, las aristas que descienden desde su cima, y hacia el suroeste bajo un mar de nubes y montañas muy nevadas, se insinúan los valles del Nepal. Desde esa dirección vienen las nubes del mal tiempo. De la caliente humedad del océano y las llanuras de la India suben los colchones de vapor para estrellarse contra la gran barrera helada de estas cumbres gigantescas.

Estamos muy altos ya y logramos una excelente comunicación con los radio transmisores de frecuencia modulada con el campo de base, distante unos 40 kilómetros desde aquí. Hacia el valle del Rongbuk. Unos pequeños puntos de colores nos indican el lugar del campo 3.



Campo 3. Base Avanzado.

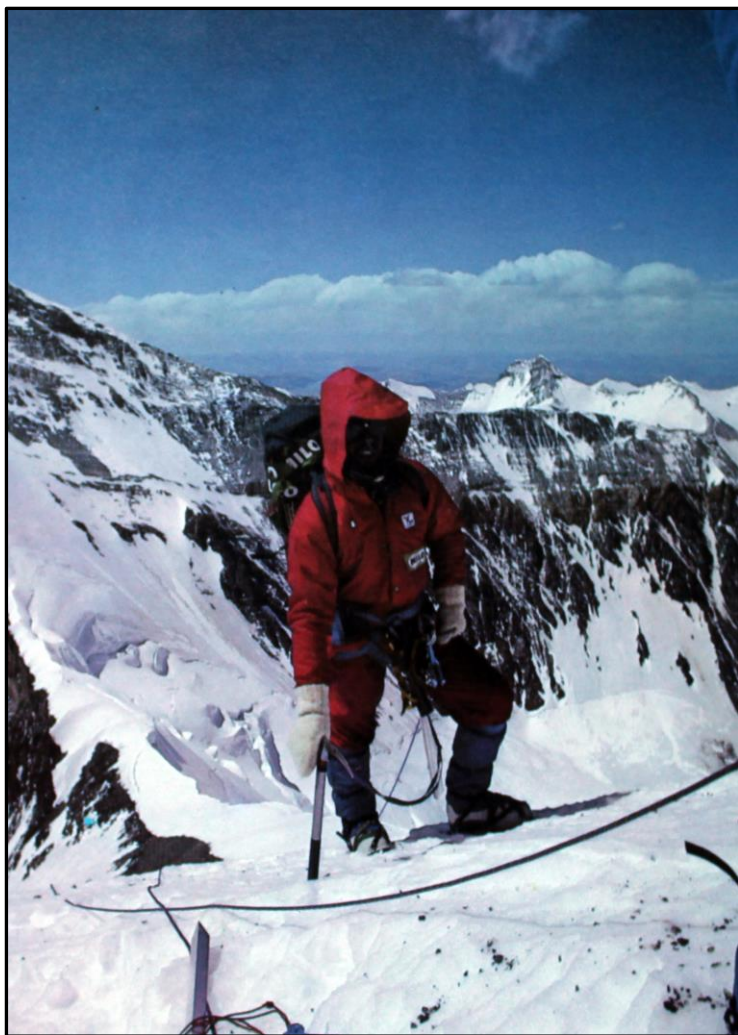
Brumas para un epílogo

"Ten la mirada fija en la vía de la cumbre, pero no olvides mirar a tus pies. El último paso depende del primero. No creas haber llegado porque veas la cima. Presta atención a tus pies, asegura tu próximo paso, pero que ello no te distraiga del objetivo más alto. El primer paso depende del último"

-René Daumal-

En el campo base quedan las personas cuyo estado de salud aconseja -según nuestro médico- que permanezcan allí hasta el fin de la expedición. Gálvez con un pie congelado, en reposo y todo el día en cama; Bassa y Casassa, que han sufrido un principio de edema cerebral debido a dificultades fisiológicas para lograr una buena aclimatación a la altitud. Este último, a mediados del mes de mayo, y aprovechando la ausencia de todo el grupo de escaladores que en ese momento centran toda la atención y la energía en el Everest, abandona el campo base sin autorización de Jorge que cumple ya dos papeles, ser jefe de campamento además de ser doctor.

Gino se lanza en su aventura solitaria y personal de tratar de ascender la cumbre del Changtze, sin el permiso respectivo de las autoridades de Pekín, y al margen de los planes del Everest. Durante una semana vive su propia expedición, sin valorar las posibles consecuencias que esta acción trae consigo. Tiene éxito.



Juan Pardo, el más joven a 8.000 metros.

Cita en el límite

"El alimento del ambicioso es sólo la sombra de un sueño"

-Shakespeare-

14 de mayo.

Ayer nevó todo el día y las montañas se han vestido de blanco. Estamos callados arreglando el equipo personal, y algunas cargas que falta subir hasta el Collado Norte. Eduardo y "El Gato", junto a Nelson, portearán hasta el campo 4 lo último que queda por subir. Lentamente pasamos revista a nuestras cosas que ordenamos en la mochila. Guantes, gorros, anteojos, etc. Además de chequear las cámaras y rollos vírgenes que espero utilizar en la parte superior.

Nuevamente la pared de hielo y el agotador subir por las cuerdas fijas. El jumar se desliza lentamente mientras una suave neblina nos envuelve por momentos. La mente de cada uno está fija en la meta superior. Han caído algunos aludes a los lados de la ruta de ascensión. En la tarde despedimos a los que vuelven con un largo apretón de manos, que significa en lo más hondo de cada cual tan sólo: ¡suerte!

Dormimos de a dos en cada carpa, y mientras el anafe funde nieve para poder cocinar algo caliente, encuentro entre mis hojas un sobre arrugado venido por correo de Pekín. Es una carta

para el grupo enviada por el secretario de nuestra embajada en China, y la vuelvo a releer. Aquí en el Collado Norte, a 7.007 metros sobre el nivel del mar, y frente a la Arista Noreste que conduce hasta la cima, esas simples y francas palabras adquieren un significado mucho mayor. Se las doy a mis compañeros para que cada uno también la conozca. Es de todos, como también el objetivo que tenemos por delante.

Estimados compatriotas y amigos:

Por las rechupayas que tenemos ganas de saber cómo están ustedes. Cada día que pasa lo llevamos muy contado sabiendo que es un día menos que tenemos que esperarlos para celebrar vuestra hazaña en esas heladas cumbres. Por favor busquen una fórmula para enviarnos información a la embajada, desde aquí despachamos télex a Santiago, los que son publicados en la prensa de inmediato. Fuerza amigos, sabemos que lo que ustedes están haciendo es admirable y pocas veces realizado. Nuestro país, pequeño en el concierto internacional, verá coronado el éxito que cada uno de ustedes obtenga.

Seguro que las generaciones futuras los llamarán los catorce aventureros del Himalaya. No se olviden que hay doce millones de chilenos haciendo fuerza con ustedes. Cuando se sientan desfallecer, piensen que hay mucha gente enferma y agotada en este momento que necesita de alegría, pues bien, ellos desde sus camas de hospital o en sus lechos de enfermos, recibirán la alegría que les darán. Demás está decirles que estamos a vuestra entera disposición en lo que ustedes quieran, de verdad se lo decimos, pidan lo que quieran. Sus padres, esposas, novias, hijos y familiares, seguramente no estarán en Beijing cuando ustedes vuelvan, pero estaremos nosotros, que somos muy feos, esperándolos con unas buenas empanadas, vino tinto, y nuestra música, para que juntos nos demos un abrazo.

Chao, vengan con el triunfo, si no lo logran, no importa jóvenes, nuestra misión será conseguir una nueva oportunidad para ustedes. En todo caso, las empanadas y el vino tinto estarán igual. Sólo el hecho de estar en estos momentos en esas heladas cumbres significa que han triunfado.

Fuerza, mucha fuerza

Marcelo Muñoz.

Embajada Chilena en Pekín. 12 de abril de 1983.



Seis hombres a 8.000 metros; 17 de mayo

"En las regiones del vértigo, en regiones elevadas, de encantos y hechizos llenas, llenas de misterio y magia, entramos al fin"

-Goethe-

Amanece con mucho viento aquí en el campo 5. El altímetro sigue marcando 7.600 metros por lo que parece que no variarán las condiciones meteorológicas.

Hemos usado sólo dos carpas para pasar la noche. Juan y Lucho en la pequeña de Goretex, y Claudio, Iván, Dago y yo, en la excelente VE-24. Aunque apretados y con la tela interior congelada, la noche fue agradable.

El lugar del campo 5 es incómodo y también inseguro. No hay lugares planos y el terreno es rocoso y bastante suelto. Nos costó dos días desde el Collado Norte llegar hasta aquí. La fuerza del viento nos ha hecho perder muchas horas que ya empiezan a jugar en contra nuestra.

Ahora, mientras desmontamos el campamento y preparamos las mochilas, ya se siente la fatiga acumulada. Anoche usamos un par de botellas de oxígeno para dormir un poco cada uno, con las máscaras de respiración. El descanso así es mejor, pero a esta altura se hace poco.

Hoy esperamos superar los 8.000 metros e instalar un campo 6. Juan y Luis actuarán como porteadores hasta el próximo campamento, y luego regresarán hasta el base avanzado. La temperatura se mantiene en menos 20 grados todo el día, y el viento muerde los tejidos. Tenemos buena comunicación por radio con el base y con el campo 3, y a medida que subimos nos dan más ganas de hablar con nuestros compañeros. Sin duda es un deseo inconsciente de permanecer aferrado al grupo, como un verdadero lazo de vida.

A mediodía empieza a nevar cuando estamos a 7.900 metros y el avance es lento y dificultoso. Durante toda la ruta de ascensión nos encontramos con objetos semidestruidos dejados por las expediciones anteriores. Los franceses el año 81 alcanzaron los 8.500 metros, y el año pasado la expedición de Holanda sólo subió hasta los 7.500 metros. ¿Y ahora lo lograremos?

Sobre los 7.900 metros la escalada se hace más delicada y riesgosa. Hay bloques sueltos cubiertos de nieve o de hielo, y hay que extremar las precauciones. El viento y la nieve nos impiden conversar, y nos movemos como autómatas, en cámara lenta. El terreno es mixto y vamos con los grampones puestos. La mochila pesa mucho y la hora avanza sin parar.

A las cuatro de la tarde me adelanto con Claudio para buscar un lugar donde acampar. La visibilidad es escasa y el viento nos llena los anteojos de nieve polvo. Ya estamos a 8.000 metros y casi helados. La paradoja del destino ha querido juntarnos nuevamente a los dos solos a esta altura. En mi mente pasan por algunos segundos las últimas horas del 9 de junio del 79. Allá lejos, en la cumbre del Gasherbrum, también estuvimos solos a 8.000 metros, pero quizás más unidos que nunca. Aquí en la altura y en medio del temporal confiamos plenamente el uno en el otro, y nos entendemos sin hablar. Si la montaña en ocasio-

nes puede separar a las personas, también las puede unir más allá de las palabras y de una cuerda de perlón.

Por la tarde ya empezamos a preocuparnos por encontrar un lugar adecuado para la carpa. Cuando llegan los cuatro restantes, decidimos preparar en plena arista una terraza que nos permita pernoctar. El trabajo es tremendamente lento y agotador.

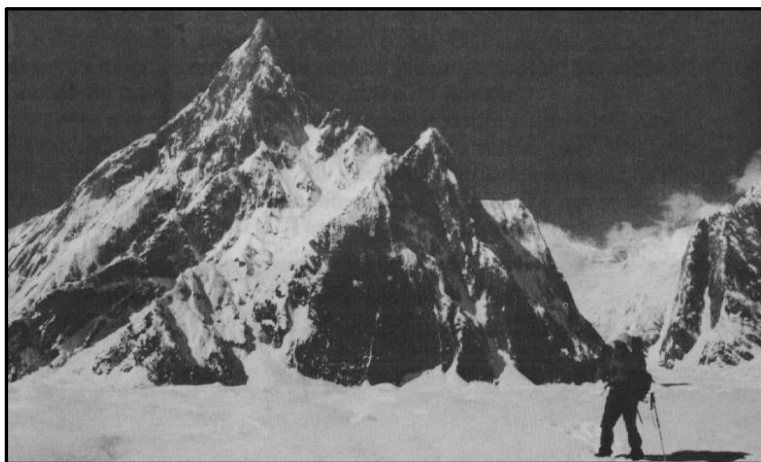
El altímetro indica 8.050 metros, y hay que poner piedra sobre piedra para dejar un par de metros planos. Son casi dos horas completas de trabajo. Empieza a despejar mientras instalamos la carpa, y la aseguramos a la roca con cordines y pitones. Está casi en el aire y hay que entrar con cuidado. Abajo, un mar de nubes nos recuerda lo hermoso de las vistas aéreas. Juan y Lucho han cumplido una bella y dura tarea. Se despiden emocionados y comienzan el descenso hasta el campo 5. En pocos minutos penetran en el lechoso mar de nubes. No los veremos hasta el día 22.

Tenemos una botella para usar durante el descanso en este campamento, y nos turnamos cada media hora la máscara para dormir un poco y alejar la fatiga. La tarde se calma y hay un poco de sol, hablamos largamente con el base.

Será la primera noche que dormimos a 8.000 metros, una experiencia nueva para todos. Nos vemos muy cansados pero el ánimo se mantiene alto. La montaña esta nevada y la cumbre no parece tan lejana.



Ascenso al Campo VI.



Las cimas del Baltoro.

Campo 7. La zona mortal

“Las nubes asesinas ocultaban a los Dioses de las Nieves Tibetanas”

-André Malraux-

El frío y la falta de un buen dormir nos levantan muy temprano. Con movimientos lentos y cuidadosos desarmamos el campo 6, y nos calzamos los grampones. En una hora estamos listos y de nuevo preparados para continuar. Hay una pendiente de nieve polvo que hay que cruzar a la derecha. El día es frío, y las nubes pasan rápido sobre la cima del Chomolungma.

Avanzamos metro a metro con la mente casi en blanco. Algunos peldaños rocosos se transforman en verdaderos obstáculos que nos frenan continuamente. El día es especial. Toda la cordillera Himalaya ya se nota bajo nuestro, y la cumbre, tan cercana y tan lejos a la vez.

A mediodía el tiempo empeora bruscamente y se pone a nevar. Decidimos detenernos a esperar y ver si el tiempo mejora por la tarde. Armamos la carpa y nos metemos dentro. Aprovechamos el descanso para fundir nieve y tomar una sopa caliente que nos reanima. Después de las seis el tiempo parece mejorar, y continuamos ascendiendo. Ya estamos en el campo de nieve superior donde deberíamos armar el campo 7. La banda amarilla se ve

muy nevada y la cumbre, hacia la derecha, no parece tan alta y tan difícil.

Las horas pasan y la noche se avecina. No ha parado el viento en toda la tarde y no logramos ubicar un lugar de campamento. Toda esta zona del Everest, en plena pared norte, es bastante inclinada y sin lugares donde pueda armarse una carpa. La pendiente, de unos 45 grados es lisa y uniforme hasta el valle.

No hay lugar ni siquiera para sentarse. Cuando ya las sombras se apoderan de los valles más cercanos, ubicamos finalmente unos trozos de tela de color naranja que sobresalen de la nieve, e indican donde acamparon los franceses en el año 81. El sol ya se ha ido y nos cuesta unos 40 minutos despejar la pequeña terraza rocosa donde finalmente queda armada nuestra carpa, y nos introducimos para protegernos del fuerte viento.

He llegado acá sin ponerme la parka de plumas, y me tiritita todo el cuerpo. Estamos a 8.300 metros de altura, y la temperatura exterior bordea los 35 grados bajo cero. Será una larga y fría noche. Casi no dormimos, y nos turnamos cada hora para descansar con la máscara de oxígeno. Mientras el pequeño “camping-gas” funde nieve lentamente; cuesta casi una hora completa tener un litro de agua líquida con la que luego prepararemos una sopa y un poco de té. A esta altura y con todo el cansancio acumulado ya en dos meses de expedición, no esperamos dormir mucho, sino sólo reposar algunas horas protegidos del viento que a medida que la noche avanza, sopla con mayor fuerza y hace vibrar las paredes de la carpa. En el cielo hay brillantes estrellas y sólo hacia el valle se divisan algunas nubes. Esperamos salir temprano hacia arriba, y tratamos de repasar los detalles del plan trazado. Tenemos aún una botella con oxígeno para el día de mañana. La idea es que la use el puntero para escalar y fijar las cuerdas, mientras los tres siguientes suben sin máscara,

pero con ayuda del jumar. Nos preocupa la gran cantidad de nieve que se acumuló en los últimos días. La barrera rocosa de la banda amarilla no se ve fácil de cruzar. Casi no hablamos, y tratamos de respirar profundo y relajar al máximo todos los agotados músculos. Las paredes de la carpa parecen de metal a la luz de nuestras lámparas frontales. La condensación es muy grande con la temperatura tan baja. Aunque estamos apretados y metidos dentro de los sacos, el frío se introduce hasta la piel.

19 de mayo. 08:00 hrs.

Habíamos planeado salir muy temprano, pero las condiciones son pésimas. Casi cuatro horas para tener líquido caliente y tomar desayuno, un par de horas para guardar los sacos y calzarse los zapatos, los cubre botas, y finalmente los grampones. Desarmamos la carpa y nos instalamos el arnés de seguridad. Mis tres compañeros se dividen la mayor parte del peso que hay que subir, y por mi parte instalo la botella que nos queda en mi mochila, y me coloco la máscara de respiración.

Trataré de abrir la ruta y el grupo seguirá usando la técnica de las cuerdas fijas. Avanzamos unos 50 metros con la nieve hasta la cintura. Está muy fría e inestable. Luego se insinúa hacia arriba una canaleta muy abrupta. Recuerdo la foto de los chinos del 75, y en esta zona escalaban sólo en la roca limpia. Ahora hay una gruesa y peligrosa capa de nieve recién caída.

El día se ve despejado, pero aún el aire está muy helado. Estamos todavía en la sombra, aunque cuando llegue el sol la situación no ha de cambiar mucho. Lentamente y asegurando la cuerda en el piolet, o en alguna saliente rocosa, nos movemos sin hablar y tratando de ahorrar energías. Cuando han pasado ya unas dos horas hemos superado sólo unos 100 metros de escalada. La roca es descompuesta y se vuelve vertical. Hay mucha

nieve y también hay riesgo de que se desprenda toda una capa y nos arrastre. El altímetro indica 8.350 metros, y en un pequeño balcón discutimos la situación.

El riesgo es grande y la ruta poco segura. Decidimos descender y ubicar otro lugar menos expuesto para tratar de alcanzar la arista superior. Sin sospechar que esa sería la máxima cota alcanzada por la expedición. Regresamos nuevamente hasta la terraza del campo 7. Allí nos damos cuenta de que estamos muy cansados y que debemos darnos tiempo para analizar toda la banda amarilla, y elegir donde intentar nuevamente. El viento aumenta y de nuevo armamos la carpa y nos protegemos dentro. Las caras están demacradas, y barbas y bigotes cubiertos de hielo.

Mientras obtenemos un poco de líquido establecemos comunicación con nuestros compañeros del base y del campo 3. La audición es muy clara ya que estamos en línea recta, aunque lejanos.

19 de mayo. 17:00 hrs.

Con Claudio salimos de la carpa y hacemos una travesía en diagonal hacia la arista. Queremos hacer un reconocimiento de otras canaletas que tiene la banda amarilla para decidir la ruta. Desde el base y ayudado por anteojos largavista, Jorge nos entrega algunas valiosas indicaciones. Sí, a la izquierda de nuestro campo 7 se ve una rampa de nieve que sube hasta la arista. Nos movemos aprovechando la calma de la tarde hasta la base de la rampa. Llevo además mis pequeños prismáticos para tratar de encontrar indicios de otras expediciones. Todo es en vano, ninguna cuerda, ni rastros tampoco, de los campamentos chinos del año 75. Regresamos dentro de la carpa después de algunas fotos y unas pocas tomas de cine.

Aquí arriba ya no dan ganas de operar ninguna cámara. Cada cosa y cada movimiento por pequeño que sea se transforman en un suplicio.

Discutimos el plan del día mientras nos preparamos a pasar nuestra tercera noche sobre los 8.000 metros. Afuera, mientras cae la tarde, el viento empieza a soplar con mayor fuerza. Esta noche no podremos dormir.

La tormenta que golpea la carpa nos hace temer un desastre. La nieve polvo se filtra por alguna ventana mal cerrada y nos deja blancos. Sólo nos queda confiar que las costuras y la tela resistan. No se puede encender el anafe pues los cambios de presión apagan la llama dentro de la carpa.

20 de mayo. 08:00 hrs.

Hemos tenido la peor noche de toda la expedición. Viento y nieve toda la noche y aún continúa, no se puede ni abrir la puerta. Me doy cuenta de que estamos bloqueados sin poder subir ni bajar mientras se mantengan estas horribles condiciones. Dago saca las pilas que mantiene cerca de su cuerpo para que no terminen congeladas y las pone en la radio.

En el campo base han tenido la buena idea de grabar los últimos comunicados de radio con el grupo de punta. Conversaciones largas y descarnadas van así impresas en un pequeño casete.

Cada uno de estos contactos radiales muestra ahora mejor que nada el estado de ánimo de cada uno, y la situación general que se vive en el último campamento instalado en el Everest.

20 de mayo. 11:00 hrs.

Lucero: Aló, "Doc", aquí Lucero, cambio.

Jorge: Te escucho, Claudio. Adelante.

Lucero: Todavía no logramos fundir nieve. Todavía no tomamos desayuno. No hemos tomado nada caliente. ¿Cómo se mantiene el tiempo abajo?

Jorge: Se mantiene igual que hace una hora. Aquí está despejado. Arriba ustedes tienen las mismas nubes situadas en el mismo lugar. El viento está soplando desde el oeste, así que hay una posibilidad de que el tiempo mejore en la tarde.

Lucero: Ya, perfecto, perfecto. Nosotros estamos en el proceso de fundir nieve, después de mucho trabajo para encontrar el anafe y la olla. Todavía nos falta un montón de cosas y no hemos conversado nada de lo que vamos a hacer. Estamos bastante mojados y Gastón tiene los pies un poco helados. Ha estado toda la noche con los pies helados. Después del desayuno vamos a discutir el problema y ahí te informamos, ¿correcto?

Jorge: Correcto, Claudio. Tómenlo con calma. Discútanlo con calma. Les vuelvo a repetir que pueden tomarse todo el día. En todo caso nos gustaría sugerirles un plan si es que eso les sirve de ayuda. Cambio.

Lucero: Adelante. Lo escuchamos.



A mediados de mayo, intento a la cima.



Collado Norte, un balcón a 7.000 metros.



Mal tiempo en altitud.



Campo cuatro, 7.007 metros.

Jorge: Todo depende de cómo se sientan en la parte física y anímica también. Sería un poco un plan a ultranza, pero de acá, yo lo veo como la única posibilidad, porque si pasan otra noche ahí en ese campamento sin oxígeno, va a ser bastante difícil que mañana puedan hacer algo. Yo pienso que, si el tiempo mejora por la tarde y ustedes están bien, podrían intentar hacer un ataque a la cumbre desde allí.

Podrían partir hoy tipo siete u ocho de la noche, cuando todavía hay buena luz, a fin de que alcancen a llegar a la base de la rampa con luz natural, la que acaba alrededor de las diez de la noche. Posteriormente hay luna, que está grande y les ilumina bastante. Podrían hacer toda la parte final del cerro y llegar en la mañana a la cumbre. Es realmente un ataque “kamikaze” pero creo que sería la única posibilidad dado que están sin oxígeno, y no sería bueno que pasaran otra noche inmovilizados allí. Cambio.

Lucero: Doctor, hemos escuchado todas las observaciones que haces. No vamos a contestar ahora. Vamos a meditarlo. Después del desayuno te vamos a llamar y vamos a determinar qué vamos a hacer. Cambio y fuera.

Jorge: Ya. Cambio y fuera, hasta la próxima comunicación.

20 de mayo. 17:00 hrs.

Jorge: Aló, aquí campamento base, ¿me escuchan?

Gastón: Te escucho bien Jorge. Aquí campo 7, habla Gastón. Las condiciones no han variado. Tiende a despejarse la parte alta, pero el viento sopla muy fuerte y cae un poco de nieve, lo que nos ha obligado a estar metidos dentro de la carpa todo el

día. Yo te diría que fisiológicamente estamos muy degradados. Estamos muy agotados por el solo hecho de estar aquí arriba metidos dentro de la carpa. Cambio.

Jorge: Acá abajo ha mejorado notablemente el tiempo. Se nota que mañana va a estar bueno. Ustedes siguen envueltos en nubes, pero con tendencia a mejorar. El problema es cuánto pueden soportar arriba. Cambio.

Gastón: Da la impresión que no podremos resistir un día más aquí arriba. Sobre todo, porque la altura nos degrada mucho, aunque estemos sin hacer nada. La alimentación también empieza a terminarse. Ahora el viento es muy fuerte, muy fuerte. Con este viento no se puede hacer nada, ni bajar ni subir. No podemos ni movernos. Eso es lo que está ocurriendo aquí arriba. Yo diría que estamos prácticamente bloqueados en este campamento. Cambio.

Jorge: Yo pienso que va a mejorar. Aún hay algunas horas de luz para que ustedes puedan tomar una decisión al respecto. Cambio.

Gastón: Ojalá "Doc". Si lo estimas conveniente nos podemos comunicar a las seis. Cambio y fuera.

Jorge: Correcto. Voy a estar a la escucha a las seis. Fuera.

Por la tarde, los diálogos han empezado a tener cierto toque de tragedia. Llevamos más de 60 horas viviendo sobre los 8.000 metros, y en la práctica sin oxígeno artificial, y nuestros tejidos se empiezan a deteriorar. La permanencia en la altitud es peligrosa, lo sabemos. Antes de la expedición estudiamos en detalle estos factores, pero la suerte ha estado en contra nuestra. El tiempo adverso en extremo se ha transformado en el enemigo

principal. En el año 1952, una fuerte expedición suiza intentaba alcanzar la cima del Everest por primera vez. El jefe de dicha expedición, doctor Wyss Dunant, refiriéndose a las alturas superiores a los 8.000 metros acuñó el concepto de “zona mortal”. Todo esto lo sabemos, lo hemos estudiado cientos de veces, pero hasta hace un par de meses solamente era teoría para nosotros.

Ahora, aquí en el campo 7 del Everest, cuando se acerca una tercera y amenazadora nueva noche en esta altitud, la posibilidad de tragedia ya es latente. Todos hablamos un poco de lo delicado de la situación. Si el viento continúa, no sabemos qué pasará.

20 de mayo. 18:00 hrs.

Jorge: Atención campamento siete, aquí campamento base. Cambio.

Gastón: Te escucho Jorge. Este ha sido un día muy especial porque hemos hablado mucho. Hemos discutido mucho las alternativas que tenemos para el futuro. Parece que estamos en el límite fisiológico. Estamos contra el tiempo, contra el tiempo de vida. Quedarse dos o tres días más significa morir, así de frenón, aunque nos quedemos dentro de la carpa. Eso lo hemos conversado mucho. Nos queda sólo una carta que jugar, y muy chica, muy pequeña. Pero también sabemos que tenemos un riesgo muy grande. El hecho de pasar otra noche acá, sin oxígeno, es un riesgo grande. En las últimas horas hemos estado discutiendo eso, conversando incluso. ¿Qué significa volver sin la cumbre? ¿Qué significa volver con un intento hasta el límite? ¿Dónde está el límite? ¿Hasta dónde vamos a llegar tratando de superarnos? ¿Es conveniente eso? ¿Es conveniente volver con la cumbre, pero con dos compañeros muertos? Estas son cosas que tú entiendes como médico, mucho mejor que nadie. Noso-

tros lo vemos desde un punto de vista muy sentimental. Estamos muy sensibles, ese es el estado de ánimo que hay aquí en este momento. Yo quiero que todos opinen un poco. Digan lo que sienten aquí metidos un poco en una trampa, estamos metidos sinceramente en una muerte lenta, como dicen algunos. Te dejo con Claudio.

Lucero: Aló, “Doc”. Antes de hablar quisiera escuchar algunas palabras tuyas.

Jorge: Muy bien. Aquí estamos grabando vuestras palabras. Nos damos cuenta exactamente del estado de ánimo de ustedes. Ya llevan muchos días ahí, y afortunadamente todavía tienen la mente clara para darse cuenta de los riesgos que están corriendo. Nosotros también tenemos muchos deseos de que hagan la cumbre, pero tampoco queremos que cometan un acto suicida. Si quieren mi consejo como médico, bajen. Si quieren mi consejo como andinista, piénsenlo y decidan, pero que sea ahora. Cambio.

Lucero: Gracias “Doc”, ya te decía Gastón que estamos muy sensibles, nos emocionamos por cualquier cosa. Este aparatito que es la radio, nos ha servido para amarrarnos a ustedes, y darnos cuenta que no estamos solos. Esta es una inmensa soledad, y cada uno ha estado evaluando su vida. Yo por ejemplo tengo una misión que cumplir. Tengo hijos, y lo sabía antes de venir. ¿Qué vale más?, ¿Devolverse o que después una placa recuerde a un andinista que en su medio siglo de vida se jugó lo que le quedaba por hacer en el Everest, porque era importante y nos propusimos esa meta? ¿Qué es más importante para mí?

Cuando me vine sabía que podía perder la vida y por eso firmé hasta un seguro. Uno sabe que puede perder la vida en cualquier momento, pero estar consciente, repito, plenamente cons-

ciente de que las fuerzas cada vez son menores, estar consciente que mañana al ponernos la mochila y partir para arriba, a lo mejor no volvemos. Eso no me haría un buen deportista, no me haría un buen hombre, al contrario, me haría irresponsable.

El éxito de la expedición era la cumbre y todos vivos. Ahora pienso que, si no logramos la cumbre, lo importante será que todos volvamos vivos. De todas maneras, quiero jugarme entero todavía. A lo mejor al comenzar a subir con tiempo bueno, con un aire menos frío, podamos llegar arriba. No tenemos todo perdido.

Siempre en la vida hay un soplo de esperanza, una luz de ilusión, y esa queremos jugarla. Creo que no he dado todo todavía. Quiero por lo menos tomar la mochila mañana y partir a la cumbre. Si a diez metros de aquí ya no puedo, voy a bajar convencido de que no se puede subir. Pero todavía quiero intentarlo, hay tantas cosas por qué luchar, y ésta del Everest es importante para la vida de un montañero como yo. Deséanos suerte nada más. Lamentablemente en la montaña hay en juego una dosis de suerte, y en esta oportunidad no ha estado con nosotros. Gracias por escucharme "Doc". Cambio.

Jorge: Te hemos recibido muy bien Claudio. Realmente es muy emocionante escucharte. También es muy edificante escuchar toda esa entereza de espíritu que te ha caracterizado en la lucha contra la montaña. Cambio.

Dago: ¿Aló, me escuchas claro?

Jorge: Sí, Dago, te escuchamos.



El último campamento, a 8.300 metros.

Dago: Me parece bien que esto quede grabado y que puedan escuchar lo que pensamos aquí arriba. Sin embargo, no es muy fácil, yo me emociono luego. Estamos en un límite muy objetivo, pero todavía tenemos fuerzas. Incluso cantamos hoy día en la tarde. Cantamos con fuerza y tenemos esperanzas aún de llegar a la cumbre. Se habla mucho del oxígeno, pero la verdad es que lo hemos ocupado muy poco, y ya completamos tres noches sobre ocho mil. Y ahora, evaluar la parte sentimental, el honor del andinista, el conocimiento médico, evaluar dos cosas y decidir. ¿Seguir o devolvernos? Es muy difícil para mí. Yo me siento muy orgulloso de mis compañeros, de estos tres hombres que han llegado aquí. Los he visto sufrir, los he visto llorar, los he visto

darse vuelta en la decisión de seguir adelante o devolverse. Creo que después de que hemos hablado, las cosas van a estar más claras. Un abrazo para todos los amigos de abajo. Suerte para todos. Cambio y fuera.

Iván: Aló amigos del campo base. Aquí habla Iván. Realmente durante todo el día hemos hablado bastante sobre qué será de nosotros mañana. ¿Qué podemos hacer? Hemos razonado mucho en cuanto al tiempo, a los horarios, pero también nos ha asaltado la duda acerca de que si realmente tendremos fuerzas. Hasta sacar un poco de nieve o ponerse un zapato nos hace darnos cuenta que tenemos muy pocas energías, que la vida se va acabando. ¿Valdrá la pena? Detrás de nosotros hay una familia. Hay seres queridos. Este aparatito que es la radio nos ha servido mucho para levantarnos la moral, y es lo único que nos tiene comunicados con la tierra de los hombres. La verdad es que aquí nos parece que estamos muy lejos de todo lo que es humano. Espero que nos veamos. Cambio.

Gastón: ¿Me escuchas Jorge? Cambio.

Jorge: Sí Gastón, hemos estado escuchando muy emocionados todo lo que ustedes han dicho. Estamos conscientes de la presión a la que están sometidos.

Gastón: Sí. Lo que vamos a decidir lo haremos un poco más tarde. Afortunadamente el tiempo mejora. Yo todavía tengo confianza en las decisiones que tomemos. No tomaremos ninguna decisión suicida, eso lo tengo claro. Tenemos bastante experiencia, hemos estado metidos en bastantes líos en la montaña y nunca hemos tomado decisiones suicidas, así que si intentamos la cumbre trataremos de hacerlo lo más racionalmente posible. Y si no somos capaces porque orgánicamente el desgaste ya ha sido muy grande, vamos a descender. Eso va a ser lo más impor-

tante, que bajemos los cuatro vivos, y no con algunos menos. Aquí termino. Cambio y fuera.

La cumbre se ve cercana, quizás a doce o catorce horas solamente. Pero en las condiciones en que estamos, nada es seguro ni fácil. Es una tremenda ironía estar tan cerca de la cima más alta, y a la vez tan lejos. Después de dos años de preparación y entrenamiento, y después de dos meses de altura, subiendo equipos y comida, abriendo la ruta de ascensión con viento, nieve, y frío. Hemos puesto más de un kilómetro de cuerdas fijas en los lugares de mayor peligro, y ahora, cuando solo falta la jornada final, la última carta que extender, estamos ya en nuestro límite, y ni siquiera seguros de poder regresar.

Las ropas y la carpa están congeladas. Hay hielo incluso adentro. El tiempo se hace eterno para fundir un poco de nieve y obtener líquido. La duda del futuro se transforma en realidad. La frase de Jorge aún se escucha en el ambiente "Si quieren mi consejo como médico, bajen"...

Como a las siete de la tarde salgo afuera para despejar la nieve polvo que se acumula y aprieta la carpa. Deseo moverme un poco también y poder respirar más hondo. La tarde cae y el viento ya no sopla tan fuerte. Me doy cuenta que el sentido de equilibrio me falla y noto una gran mancha oscura en mi ojo izquierdo. Se inicia la crisis y se empieza a hacer evidente la hemorragia de retina. Fuera de la carpa empieza a oscurecer. Dentro de mí también siento la noche que trata de envolverme. Claudio, Iván y Dago se dan cuenta de la situación y discuten qué hacer. Prefieren esperar la luz de la mañana para descender. Pero también discuten qué hacer si la luz de la mañana no llega para mí. Es una noche larga, negra y fría. Mis compañeros no duer-

men, me dan líquido y me hacen respirar las últimas moléculas de oxígeno de la botella casi vacía que queda. El tiempo parece estirarse y la conciencia me quiere abandonar. Trato de dormir, pero temo no despertar más. Trato de concentrar mi mente en mis miembros que empiezan a perder sensibilidad. En la bruma de los recuerdos aparece la imagen de mi hija Catalina, una y otra vez...

21 de mayo. 08:00 hrs.

Hace dos horas que amaneció. Y también les lleva dos horas a mis compañeros calzarse las botas, ayudarme a levantarme y desarmar el campamento.

Lucero: Aló campamento base, necesitamos hablar urgente algo. Cambio.

Jorge: Adelante.

Lucero: Tenemos un problema serio, ayer en la tarde se nos enfermó Gastón. Tenía fuertes dolores de cabeza, con cierta rigidez al cuello, luego salió de la carpa a despejar la nieve y al entrar le apareció una mancha oscura en el ojo izquierdo. Anoche le dolió mucho la cabeza y le aumentó la mancha. Anoche pensamos bajar, pero hay unas pasadas muy malas que no están equipadas y a oscuras ofrecen mucho riesgo. Ahora estamos listos para bajar, pero queríamos instrucciones tuyas. Cambio.

Jorge: Ya. Realmente eso es una hemorragia de retina y un principio de edema cerebral, así que tienen que bajar lo antes posible. ¿Tienen posibilidad de oxígeno en el camino?



20 de mayo, el tiempo mejora, Oyarzún enferma.

Lucero: En el campo de 7.600 nos quedan las botellas verdes de emergencia.

Jorge: Eso es muy bueno. El hecho de bajarlo ya debería aliviar el problema. Probablemente persista la afección visual, pero las repercusiones sobre el cerebro deberían disminuir si ustedes lo bajan; esas son las indicaciones médicas. Lo único que puedo decirles es que lo bajen lo antes posible. Cambio.

Lucero: Bueno, ahora a través de la radio nos iremos comunicando cada hora, y te voy a ir dando nuestra posición. No te puedo asegurar nada. Yo creo que de aquí hasta abajo dónde me encontraré con Nelson, en el campamento cuatro, nos demoraremos unas siete horas.

Cambio y fuera

Abajo flota un manto de nubes venidas de Nepal. Aquí arriba mi conciencia flota entre recuerdos y lagunas mentales. La vida quiere echar a volar sin mí, pero me aferro con cuerpo y alma a la existencia. El deseo es uno solo; bajar, descender, perder altura. Viajar hasta el valle donde estaré menos frío, donde encontraremos descanso, aire, vida.

Iván me calza los grampones y luego nos encordamos de a dos. Tengo las piernas dormidas y estoy muy mareado. La realidad es dura. Sé que me costará mucho descender. Sólo queda confiar en aquel automatismo motor que se logra acumular en toda la experiencia archivada durante nuestra vida anterior. Cuando el cansancio está ganando, cuando la falta de oxígeno nos bloquea la razón, entonces sólo nos queda nuestra técnica, que se transforma en el sabio piloto automático que nos guiará lentamente hacia la pista.

Un milagro se produce a los cien metros de abandonar el campo 7. El viento ha barrido la nieve, y aparecen los restos del campo 6 de la expedición China de 1975. Entre carpas rotas y algunos trozos de cuerda, hay algunas botellas de oxígeno aún llenas.

Ajustar el regulador, ponerse la máscara, y dejar que una corriente de tres litros por minuto del vital gas penetre en los tejidos. La luz empieza a brillar nuevamente, renace la esperanza. Sí, podré bajar, llegaremos al campo 3, al base, al hogar. A la hora siento otra vez las piernas y puedo mover mi mano izquierda a voluntad. Otra vez estoy de pie, frente al viento, y un paisaje espacial.

La pesadilla se aleja lentamente. En los campamentos inferiores existe una movilización general ante la emergencia. Del campo base salen los yaks trasportando dos botellas de oxígeno hasta el campo dos. Desde allí, el mismo día, Juan y Gino las subirán hasta el base avanzado. Nelson con Lucho mientras tanto han subido la pared de hielo para encontrarnos en el campo 4, traen alimentos calientes y algunos medicamentos específicos.



Regreso al ahora...

Al dejar el campo base el 24 de mayo, la expedición se termina en el corazón de cada uno. Sólo los propios pensamientos y el desnudo paisaje del Tíbet nos acompañan nuevamente. El regreso siempre es bueno y esperado, y ahora que comienza, no podemos dejar de sentir una cierta melancolía por los dos meses pasados en la zona del Rongbuk.

En la hora del volver es el tiempo de la meditación y del descanso, de madurar las conclusiones y enseñanzas obtenidas. Podría tratar de terminar este libro dando un voluminoso listado de factores que jugaron en contra nuestra, y de tantos motivos por los que la cumbre no se alcanzó. Pero esto ¿no sería sólo una suerte de explicaciones destinadas a satisfacer a los críticos y ajenos espectadores?

El deporte de la alta montaña es algo más que un simple compromiso con el público que observa desde las graderías del estadio, o ante las pantallas de la televisión. Es ante todo un compromiso personal, un desafío natural, y una aceptación silenciosa de los riesgos que conlleva. ¿Quién puede hablar de los que fracasan en el Everest? Sólo ellos mismos, pues fue su vida y su conciencia lo que estuvo en juego hasta más allá de la razón. Lo intentamos hasta donde pudimos hacerlo, simplemente, y en ese solo hecho ya cumplimos uno de los objetivos propuestos.

Todos los desafíos de las grandes cimas del Himalaya pierden importancia si tan sólo se busca en ellas la victoria o la derrota. Los resultados que se obtienen no son tan simples como decir blanco o negro. Mientras el hombre no se pruebe a sí mismo, y

no cuente con las propias experiencias de la vida, los éxitos y las derrotas sólo serán ilusiones y desilusiones artificiales. Si existen infinitas variables que determinan un resultado final, también los logros de la empresa, en cada uno de los actores, son también infinitos.

Un solo objetivo verdadero no existe en las montañas del Asia. Hay un abanico de posibilidades para encontrar el camino de la superación deportiva y la superación personal. Y una manera, a veces dura, es enfrentarse al imposible. Cuando ya la montaña nos domina y pretende hacernos perecer no queda más camino que organizar la retirada. El suicidio es irracional, absurdo e inútil, sólo la vida cuenta, y siempre será así.

El encuentro cara a cara con la Diosa del Rongbuk ha dejado cicatrices en cada uno de nosotros que mostraremos con orgullo a medida que el tiempo se tome lo suyo. Las ricas experiencias recibidas durante la expedición son de las más vitales y las guardamos con gran celo. La vocación montañera es una vocación de la naturaleza, y más que una disciplina del cuerpo es un lujo del espíritu y un recurso del alma, no importa cómo las concibas. La acción sola no es nada si no está guiada por la proyección de nuestra sensibilidad sobre ese medio ambiente bruto y mineral de roca, hielo y nieve. Incluso en el actual dominio de la técnica, los mejores escaladores del mundo siguen proclamando estos valores permanentes, y en la medida que las épocas cambian y nuevas generaciones de montañeros se suman a la gran aventura, la montaña sigue siendo la misma, el hombre sigue siendo el mismo.

Con profundos deseos de encontrarnos con lugares más suaves llegamos al otoño del país, cuando junio ya comienza y los rayos del sol apenas tocan esta parte de la tierra. Y el recuerdo de las cumbres no se aleja. Ese mundo que a veces nos exige virtudes

que parecen contradictorias: audacia y prudencia, orgullo y humildad, la más completa libertad y la más estricta solidaridad y entrega llevadas en ocasiones hasta el mismo sacrificio.

La alta montaña es para nosotros un hermoso ideal realizado, un amplio campo de batalla natural en el que jugando en las fronteras de la vida tratamos de encontrar la amplitud espiritual tan propia de nuestra especie. Escalar, sin embargo, no solo representa el encuentro con los elementos naturales, sino que también es encontrar un sentido a nuestra vida, y en la vida de muchos hombres creo que cada uno tiene un Himalaya que alcanzar, o lo menos proponérselo.

La historia del montañismo de gran altitud recién comienza para nosotros. Las montañas del Asia y América se proyectan mañana como un gran desafío a la imaginación. El Everest ha producido en mí un gran respeto a la vida propia y la de mis compañeros de ascensión, y un íntimo deseo de superación consciente, pues si el encuentro se produce nuevamente deseo regresar desde lo más alto con obra terminada.

Confío plenamente en que las nuevas generaciones de escaladores llenarán los vacíos del presente con amor e inteligencia, con sabiduría, prudencia y responsabilidad.

Lo intentamos todo y fracasamos, pero estamos contentos de seguir viviendo. Mientras tanto, hacia el futuro, continúa el misterio de la cumbre inconclusa, y con él, un anhelo constante de alcanzarla.

“...La fantasía ha sido uno de los factores más importantes en todas mis empresas alpinísticas. Gracias a ella, hasta ahora no me ha ocurrido nada grave. Imagino todos los peligros de manera tan plástica que automáticamente busco el modo de evitarlos. Me atrevo incluso a afirmar que cuanto más fantasía tiene un alpinista, más probabilidades de sobrevivir tiene a la larga. Una buena imaginación es un seguro de vida. Pero el alpinista no necesita solamente fantasía, también necesita astucia, o tiene que ser capaz de valorar un riesgo, tiene que intuir cuando no existe ya probabilidad de éxito, y tiene que ser lo bastante listo para regresar en el momento justo. También se precisa astucia para valorar con exactitud las propias fuerzas...

Peter Habeler.

Apéndices Complementarios

Las radiocomunicaciones en la expedición

Gastón Oyarzún

En una expedición de envergadura, como son las desarrolladas en el Himalaya, las comunicaciones juegan un papel tremendamente importante, por no decir fundamentales. La coordinación en un trabajo en equipo de las distintas cordadas con funciones diferentes, sólo se hace posible a través de una buena radiocomunicación.

En el plano externo, algunas reglamentaciones nos impidieron operar un gran equipo de radio para salir desde nuestro campo de base hasta estaciones ubicadas en otros países, incluyendo Chile. Nos remitimos entonces, a contar con equipos portátiles que pudieran servir de enlace entre los distintos campamentos, y entre los diversos grupos operativos.

Durante la preparación de la expedición pudimos contar con la valiosa asesoría técnica del Radio Club de Chile, que nos entregó los conocimientos necesarios en cuanto a elegir los modelos más apropiados para el uso en condiciones extremas de clima, como tendríamos en el Everest. Los radiotransmisores utilizados fueron en total cinco unidades portátiles marca Kenwood, modelo TR-2500 de 2,5 watts de potencia cada uno.

Para un fácil manejo utilizamos pilas alcalinas de 1,5 volt desechables, que además servían para la filmadora y los tocacintas. De esa manera las fuentes de energía se normalizaron de

alguna manera, lo que optimizó los resultados. Como estos pequeños equipos funcionan en la banda VHF (frecuencia modulada) la claridad de las comunicaciones era excelente. Con este sistema pudimos unir las cordadas de altura con el campo 3, y con el campo de base, distante este último unos 50 kilómetros, con resultados perfectos. Sólo entre el base y el campo 3, separados por todo un cordón montañoso, no se daban las condiciones para una comunicación directa, cuestión que se solucionó con un sistema de puente por sobre el Collado Norte.

El reducido tamaño y la facilidad de operación de los equipos, así como su limitado peso, fueron factores de gran importancia para el uso diario que les dimos a las radios, durante los dos meses de estadía en las montañas.

El cuidado lógico de mantención consistía en conservar los porta pilas protegidos de las bajas temperaturas, cosa que se lograba guardándolos dentro de los bolsillos interiores de nuestra ropa. De esta manera un juego completo de pilas (seis unidades) tenía un rendimiento de unos tres días de uso.

En el mes de mayo, durante el asalto final, las radios jugaron un papel prioritario en la expedición. Mientras ocurría la emergencia, tendieron un verdadero puente vital entre los campamentos inferiores y el campo número 7, ubicado a 8.300 metros, en plena ladera norte de esta gigantesca montaña.

Los alimentos en el Everest

Nelson Muñoz

En la noche del 23 de mayo celebramos nuestra última cena; al día siguiente dejaríamos definitivamente aquellos horizontes de hielo, por los cuales soñamos durante largos años, tal vez, desde que empezamos a conocer las montañas, para vivir en 60 días todo un mundo de ilusiones, angustias y emociones, tras una gloria que posiblemente sólo quedaría en nuestros recuerdos.

Jorge y Santiago trabajan en preparar lo que va a ser nuestra cena de despedida del campo base. Me parece que aún, al evocar aquellos momentos, percibo el ambiente que daba marco a los recuerdos de los últimos instantes vividos en los campos de grandes alturas, y que cada uno guardaría en lo más íntimo de sus pensamientos.

El chisporroteo del aceite, el rugir de los anafes, un agradable aroma de huesillos cociéndose y el murmullo de la lámpara, inunda la carpa de cocina, produciendo una exquisita sensación de hogar; era como estar en casa.

Salpicón de mariscos, arroz graneado, papitas fritas, y salsa de chorizos; un rico postre de huesillos, con unas cervezas traídas desde Xegar, brindaron un reconfortante punto de partida a nuestros desgastados organismos, para retornar junto a los que un día 9 de marzo dejamos con una ilusión. Si valioso era escalar el Everest, también lo era que todos regresáramos con vida, y con lo que allí aprendimos. Sólo el Chomolungma sabe cuánto hicimos y estoy cierto que allá, en el techo del mundo, quedó

algo importante de nosotros. Se trató de sacar el mejor partido a lo que se disponía -en cuanto a víveres se refiere- a pesar de las pocas comodidades y condiciones duras que imperaban en el campo base y campos superiores.

Así como Jorge y Santiago cocinaron el último día, que fue una tarea rotativa para todos durante los días en que nos encontrábamos en el campo base. Los turnos eran de tres personas. Cada grupo se hacía cargo de la cocina del base después de cada desayuno y lo entregaba al día siguiente a similar hora.

A la comisión de alimentación le correspondía entregar diariamente lo necesario, para que las tres personas que se encontraban de turno desarrollaran sus cualidades culinarias. Había verdaderos maestros y cada grupo trataba de esmerarse en su labor. El trabajo de la comisión de alimentación se inició mucho antes de poner en marcha la expedición hacia el Tíbet, y eso permitió disfrutar de aquella despedida del campo base.

Pasamos por muchas reuniones de análisis, cálculos, y una serie de problemas, cuando veíamos que la fecha de partida se aproximaba y no teníamos nada en concreto. Esto, debido a que todo estaba amarrado con todo. Una donación dependía de un convenio publicitario, ese convenio dependía de los pasajes, los pasajes de otro asunto. En fin, fue una larga espera para que se resolviera todo en favor de la expedición.

La comisión inició su trabajo con un estudio de los productos que se ofrecían en los diversos supermercados de Santiago, con el fin de hacer un listado de ellos, y una preselección de los que podían ser usados, atendiendo a sus características alimentarias, como también a las condiciones de sus envases, cantidad de gramos por unidad, duración, etc. Muchos de estos productos se probaron durante las diferentes salidas de entrenamiento pre-

vías que tuvo la selección, para así, ir haciendo las correcciones apropiadas y llegar, por último, a una lista de más de cien diferentes productos que se llevarían desde Chile.

Una vez que se tuvo el listado de los víveres, y de acuerdo a un proyecto de desarrollo de la expedición en terreno entregado por el jefe de expedición, se hizo un cálculo estimativo de las cantidades que necesitaríamos para el Everest.

Tomando en cuenta las condiciones de clima, transporte, etc., se solicitó en forma directa a los productores o envasadores, determinados víveres envasados en forma especial, con cantidades específicas por cada sobre, paquete, tarro, etc., de tal forma que no se desperdiciara nada y se dispusiera de la cantidad justa. Se enviaron muchas cartas solicitando este aporte a la expedición, pero el resultado fue que sólo algunos respondieron en forma afirmativa.

Por ejemplo, el azúcar se mandó a envasar en sobres de 10 gramos cada uno, para facilitar la distribución de las diferentes raciones, sobre todo para los campamentos de altura. La sal fue pedida en pequeños sobres de 2,5 gramos cada uno. La leche fue envasada en forma especial por Chiprodal en sobres de 130 gramos; el contenido de cada uno, al ser disuelto, nos daba un litro de leche, y además nos proporcionaba los pomos vacíos, de esos donde se vende mayonesa, para llenarlos con mermelada. Los pomos eran especialmente útiles para la mermelada, ya que podían volverse a tapar.

La comisión organizó la alimentación en base a las etapas de desarrollo de la expedición, ya que, según sea la altura, el organismo va necesitando diferentes tipos de alimentos. A medida que se logran mayores alturas aumentan los requerimientos de líquido y de alimentos energéticos, no así en el campo base, en

donde las facilidades de transporte permitían llevar una serie de provisiones extras para variar la dieta e incluso hacerla más parecida a la alimentación de casa.

Tipos de raciones

La alimentación se dividió en:

Raciones Tipo A: Estas raciones estaban destinadas a suplementar la alimentación de aproximación desde la ciudad de Lhasa hasta el campo base. Esta etapa duró tres días, y la base fue la comida en los lugares en donde nos hospedábamos. Platos chinos. Al comienzo, esta alimentación no fue muy bien recibida, ya que difiere bastante a la comida china que se sirve en los restaurantes de Santiago, el sabor era más fuerte, al parecer debido a los condimentos o al aceite de soya con que se prepara. Luego, sin embargo, cada plato que se traía era barrido y solicitábamos otro. Y al regreso, tal vez cansados de la comida del base, los platos chinos nos parecían realmente exquisitos, sobre todo los del hotel de Lhasa.

Además de la alimentación de los hoteles, durante la aproximación debimos considerar algunos víveres para consumir durante el viaje en camión. Como cada tramo se hacía en unas ocho horas, en algún lugar del camino nos deteníamos para picar algún tarrito de conservas, galletitas, algunas cervezas y algo más.

Es común que en los hoteles de China coloquen unos termos grandes y un par de jarros en cada habitación, además un tarrito de aromático té, pero sin azúcar, ya que ellos lo consumen así. Entonces nosotros, después de cenar, nos juntábamos en una habitación y tomábamos té, agregándole azúcar y acompañándolo con algún tarrito de filete de pescado ahumado, o con galletitas.

En una ocasión, cuando nos aproximábamos desde Lhasa a Xigarzu, en el primer tramo del viaje al base, nos detuvimos para hacer el picnic del mediodía en un pedregal, en donde el viento era tan fuerte, que todo lo daba vuelta y llenaba de polvo. Le dijimos al conductor que para la próxima vez eligiera un lugar más abrigado y de más agrado. Al día siguiente se detuvo al medio de un poblado, y cuando nos bajamos estábamos rodeados prácticamente por toda la población. Era imposible comer bocado, porque ellos, muy curiosos, casi metían la cabeza dentro del tarro de conserva que uno tenía para ver qué estábamos consumiendo. Finalmente, no logramos comer nada, era molesto, ya que no sabíamos si darles de nuestra comida o bien decirles que se fueran; nos fuimos nosotros. El último picnic del mediodía de la etapa de aproximación, lo hicimos en el mismo camión en marcha y no tuvimos problemas.

Raciones Tipo B: Estaban destinadas al campo base. Esta alimentación era más completa y variada, ya que era en el base donde deberíamos recuperarnos en parte, en los días de descanso. Digo en parte, pues el base estaba a una altura de 5.150 metros, y, además, el lugar era muy poco acogedor, azotado por vientos y bajas temperaturas.

Además de las raciones tipo “B” que se prepararon, también iba una ración de complemento para hacer más variados los guisos. Teníamos, por ejemplo, papas, cebollas, harina cruda de trigo, trigo mote, harina tostada, y una serie de otros productos. Era motivo de gran regocijo cuando se hacían empanadas de queso, o bien sopaipillas; de esto se encargaban Rivera y Pardo, que eran los maestros de la fritura.

Estando una vez en el base, el conductor del jeep de los norteamericanos nos trajo de regalo una cabra salvaje que había cazado, la que debíamos compartir con nuestros jaqueros. Esta

cabra estuvo todo el día al sol esperando ser descuerada. Una vez repartida la carne, Gastón y Dagoberto se encargaron de prepararla. Quedó realmente exquisita. La cocinaron al sartén con papas cocidas. Fue un verdadero banquete saborear carne fresca después de varios días en el base.

Otras cosas que gustaban mucho eran los porotos con mote, los huesillos con mote, y los buenos mates con charqui. Además, en el base se celebraban los cumpleaños, y tuvimos varios mientras duró la expedición. Para estas ocasiones destapábamos dos botellas de buen vino y un postre especial. También era agradable después de la cena, quedarse a jugar cartas y picar algunos chorizos secos, maní, y algún que otro engaño.

Raciones Tipo C: Estaban destinadas a ser consumidas en los campos 1, 2 y 3, que se encontraban a mayores alturas (el campo 3 a 6.500 metros). Aunque nuestro organismo aceptaba alimentos más pesados, las raciones en su mayoría llevaban elementos livianos de digerir y de fácil cocción. Principalmente era un desayuno muy fuerte, en base a cereales con leche y Milo, una cena reparadora, y bastante líquido energético.

Según los estudios que nosotros comprobamos, a mayor altura, la necesidad de líquido es mayor, ya que la deshidratación es fuerte. Calculábamos que por sobre los 6.500 metros deberíamos consumir más de seis litros diarios. Para ello debimos agregar a las raciones productos para preparar; jugos, bastante Milo, sopas, té, etc. Así uno estaba estimulado para prepararse algo para beber.

El campo 3 actuó como base avanzado, y por tal razón se llevaron otros víveres extras y una mayor cantidad de la necesitada, para salvar alguna situación imprevista. También se agregó un gran número de caramelos, chocolates, almendras, alfajores

“Lagos del Sur”, pasas, etc. Estos productos fueron consumidos en las horas de trabajo, y es lo que llamamos “ración de marcha”, se llevan en el bolsillo, y se degustan en un descanso de la escalada.

Raciones Tipo D: Estaban destinadas a ser consumidas en el campo del Collado Norte, a 7.000 metros. Básicamente estas raciones contenían elementos deshidratados y precocidos; a cada sobre se le agregaba agua caliente, y en cinco minutos se tenía un estofado de pollo, pollo con arroz, carne con papas o macarrones con queso, además, té, jugos, cereales, Milo, galletas, y varias cositas dulces. Lo que se cocinaba debía ser de rápida cocción, para evitar gastar demasiado combustible.

Raciones Tipo E: Destinadas a los campos superiores de 7.600 metros y sobre 8.000 metros, incluían lo mismo que las Tipo “D” pero en menor cantidad, para hacerlas más livianas de transportar. Estas raciones, tanto las Tipo “D” como las Tipo “E”, entregaban a cada persona aproximadamente 3.000 calorías diarias, y tenían un peso de 1.200 gramos cada bolsa; eran para dos personas por día. Era muy fácil calcular la cantidad de bolsas que se necesitaba subir, sabiendo el número de personas que se movería y el número de días. Además, todas las raciones, desde las de aproximación, a las de campos de grandes alturas, incluían fósforos y papel, último muy útil para limpiar las ollas y platos o secar. Las diferentes bolsas se identificaban con un color para cada tipo, para seleccionarlas fácilmente de acuerdo con la altura en que se requerían.

El campamento 3 o base avanzado, actuó como campo de enlace entre el base y los campamentos superiores. Esto implicó un gran acopio de raciones en este lugar. Se llevaron muchas raciones para ser posteriormente trasladadas hacia arriba. El cálculo se hizo considerando el número de personas que se moverían y

el número de días que posiblemente se permanecería en aquellas alturas. El método resultó acertado y no hubo problemas de abastecimiento. Además, se aprovecharon algunos alimentos dejados en aquellos sitios por expediciones anteriores, y que se encontraron en buen estado.

Es increíble la cantidad de cosas que pueden hallarse en campamentos abandonados. Esto se debe en gran parte a que el riesgo de bajarlas es muy alto, ya que las personas sufren un fuerte desgaste en la ascensión, y sólo pueden transportar de regreso un mínimo de equipo, lo necesario, aún con gran esfuerzo y riesgo. Saben que en los campamentos inferiores encontrarán alimentos y equipos que han llevado de reserva, y disminuyen el factor de riesgo dejando en los campamentos superiores lo que sobra. Aprovechamos varias cosas, incluso algunos balones de gas y alimentos especiales que se encontraron medio cubiertos de nieve, y que sirvieron para variar en alguna forma nuestras raciones de altura, que a veces se tomaban monótonas.

Cuando evacuamos la montaña, en el campo 3 quedaron algunos víveres que nos fue materialmente imposible bajar. Estos alimentos fueron fácil presa de los cuervos, "centinelas de las alturas". Estas aves de negro plumaje no tenían ningún complejo en acercarse a menos de un metro de nuestras carpas para picotear algunas sobras de comida y traernos con sus chillidos, en aquellos remotos lugares, un ejemplo de la lucha por vivir, que también en el fondo nosotros librábamos.

Cuando nos retiramos ellos se hicieron dueños de la situación, no dejando indicio de alimentos de aquel helado sitio. Por otra parte, hicimos desaparecer en el fondo de una grieta, todos los envases y basura que se acumularon durante la ocupación del

campo 3, dejándolo nuevamente limpio y libre al “imperio del hielo y de los vientos”.

En esos momentos caminábamos mentalmente en pos de climas menos duros, dejando atrás días de angustias y privaciones. ¿Pero qué significan aquellos días para la eternidad del Chomolungma? Para él, nada; para nosotros, toda una vida, y quizás más.

Cocinar en los campamentos superiores requería un gran trabajo. Para obtener agua líquida debíamos fundir nieve o hielo y, tomando en cuenta que se usaban anafes a gas, el tiempo que se empleaba en esta operación era sumamente largo. El gas da muy pocas calorías si se trabaja con bajas temperaturas, tiende a congelarse. Además, el agua hierve a menos grados mientras mayor sea la altura; entonces muchas veces, los alimentos no se alcanzan a cocer. Pero la comida de la noche, que es el momento culminante en el día de un escalador; esa comida caliente que un hombre con hambre y frío espera con creciente ansiedad después de un prolongado día de trabajo, lentamente tomaba cuerpo y era recibida con verdadero entusiasmo. Hoy, después de transcurridos varios meses desde aquellos días, aún recuerdo con un sentimiento especial las sabrosas sopas que se cocinaban en aquellos campamentos que parecían colgar de las nubes que barría el viento, cuando moría el día, y nosotros, en el interior de las pequeñas tiendas nos disponíamos a un reparador descanso.

Cuando salimos desde Chile hacia Pekín teníamos un determinado límite de carga, y había que transportar equipo y víveres. Esta razón fue determinante para efectuar una minuciosa selección en la alimentación, que pesaría 1.053 kilos, los que fueron debidamente embalados en 31 bultos, con sus respectivas listas, para así saber qué contenía cada uno de ellos. En Pekín se com-

praron aproximadamente 406 kilos más, y en Lhasa se agregaron 100 kilos de víveres.

Las provisiones que se embalaron en Chile en su mayoría fueron donadas por Supermercados Almac, Chiprodal S.A.I.C. y Molinos Lucchetti S.A.

Desde Chile se llevó lo siguiente:

Aceite para cocinar: 10 litros.
Ajino-men (sopas): 36 sobres.
Alfajores Lagos del Sur: 848 unidades.
Condimentos: 10 sobres.
Ambrosella: 212 cajitas.
Galletas de soda: 62 paquetes.
Atún en aceite: 60 tarros.
Azúcar en sobres de 10 gramos: 70 kilogramos.
Nescafé: 1.600 sobres.
Caldo Maggie: 300 cubos.
Canela: 10 sobres.
Caramelos: 180 bolsas.
Salame: 80 tiras.
Cereal confitado: 300 bolsas.
Crema de castañas: 24 tarros.
Charqui: 60 bolsas.
Chocolate M&M: 96 cajitas.
Chorizo seco: 64 tiras.
Fideos Lucchetti: 20 kilogramos.
Gelatina: 20 cajas.
Guisos preparados: 122 tarros.
Alimentos deshidratados precocidos: 96 bolsas.
Pescado ahumado Haddock: 88 cajas.
Harina tostada: 12 kilogramos.
Jugos Tang: 1.800 sobres.

Pescado en salsa de tomates: 62 tarros.
Leche Nido instantánea: 60 kilogramos.
Maní salado: 152 bolsas.
Mayonesa Maggie: 12 frascos.
Mariscos en aceite: 170 tarros.
Mermelada: 25 kilogramos.
Miel de abejas: 4 kilogramos.
Milo: 1.100 sobres.
Nueces y almendras: 88 bolsas.
Papel higiénico: 60 rollos.
Pasas: 70 bolsas.
Paté d'foie: 112 tarros.
Queso bola, rojo: 10 kilogramos.
Queso crema: 9 kilogramos.
Sal de cocina: 7 Kilogramos.
Salsa de tomates: 60 tarros.
Sémola Lucchetti: 10 kilogramos.
Chocolates Snickers: 200 barras.
Sopas Maggie: 240 sobres.
Chocolate en barras: 12 kilogramos.
Té en bolsitas: 125 cajas.
Té medicinal: 12 cajas.
Toalla Nova: 15 rollos.
Trigo mote: 8 kilogramos.
Vino: 24 botellas.
Yerba mate: 8 kilogramos.
Puré de papas Maggie: 90 cajas.
Nestúm y Cerelac: 24 cajas.
Fruta Seca: 42 Kilogramos.

Nuestra alimentación fue completada con lo que se adquirió en China. Agregamos entonces:

Manteca de cerdo: 5 kilogramos.
Mantequilla: 5 kilogramos.
Papas crudas: 30 kilogramos.
Verdura en conserva: 40 tarros.
Té en hojas: 3 kilogramos.
Arroz: 25 kilogramos.
Azúcar: 50 kilogramos.
Carne en tarro: 120 tarros.
Cebollas: 20 kilogramos.
Cervezas: 36 botellas.
Fruta en conserva: 80 tarros.
Harina cruda de trigo: 25 kilogramos.
Guisos preparados: 70 tarros.
Papel higiénico: 120 rollos.
Aceite de cocina: 6 litros.
Galletas de soda y dulces: 120 kilogramos.
Fósforos: 300 cajas.
Velas: 100 unidades.
Detergentes: 8 paquetes.

Agregamos a este listado tres botellas de pisco, una de champagne, y una de Mau-Tai, licor chino, que fueron obsequiadas por nuestro Embajador en Pekín para ser llevadas al campo base. Fue un regalo muy bien recibido.

En general la alimentación estuvo bien, los víveres se distribuyeron en la ruta según el plan de ascensión, y no faltó el abastecimiento. Quizás pudo haber sido monótona o repetitiva por momentos; quizás pudimos haber llevado otros artículos más apropiados a las condiciones ambientales, como son los alimentos deshidratados y concentrados, pero nuestra expedición tuvo varias limitaciones, de carga y económicas fundamentalmente, que influyeron en la selección. Además, estamos acostumbrados a sabores más familiares, que fue lo dominante en la alimenta-

ción; cosas conocidas que se consumen cotidianamente. El sabor de la comida concentrada y deshidratada, que es lo ideal, llega a un punto que satura sólo con el olor que deja al ser cocinada.

También es importante para efectuar la selección de los alimentos, tener en cuenta el gusto personal, pero en un grupo de doce escaladores y dos personas de televisión, es difícil coincidir con las preferencias de todos. Un ejemplo sencillo lo muestra el hecho de que cuando se va a un restaurante, casi nadie pide lo mismo que otro. De todas formas, la lista de alimentos fue sometida a la aprobación de todos, y fueron pocos los cambios. Sin embargo, pese a las limitantes, era en el campo base donde se tenía mayor variedad, y se podía cocinar con más comodidad. Se prepararon porotos, con mote o tallarines, se hacían empanadas de queso, sopaipillas, mote con huesillos, y varias otras especialidades nacionales. Por otra parte, nuestro intérprete nos preparaba en algunas ocasiones unas masitas fritas en aceite de soya, muy buenas, similares a los panqueques. En el base se comía bien, dependiendo por supuesto de quien cocinara, pero todos lo hacían con agrado. Los anafes funcionaban durante todo el día, había que fundir hielo para obtener agua, calentar los tarros para descongelarlos, o simplemente calentar agua para tomar mate.

Quiero dar un ejemplo de una ración tipo “E”, que se consumía sobre 7.600 metros: café, té, Milo, American crackers, mermelada, caldo concentrado, azúcar, caramelos, alfajores “Lagos del Sur”, jugos Tang, guiso Mountain House, chocolate, sal. Además, fósforos, velas y papel higiénico. Todo ello estaba contenido en una bolsa de color rojo, con un peso aproximado de 1.200 gramos. Era para dos personas durante el día.

Cuando dejamos el campamento base el día 24 de mayo, sólo quedaron algunos alimentos que fueron regalados a nuestros

auxiliares chinos; nosotros volveríamos a los platos y especialidades locales chinas, desde el arroz con queso de soya a un fenomenal banquete de doce platos en el "Palacio de la Pagoda Blanca", con el cual nos honró la Asociación China de Montañismo, finalizando todo con una soberbia cena ofrecida por el Sr. Embajador de Chile en China.



Aconcagua. Pared Sur; la banda de rocas a 5.600 metros.

Materiales y equipos

Iván Vigouroux

Hemos heredado de nuestros más lejanos antepasados una necesidad inconsciente de vivir en contacto con la naturaleza, y cada niño sueña en secreto con ser marino, montañero, nómada en el desierto, explorador de los polos, o volar en la inmensidad de los cielos.

Pero el hombre es el animal peor dotado por la naturaleza para resistir los rigores del clima. No tiene piel gruesa y abrigada como el oso, o fuertes garras y resistentes pezuñas para trepar y desplazarse en terrenos abruptos. Sin embargo, le ha sido dada la inventiva y el ingenio. Así, están no muy lejanos los años en que los primeros exploradores del monte Everest (1920-1930) escalaban con rudimentarios equipos.

Actualmente existen nuevas tecnologías aplicadas al material de escalada. Estudios de resistencia de materiales ayudan a las fábricas especializadas, y aparecen los zapatos rígidos para escalada de alta dificultad, calzados "dobles" para las grandes alturas, y zapatillas adherentes que asemejan el pie desnudo de un ágil gato. En la confección del vestuario hay ahora telas muy resistentes al viento, y telas como el "Goretex" que respiran y permiten el paso del vapor de agua, y que protegen contra la lluvia y la nieve.

Gran importancia en la conquista de las altas cimas del Himalaya ha tenido en los últimos años la ropa acolchada en pluma, las botas plásticas, y los anafes a gas licuado de reducido tamaño.

Nuestra primera preocupación al elegir el material que usaríamos en el Everest, se refería a las características más importantes: resistente al trabajo de terreno, liviana, y de poco volumen, y, por último, cómodas en el sentido de poder ponerlo y quitarlo con facilidad, y sin grandes esfuerzos.

Zapatos de Alta Montaña: Aunque las botas confeccionadas en cuero presentan una serie de ventajas evidentes son generalmente bastante pesadas (tres kilos el par). Elegimos botas dobles plásticas hechas en poliuretano, ya probadas anteriormente en el Himalaya por otros países, y que los andinistas chilenos pudimos usar previamente en el Aconcagua y en Alaska con excelentes resultados prácticos.

Cubre botas: Son verdaderos sacos de nylon grueso o de otro material aislante, en que va el zapato, lo que permite protegerlo siempre de la nieve y el viento. Se utilizan con grampones ya que no tienen una suela gruesa.

Polainas: Confeccionadas en nylon, utilizamos modelos hechos con cierre, y resultaron imprescindibles hasta los 7.000 metros de altura.

Vestimenta: La ropa interior que se utilizó fue aquella que actualmente se fabrica en fibras sintéticas como el polipropileno, con excelentes resultados térmicos. Todas ellas eran de manga y piernas largas. Camisas gruesas de lana o algodón según el gusto de cada uno, y luego chaqueta y pantalón térmico grueso, también en fibra sintética, de la conocida marca North Face, que dieron muy buenos resultados.

El traje acolchado en pluma, parka y pantalón separados, representan en el Himalaya, sin duda, la principal barrera contra el frío. Sobre los 7.000 metros prácticamente fueron usadas siem-

pre, incluso en ocasiones para dormir. En cuanto a los guantes, utilizamos una gran cantidad y tipos distintos. Los fundamentales fueron los de lana. Además, llevamos de seda, acolchados en pluma, y también mitones cortaviento de nylon. Los gorros más usados fueron los pasamontañas de lana y de seda, pero además se empleó gorro de lana y gorro blanco para el sol.

Lentes para el sol: Cada escalador contó con tres pares de anteojos, siendo el más utilizado aquel hecho en cristal fotocromático con protecciones laterales de cuero.

Mochilas: Se utilizó el modelo “Joe Brown” de Karrimor por sus características de volumen y poco peso, además de su diseño tremendamente anatómico.

Linternas: Cada escalador estaba provisto de una cómoda y resistente linterna frontal Face Nord, que le permitía tener las manos libres por la noche para cocinar dentro de la carpa, o para las salidas muy temprano.

Saco de dormir: Fabricado en Chile por Induvet con un kilo de pluma cada uno, reunía buenas condiciones contra el frío, aunque su confección fue un tanto estrecha.

Carpas de altura: Las carpas utilizadas en el Everest se eligieron tomando en cuenta, en primer lugar, el principio de la isoterma resultante de las carpas dobles o con doble techo. La capa de aire que queda en este caso entre las telas es un buen aislante de la baja temperatura exterior.

Todas las utilizadas en los campamentos altos estaban destinadas para dos o tres personas, y las que dieron mejor resultado fueron los modelos VE-24 de la North Face.

Cocinillas y anafes: Utilizamos tres combustibles distintos en toda la expedición en los diferentes campamentos. En el base, hasta el base avanzado, se cocinó con anafes a parafina y gasolina de la fábrica Optimus, por su gran capacidad calórica. En los campamentos superiores se eligieron quemadores Camping Gas y Epi Gas con balones pequeños desechables llenos con una mezcla de butano-propano.

La elección de los materiales y el vestuario no fue de gran dificultad, ya que se ha llegado a un nivel de alta calidad, y son constantemente probados en las condiciones más rígidas por las distintas expediciones que operan en el Himalaya, tanto en primavera y otoño, como en invierno. En nuestra expedición "Everest 83" el material usado fue el siguiente:

Material de escalada:

- 15 piolets metálicos personales.
- 5 martillos piolet.
- 2 martillos de roca.
- 15 pares de grampones doce puntas.
- 14 pares de bastones de esquí.
- 14 descendedores.
- 14 ascendedores.
- 14 arneses de seguridad fabricación "Camp".
- 30 estacas de aluminio para nieve (60 cm.).
- 15 metros de escalas de cuerda y aluminio.
- 100 mosquetones con y sin seguro.
- 40 clavos de roca variados.
- 30 tornillos de hielo.
- 6 cuerdas de ataque de 9 mm y 40 mts.
- 1.000 metros de cuerda auxiliar 8 mm.
- 20 metros de cinta tubular.
- 200 jalones de señalización.

24 carpas de alta montaña marcas Eureka, Nippin, Dunlop, y North Face.

1 carpa cocina grande campo de base.

2 sacos de vivac nylon.

10 toldos nylon 3x3 metros.

Material de cocina:

10 anafes a bencina Optimus modelo 111-B.

7 anafes a parafina Optimus modelo Camper 00.

6 anafes Camping Gas.

6 anafes Epi Gas.

1 lampara Coleman a bencina.

6 lámparas Camping Gas.

6 juegos de ollas campamentos altos.

4 juegos ollas grandes campo de base.

1 olla a presión, una tetera grande, sartenes.

Platos, servicios, jarros.

Bidones plásticos.

Equipos varios:

Radiograbadora portátil.

Caja de reparaciones y costurero.

Tres palas.

Prismáticos, altímetros, termómetros.

Equipo de comunicaciones:

4 unidades portátiles VHF de frecuencia modulada Kenwood modelo 2.500 de 2.5 Watts.

4 unidades HF banda local Sony de 0.5 Watts.

Vestuario y equipo personal:

Zapatos dobles modelo Ultra Extrem de Koflach.
Zapatillas de viaje y descanso Diadora.
5 pares de medias de lana largas.
4 pares de calcetines delgados de lana o algodón.
2 poleras de manga corta.
1 juego de ropa interior de montaña de polipropileno larga.
Traje térmico chaqueta y pantalón sintéticos North Face.
2 camisas gruesas de lana o franela.
Traje cortaviento parka y pantalón nylon Goretex.
Parka y pantalón acolchado en pluma nylon.

1 par de guantes de seda.
4 pares de guantes de lana.
1 par de guantes mitones de pluma.
1 par de guantes mitones cortaviento nylon.
1 par de botines de pluma.
1 par de polainas de nylon con cierre.
1 par de cubre botas de nylon completas.
1 gorro pasamontañas de seda.
1 gorro pasamontañas de lana.
1 gorro de lana tipo esquí.
1 gorro de tela blanco para el sol.
3 pares de anteojos de sol.
1 pañuelo de seda para el cuello.
1 saco de dormir de pluma.
1 colchoneta aislante Karrimor.
1 mochila de escalada Karrimor modelo "Joe Brown".
1 linterna frontal Face Nord.
1 piolet metálico.
1 martillo piolet metálico.
1 par de grampones de doce puntas.
1 ascendedor jumar.

1 descendedor ocho.
1 arnés escalada de silla Camp.
1 par de bastones de esquí.
1 cantimplora de aluminio.
1 tenuta deportiva de viaje Levis.
Cámara fotográfica.
Documentos, papel, sobres.
1 libro, un casete de música.
Artículos de aseo.
Bolso de viaje Diadora.

Fotografía y cine

Gastón Oyarzún

En una expedición al Himalaya los aspectos relacionados con la obtención de testimonios gráficos tienen una gran importancia. Una vez que cancelamos a la C.M.A. los derechos establecidos de doce mil dólares para poder filmar en cualquier formato durante la expedición, tratamos de hacerlo en la mejor forma posible. Utilizamos cámaras fotográficas, cámaras de cine, y cámaras de video. El material obtenido fue tanto en color como blanco y negro.

Sabiendo las condiciones climáticas existentes en el Himalaya, y tomando en cuenta las dificultades de manejo, y de los óptimos cuidados que requerían las cámaras en el largo viaje que teníamos por delante, se tomaron ciertas precauciones. Pilas de repuesto, estuches acolchados, y bolsas impermeables al polvo y la humedad. Cada uno, además, llevó un set de limpieza externa, lo que se convirtió en un elemento muy necesario.

Afortunadamente las cámaras modernas son lubricadas con sustancias secas como grafito o molibdeno, lo que impide el congelamiento con temperaturas bajas. En montaña, esta fue una seria dificultad hace algunas décadas.

El principal problema que produce el frío actualmente es el descargar rápidamente pilas y baterías. En cuanto a las cámaras fotográficas, cada miembro de la expedición utilizó una de 35 mm y sistema réflex, con óptica intercambiable. Además, se ocupa-

ron algunas pequeñas semiautomáticas de alta calidad, de igual formato, como la Olympus X-A, muy liviana y fácil de manejar.

Una serie de objetivos distintos completaban el arsenal personal de cada uno, que a medida que se subía, iban quedando guardados en algún campamento. El factor peso es siempre el enemigo mayor en una ascensión en altitud.

Las cámaras utilizadas fueron de marca Olympus, Canon, Pentax, y Nikon. Todas con un buen rendimiento. Por mi parte utilicé mi Nikon FM hasta el campo 5 (7.600m) y luego la Olympus compacta hasta los 8.350 metros, pues su cómodo tamaño permitía protegerla en el bolsillo de la camisa.

Los objetivos preferidos fueron los Gran Angular de 28 mm y los pequeños Telefoto de 135 mm. Todos ellos equipados con parasol y filtro skylight para filtrar la radiación ultravioleta, que aumenta a medida que se asciende, y compensar en parte la saturación de azules que aparece en la fotografía de alta montaña.

Se fotografió principalmente en película reversible a color, y muy poco en negativo color o negativo blanco y negro.

En la expedición al Gasherbrum II el año 79, utilicé también una cámara de formato mayor (6x6) para película blanco y negro, con la que se lograron buenas fotografías en esa oportunidad, hasta el campo de base.

Gracias a importantes auspicios por parte de Kodak y Agfa, obtuvimos todo el material tanto de cine como de fotografía totalmente gratis. Se utilizaron unos 200 rollos de película color en total, y unos 50 de película blanco y negro para cubrir todas las necesidades. Las películas usadas fueron:

Kodachrome 25
Ektachrome 64
Agfa Chrome 50
Agfa CT 18
Agfa CT 21
Panatomic X
Kodacolor 100
Agfa color 100

Se tomaron fotos desde la salida de Santiago hasta el 21 de mayo en el campo 7 (8.300m). Pero se cumplió otra vez la regla general de que a medida que se sube o aumentan las dificultades, disminuyen las fotos.

Todos hicieron excelentes fotos de Pekín, la Gran Muralla, Lhasa, y el trayecto entre el campo base y el campo 3, pero sobre el Collado Norte la disminución de tomas fue notoria. Cuesta pensar en una foto cuando toda la energía se ocupa en respirar o no caerse. El constante mal tiempo nos obligó muchas veces, también, a llevar las cámaras dentro de las mochilas bien protegidas. De las 7.000 fotos tomadas en toda la expedición, sólo 20 se hicieron sobre 8.000 metros, y sólo 8 se tomaron sobre 8.300 metros. Los números simples muestran la realidad del intento final al Everest.

En cuanto al cine, Danilo operó una cámara de 16 mm y una cámara de video de gran tamaño hasta el campo 3 inclusive (6.500m), con buenos resultados. El problema mayor que debió resolver fue, sin duda, calcular el total de baterías, y darles adecuada protección contra el frío. En algunas ocasiones la video-grabadora también se oponía a trabajar, pero luego de que la temperatura aumentaba un poco, volvía a correr. Muchas veces debió dormir con ella dentro de su saco de plumas. Esta tierna solución permitió obtener imágenes en video hasta los 6.800

metros de altura. La cámara usada fue la misma que las unidades de TV utilizan para reportear en la ciudad. Una profesional J.V.C. con toda su lista de accesorios y gran cantidad de videotapes de formato 3/4.

Por su parte, el Super Ocho fue la vedette de altura, al igual que en la expedición del 79 donde filmamos hasta la cima. Ahora en el Everest, contamos con un documental realizado hasta el campo 7, gracias al fácil manejo y pocas dimensiones de una cámara de cine Super Ocho. Utilicé una compacta cámara eléctrica alimentada por dos pilas pequeñas y protegida por un filtro skylight; cargada no pesa más de un kilo, lo que fue tomado en cuenta al adquirirla. La película Super Ocho, toda en casete, muy fácil de cargar y descargar, fue la Kodachrome 40 II de excelente calidad y colorido. De un total de 35 rollos filmados, ahora contamos con una película documental de 60 minutos de duración.

Finalmente, hay que decir que a través de un convenio establecido entre los escaladores y la Federación de Andinismo, cada uno de los expedicionarios aportó el 25% de su material de fotografía para así cumplir con los compromisos de auspicios contraídos previamente.

El transporte de la expedición

Juan Pardo

La gran cantidad de literatura que existe respecto de la conquista de las montañas más altas del planeta, sin duda ha servido a muchos deportistas de modelo de planificación de sus futuras expediciones. Aunque también ha jugado un papel importante la experiencia previa en expediciones de larga duración a zonas remotas. En nuestro caso, la única experiencia anterior en montañas del Himalaya se limitaba a la expedición del año 1979, al monte Gasherbrum II, en Pakistán; antecedente que sería de gran valor, en cuanto entregaba conocimientos importantes para la realización de la primera expedición chilena al “Techo del Mundo”; el Everest.

Trasladarse hacia el otro lado de la tierra supone el uso de una gran variedad de medios de transporte, más aún cuando el propósito del viaje es llegar al Tíbet, tierra mística y remota, con el fin de posarse en la cima de la “Diosa Madre de las Montañas”.

Usando la imaginación, podemos trasladarnos hasta principios de siglo, fecha en que se realizaban los temerarios intentos ingleses al Everest que partían desde territorio de la India, demorando meses de ardua y penosa caminata, con la ayuda de cientos de hombres y animales de carga.

Es así como el 8 de junio de 1924, los ingleses Irvine y Mallory escribirían uno de los capítulos más intrigantes de la conquista de esta montaña, al desaparecer en la arista final del cerro. Habían logrado llegar hasta una altura jamás alcanzada, ocupando

los escasos medios que la tecnología de la época era capaz de proveer para tales aventuras.

Rápidamente nos trasladamos a la época actual. Medio siglo de evolución técnica y científica han facilitado hasta cierto punto este tipo de ascensiones. Aunque no por esto la empresa deja de ser difícil; aún es necesario considerar una serie de aspectos que deben planificarse rigurosamente hasta el más mínimo detalle. Pero la planificación nunca podrá prever una serie de circunstancias que siempre se dan en expediciones de este tipo; las sorpresas pueden ocurrir en cualquier momento, y también pueden afectar seriamente el desarrollo de la expedición.

Cuando se planeó el transporte de la expedición, fue necesario tomar en cuenta el traslado de un volumen considerable de equipos y alimentación que debían ser embarcados por carga aérea, unos días antes de nuestra partida. Eran 600 kilos de equipo general, y unos 1.000 kilos de alimentación, que sólo volveríamos a ver cuándo arribáramos a la ciudad de Lhasa, capital del Tíbet. En total, más de una tonelada y media embalada en unos 50 contenedores de cartón duro, que deberían hacer un largo viaje, con altas posibilidades de maltrato o pérdida.

Además, nosotros viajábamos con nuestras voluminosas bolsas de equipo personal. Catorce personas con unos 400 kilos de carga, que se incrementarían a unos 650 kilos a medida que en Ámsterdam y Tokio se adquirirían los últimos elementos necesarios.

También debíamos considerar que un gran volumen de la alimentación iba a ser adquirido en China; y que debían comprarse también algunos implementos para el funcionamiento del campo base, con lo que la suma total de nuestros equipos y alimentos alcanzaba una cifra cercana a las tres toneladas.

Aunque los vuelos en avión son bastante más cómodos que los medios de transporte usados por los precursores de la conquista del Everest, no dejamos de sentir lo riguroso del prolongado viaje; escalas técnicas, cambios de avión, alteración de las horas de sueño, se conjugaban en sus efectos. Aunque el trayecto hasta China fue satisfactorio por la calidad de los aviones usados, es imposible emitir el mismo juicio del trayecto desde China hasta el Tíbet, que fue realizado en dos espantosas jornadas en unos aviones bastantes anticuados que nos trasladaron hasta Lhasa. Se trataba de unos viejos modelos Ilushin, de fabricación soviética, que eran un verdadero atentado acústico, pues parecía que los motores iban instalados dentro de la cabina de pasajeros, lo que hacía muy difícil cualquier intento de entablar una conversación. Qué agradable fue descender en el pequeño aeropuerto de Lhasa y olvidarse de los estridentes motores.

Aquí nos esperaba un pequeño bus que nos trasladaría en un viaje de dos horas hasta la residencia turística ubicada en las afueras de la ciudad, en donde nos quedaríamos. Por fin esta noche podríamos dormir tranquilamente, pues desde nuestra partida de Chile todo había sido vertiginoso y sin pausas; habíamos acumulado una cantidad considerable de horas de sueño atrasadas en estos diez días de viaje, y ahora era la oportunidad para empezar a recuperarlas.

Aunque pensábamos permanecer el menor tiempo posible en Lhasa, debimos retrasar nuestra partida hacia el campo base, pues nuestra carga aérea no aparecía, y no queríamos encontrarnos con sorpresas de última hora. Dos días después de lo previsto aparece la totalidad de nuestra carga, que viene muy maltratada. Hemos pasado algunas horas de incertidumbre pensando en la pérdida de alguno de los contenedores, pero ahora estamos tranquilos, pues ya mañana iniciaremos la larga jornada hacia el base. Unos 750 kilómetros de caminos de tierra que

deben ser cubiertos en tres jornadas sucesivas, ocupando dos camiones y un jeep. Esta etapa, es quizás la más dura e incómoda de todo el viaje de aproximación a la montaña.

A las características propias de un viaje en camión, se sumaba el polvoriento camino y las bajísimas temperaturas, debido a que el camino muchas veces se remontaba sobre los 5.000 metros. En este demoledor trayecto algunos se turnaban para ocupar el jeep, que generalmente trasladaba a aquellos que tenían su salud más afectada.

Tan sólo cuando arribamos al campo base nos dimos cuenta que podríamos haber hecho al menos dos jornadas del viaje en un bus pequeño, pero era tarde para lamentaciones; se decide ocupar esta posibilidad a nuestro regreso. Lo importante era que por fin estábamos en el pie del glaciar Rongbuk, punto de partida obligado para las ascensiones que parten desde el lado tibetano.

La próxima etapa del transporte consistía en ocupar animales de carga para abastecer el campo base avanzado, para lo cual decidimos aclimatarnos cuatro días antes de partir hasta los 6.500 metros de altura del campo 3. El día 27 de marzo por la tarde llegan los dos conductores de yaks y nuestro guía de ruta; el viejo Penma, todo un personaje de la región.

El día 28 ya estamos rumbo al campo 1, ubicado a 5.600 metros. A nuestro arribo sorpresivamente los tibetanos nos solicitan anafe y carpa, equipo que no teníamos considerado hasta el momento, pues se suponía que los chinos deberían proveerlo, pero en vista de las circunstancias, debimos acceder. Les entregamos, muy a pesar nuestro, una carpa de altura fabricada en Goretex y un anafe Optimus para todo combustible, que finalmente y des-

pués de algunas discusiones nos devolverían en condiciones desastrosas.

El día 30 por la tarde arribamos al lugar del campamento base avanzado; hasta aquí habíamos llegado Claudio Lucero, el viejo Penma y un ayudante, mientras que Nelson Muñoz acompañaba a Claudio Gálvez desde el campo 2 hacia el base, pues no se sentía bien, y uno de los conductores de yaks nos esperaba en el campo 2, pues se encontraba visiblemente afectado por la altura. La ayuda de estos fieles y dóciles animales de carga llamados yaks, fue a través de todo el desarrollo de la expedición de un valor incalculable. Nosotros habíamos planificado el uso de esta ayuda en varias etapas, por lo que se había considerado ocupar los animales en tres o cuatro viajes.

Como no estábamos exentos de eventuales sorpresas, en uno de los transportes que debían realizar los animales de carga hasta el campo 3, nos vemos imposibilitados de contar con su ayuda, ante lo cual nuestro afligido intérprete y el conductor del jeep deciden tomar la iniciativa y bajar hasta el poblado más cercano a solucionar el problema. Cuál no sería nuestra sorpresa cuando al regresar el jeep, descienden de él siete tibetanos que suplirán la falta de los yaks. Claro que, a diferencia de los animales de carga, que tienen un paso lento y continuo, nuestros ocasionales porteadores utilizan un sistema propio; caminar algunos minutos a un ritmo muy rápido y descansar el doble del tiempo.

A través del desarrollo de la expedición hacemos uso en cuatro oportunidades de la ayuda de hombres y animales. La última, y quizás la más valiosa actuación la llevan a cabo el día 21 de mayo, cuando nos enteramos en la madrugada del edema que ha sufrido Gastón. Rápidamente desde el campamento base se organiza la ayuda, se solicitan dos botellas de oxígeno a la expedición norteamericana, que son traídas hasta el campo 2 con la

ayuda de los animales de carga. Aquí yo los espero, y junto a Gino cargamos por turnos el crochet metálico con las botellas hasta el campo 3, llegando en los precisos momentos en que aparecen desde los campamentos de altura Gastón y el resto de nuestros compañeros. Al día siguiente, en medio de una intensa nevada, llegan los yaks y desmantelamos el campo 3. En una jornada agotadora descendemos hasta el campo base; en la entrada de la morrena nos espera el jeep que nos conduce hasta nuestras tiendas en donde emocionadamente nos reciben nuestros compañeros.

Tal como estaba previsto, el 24 de mayo abandonamos las morrenas del glaciar Rongbuk con destino a Xegar. En un incómodo viaje de siete horas nos despedimos para siempre de los camiones, las próximas jornadas las haremos en un confortable minibús. Todavía quedan varios días de viaje, el regreso desde el Tíbet a China se hará en unas cinco jornadas de vuelo. Ahora los pequeños aparatos Ilushin nos parecen comodísimos, claro que ésta es una impresión normal después de dos meses de estadía en la montaña, y luego de trasladarse por esos interminables y áridos caminos de tierra utilizando el jeep y los camiones, cualquier avión nos parecía en estas circunstancias extremadamente confortable. El ruido de los motores, antes agobiantes, ahora parecía casi un ronroneo.

Los pocos días que nos quedan en China los dedicamos al turismo. Tumbas y palacios de emperadores, la gran muralla que se extiende casi al infinito, son muestras del extraordinario patrimonio cultural que posee el pueblo chino. Varios meses no serían suficientes para poder captar la verdadera dinámica de esa nación de mil cien millones de habitantes. En el último día del mes de mayo debemos abandonar este país para dirigirnos rumbo a Tokio, en donde tenemos que esperar dos días para la conexión hacia Ámsterdam. Aquí nos encontramos con la nove-

dad de que no tenemos reservaciones confirmadas, y que existe la posibilidad de que tengamos que viajar separados.

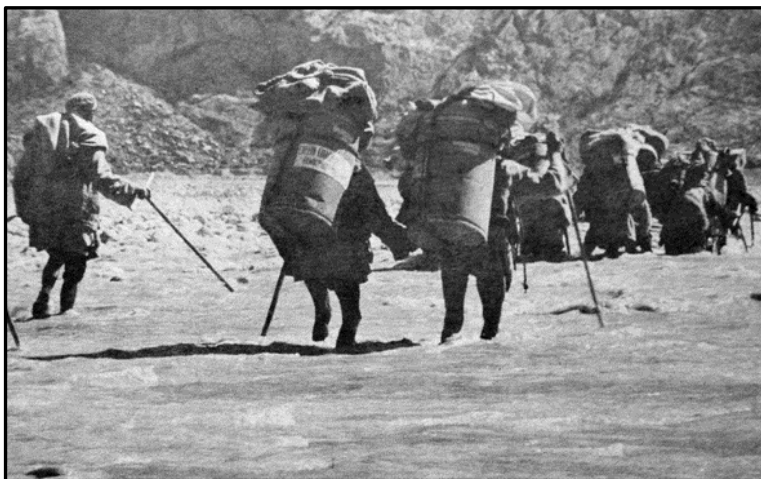
Nuestra situación financiera es crítica, la expedición sólo cuenta con escasos fondos, apenas suficientes para cancelar dos noches de hotel, debiendo correr por nuestra cuenta el resto de los gastos. Después de algunas gestiones, en las que somos ayudados por personal de nuestra Embajada, conseguimos para tranquilidad nuestra, solucionar el problema.

El retorno hacia Chile contempla una larga escala en Ámsterdam, por lo que aprovechamos para irnos hasta el centro de la ciudad y disfrutar del bullicio y la fluidez de las calles. En la plaza de Gobierno nos instalamos a tomar un contundente desayuno en tanto observamos cómo actores y músicos le imprimen al ambiente algo de fantástico. Cuando atardece, retornamos al aeropuerto. En resumen, casi un mes de permanentes viajes, ocupando los más diversos medios de transporte, y atravesando la mitad del mundo por los más increíbles lugares. Una odisea necesaria para una expedición chilena que se traslada miles de kilómetros hacia el Tíbet, tierra budista, morada eterna de los dioses que habitan las cumbres del Himalaya.

Regresamos a nuestro país sin haber conseguido posarnos sobre la cumbre del Chomolungma, pero sin duda, volvemos enriquecidos por la experiencia adquirida en noventa días de nuestras vidas; tres meses de agitadas vivencias, que quizás nos hicieron envejecer un poco, pero que más que nada, nos entregaron un conocimiento que la rutina urbana no proporciona jamás al hombre.



Transporte a lomos de yak...



Porteadores del Baltistán.

Preparación física en el deporte de montaña

Profesor Enrique Aldunate

La preparación física en estas últimas décadas ha tenido un rol preponderante en la práctica de los deportes, a esto no escapa el deporte de montaña, y en especial el andinismo, ya que es una expresión deportiva en la cual el deportista se ve sometido a máximas exigencias fisiológicas, principalmente entre otros factores, por la baja presión parcial de oxígeno existente en las grandes altitudes.

Mi interés por este deporte me llevó a realizar un profundo estudio sobre las exigencias a que está expuesto el organismo cuando se practica el andinismo a grandes alturas. En este, como en todo deporte, para lograr buenos rendimientos debe existir una mancomunidad de la parte técnica con la preparación física. Pero además aquí existe otro factor que es determinante en la práctica del andinismo, y ésta es la posibilidad de aclimatarse a la altura.

Tenemos que diferenciar dos aspectos importantes que tienen relación con la estadía en la altura:

- a) La adaptación a la altura.
- b) La aclimatación a la altura.

Una adaptación a la altura es la forma en que el organismo responde cuando es sometido a una baja presión de oxígeno du-

rante los primeros días. Esto se traduce en una serie de cambios fisiológicos, como el aumento del ritmo cardíaco, aumento de la frecuencia ventilatoria, y de una adecuada redistribución sanguínea. Ahora, una aclimatación a la altura es la forma en que el organismo responde después de permanecer largos períodos a baja presión de oxígeno. Aquí el proceso fisiológico más importante es la maduración de los glóbulos rojos en la médula espinal, hecho que sólo ocurre a partir de la segunda semana de exposición a la extrema altitud.

Lo antes expuesto nos indica que el trabajo en las sesiones de preparación física debe incidir fundamentalmente en el consumo de oxígeno (capacidad aeróbica), o sea, que con estas sesiones se debe aumentar el consumo de oxígeno. En una simple explicación diremos que esto significa que el organismo sea capaz de transportar la mayor cantidad de oxígeno posible por minuto; esto implica que todo el sistema circulatorio debe ser muy eficiente, el corazón debe poseer un buen volumen de sus capacidades internas, como también poseer una buena contracción para así expulsar el máximo volumen de sangre. Además, los pulmones deben realizar un buen y extenso intercambio gaseoso, para así tener la posibilidad de captar y transportar el máximo de oxígeno al organismo, principalmente a la musculatura, que realiza un trabajo agobiante. Parece un contrasentido que haya que aumentar el consumo de oxígeno a los deportistas, ya que cuando éstos realizan su práctica deportiva se encuentran en un medio ambiente en el cual existe muy poco oxígeno. Pero si nuestro organismo es capaz de transportar más litros de sangre por minuto, tiene la posibilidad de captar con mayor eficacia el poco oxígeno existente en el aire.

Para concluir esta pequeña explicación, mencionaremos otro aspecto importante como es el techo de aclimatación que posee cada persona. Esto se refiere a la cualidad que posee cada orga-

nismo para aclimatarse a la altitud, estando esto relacionado con la cantidad de glóbulos rojos que éste es capaz de producir. De esta forma tenemos deportistas que pueden alcanzar como máximo los 4.000 metros de altitud, y otros que pueden ascender por sobre 8.500 metros de altitud, sin mayores problemas físicos.

Como preparador físico estoy seguro que a personas con las mismas capacidades individuales para aclimatarse a la altura, es más eficiente en la altitud el individuo que posee mayor consumo de oxígeno por minuto, porque tiene la posibilidad de poner mayor cantidad de oxígeno a disposición de la musculatura que se encuentra en acción.

El deportista de montaña debe tener clara conciencia de que su preparación físico-técnica debe ser óptima para afrontar en mejores condiciones un paso de extrema dificultad técnica, pues su organismo le proporcionará prontamente los cambios fisiológicos necesarios para que la musculatura en acción pueda realizar dicha tarea con éxito. Es importante mencionar que el organismo, además de ser sometido al problema de la altura, debe realizar un gran y constante trabajo muscular, ya sea, caminando o trepando fuertes pendientes, y escalar con pesadas mochilas. También el organismo debe ser capaz de soportar fuertes vientos, frío intenso por largos períodos, fuertes radiaciones solares, y elevados niveles de deshidratación.

Lo anterior nos da una base mayor aún, para que todas las empresas acometidas por los montañeros deban tener como importante aspecto por cumplir una exigente preparación física, además de otros factores que conforman la práctica del andinismo. En el entrenamiento con miras a la expedición Everest, se trazó un programa tendiente a mejorar la preparación general en todos sus ámbitos. Para este fin se realizaban dos sesiones de

trabajo físico durante la semana; los días martes y jueves. Esto se completaba con las salidas a terreno que los deportistas realizaban los fines de semana, ya que para que se pueda obtener algún resultado positivo en el proceso de entrenamiento, hay que realizar por lo menos tres sesiones durante la semana.

El entrenamiento físico correspondía básicamente a alcanzar el máximo aumento de las capacidades fisiológicas de los andinistas, especialmente el aumento de la capacidad aeróbica; esto significa mayor consumo de oxígeno. Con el fin de diagnosticar y evaluar la condición física de los deportistas, se elaboraron pruebas de laboratorio para medir la capacidad aeróbica, como también pruebas de campo para el mismo fin.

Para terminar, creo importante mencionar que la preparación física es un importante apoyo para ejecutar una correcta técnica de escalada, ya que a mejor condición física mejor será el desempeño de los andinistas en la montaña. Pero la práctica de un deporte con dificultades tan distintas a las demás actividades deportivas, como la unidad de tiempo en que se ejecuta la actividad, las inclemencias del clima, los cambios psicológicos a que se ve sometido el deportista y, por último, el problema de la baja presión parcial de oxígeno existente en el ambiente, me llevan a reflexionar sobre la estadía del equipo chileno en el monte Everest durante la temporada 83.

El equipo chileno tuvo todas las posibilidades de lograr la cumbre porque su trabajo así lo demostró, con la estadía en el campamento alto por más de tres días con sus correspondientes noches, lo que significa que el campamento fue equipado con todo lo necesario para la permanencia de estos cuatro esforzados deportistas, que de haber podido contar con buen tiempo después de la llegada a su campamento alto (8.300m), habrían podido gastar toda esa energía y alimentos que se ocuparon en esas in-

terminables 80 horas de permanencia (campamento 7) en un posible intento a la cumbre en el cual seguramente habrían superado los 8.300 metros, y quién nos dice que no hubieran alcanzado la preciada cumbre.

Además, podemos destacar que el haber enviado doce hombres a la montaña, de los cuales seis alcanzaron la cota de 8.000 metros de altura sin el uso de oxígeno, y de ellos cuatro alcanzaron la cota de 8.350 metros, demostró la adecuada preparación que recibieron.

Es motivo suficiente para sentirse profundamente orgulloso del desempeño deportivo de este equipo nacional al tratar de alcanzar la cumbre más alta del mundo.

Auspicios y patrocinios

Gastón Oyarzún

Sin duda alguna que el primer logro importante y mayor, fue obtenido por la Federación de Andinismo de Chile al tomar la responsabilidad de organizar la expedición al monte Everest, completando su total financiamiento en momentos bastante difíciles para la economía del país.

El gran desafío planteado obligó a la institución rectora del deporte de montaña a crear una organización administrativa y financiera acorde con los requerimientos de la empresa. Así fue como a mediados de 1982 se creó el comité de la expedición integrado por algunos directores de la federación, y presidido por su propio presidente, Sr. Hernán Berti. Una vez ya en funciones el comité de la expedición quedó integrado de la siguiente forma:

Consejeros honorarios: Señores Carlos Píderit, Humberto Barrera, Arturo Aranda y Roberto Busquets.

Comité de planificación: Señores Hernán Berti, Fernando Suau, Nelson Ibarra, Juan Medina, Bion González, y Gerardo Schell.

Comité de finanzas: Señores Gastón San Román, Marcelo Rojas y Eugenio Castro.

Comité técnico: Señores Gastón Oyarzún, Claudio Lucero, Iván Vigouroux, Jorge Bassa y Enrique Aldunate.

Coordinadora comercial: Sra. Edith Díaz.

La idoneidad de los dirigentes designados, bajo la activa dirección del presidente, permitió ir cumpliendo las diferentes etapas del trabajo que se habían fijado en forma satisfactoria. Los principales problemas enfrentados, como fueron el inesperado cambio en el valor del dólar, y la grave situación de recesión que alcanzó caracteres de gran gravedad precisamente durante el año 1982, o sea, cuando se organizaba la expedición, incidieron notoriamente en la obtención de recursos.

Las dificultades económicas fueron grandes en todo momento, lo que obligó muchas veces a reestudiar los proyectos, y adaptarse rápidamente a las cambiantes situaciones que se producían, todo lo cual fue posible gracias a la autonomía que el directorio de la federación otorgó al comité de la expedición. En determinado momento fue necesario confeccionar cuatro proyectos que consideraban distintas alternativas de acuerdo a sus costos.

La primera alternativa que se denominó completa, consideraba la composición ideal de la expedición: los doce escaladores, más cuatro portadores de altura chinos, y un gran número de botellas de oxígeno para el asalto final. La segunda alternativa eliminaba la participación del equipo de TV e incluía un aporte importante de equipos por parte de los escaladores. La tercera alternativa estudiada eliminaba además a los asistentes chinos, y la cuarta alternativa reducía drásticamente a ocho los escaladores; no se contaba con los asistentes chinos, y había un gran aporte personal de equipos por parte de los participantes. Todas estas variables se manejaron prácticamente hasta el final, en que

ciertas dificultades para la compra de dólares a precio oficial aumentaron las preocupaciones de los responsables del proyecto. Finalmente, a pocos días de la partida, se decidieron los pasos a seguir: se enviaría a los doce escaladores elegidos más dos personas de TV nacional. Se eliminaba la contratación de portadores de altura chinos, y se reducía al mínimo la compra de botellas de oxígeno (5). Además, cada expedicionario debía aportar una cierta cantidad de equipos especializados, pues no había presupuesto para cubrirlos. Sin duda que estas restricciones influyeron en cierta medida en los resultados finales, aunque en opinión de los escaladores el éxito o la derrota en el Himalaya se define siempre en el terreno.

Una expedición a la montaña más alta de la tierra requería un financiamiento aproximado de unos 230 mil dólares para cubrir todos los gastos necesarios. Afortunadamente, desde el principio se contó con la valiosa colaboración de instituciones del deporte como también de empresas privadas, que cubrieron los requerimientos. Ellos fueron:

Patrocinadores oficiales:

- Comité Olímpico de Chile y Dirección General de deportes y Recreación (DIGEDER).

Auspiciadores oficiales:

- Diario La Tercera de la Hora.
- Milo-Chiprodal.
- Líneas aéreas K.L.M.
- Televisión Nacional de Chile.
- Levis Strauss.

Y entre los cientos de colaboradores y ayudistas del proyecto Everest, se contaron innumerables firmas comerciales, instituciones privadas y estatales, como asimismo una gran cantidad de personas. Sin pretender completar el listado y conscientes que quizás se nos olvidan muchos nombres sin querer, debemos destacar la valiosa ayuda prestada por:

- Imprenta Algueró. Impresión de folletos de difusión.
- Grupo de diseño "Áureo".
- Karrimor Internacional, mochilas especiales, Inglaterra.
- Induvet, equipos de pluma.
- North Face, equipos térmicos de abrigo USA.
- Imprenta Vera y Gianini, materiales de difusión.
- Instituto Cultural Chileno-británico.
- Supermercados Almac, alimentos.
- La Chilena Consolidada, seguros de vida.
- Optimus Internacional, anafes y cocinillas de montaña.
- Kodak Chilena, material fotográfico y de cine.
- J. Walter Thompson, asesoría publicitaria.
- Laboratorios Chile, medicamentos.
- Diadora, equipos deportivos.
- Radio Club de Chile, equipos de comunicaciones.
- Face Nord, lámparas frontales, Francia.
- Camp. Arneses de escalada, Italia.
- Bayer de Chile, medicamentos y efectivo.
- Ilustre Municipalidad de Las Condes. Aporte efectivo.
- Agro Prodex, alimentos especiales.
- Amerop, alimentos especiales y aporte efectivo.
- Agfa-Gevaert de Chile, material fotográfico y de cine.
- Lucchetti, alimentos.
- Embotelladora Andina, aporte efectivo.
- Viajes Olimpia, asesoría en transporte aéreo.
- Automotora Franco Chilena, aporte efectivo.

- Lee, ropa y calzado deportivo.
- Laboratorio Roche, medicamentos.
- Carrera Hubner, anteojos de montaña.
- Escuela de Esquí de Antuco, equipos de montaña.
- Laboratorios Norgine, medicamentos.
- Sociedad Lagos del Sur, alimentos especiales.
- Laboratorios Upjohn, medicamentos.
- Supermercados Jumbo, alimentos.
- Laboratorios Andrómaco, medicamentos.
- Laboratorios Sandoz, medicamentos.
- Koflach-Hama Ltda., botas de montaña.

En cifras generales el financiamiento de la expedición Everest se realizó con los aportes recibidos de la siguiente manera:

Aportes Comité Olímpico de Chile: \$ 4.102.000

Aportes DIGEDER: \$3.200.000

Aportes privados: 11.032.745

Total de ingresos: 18.334.745

Calendario de la expedición

Gastón Oyarzún

1982.

15 de mayo: Se firma en Pekín el Protocolo Oficial en que la Asociación China de Montañismo autoriza a la expedición chilena a intentar la arista noreste del Chomolungma, de 8.848 metros, en los meses de marzo, abril y mayo de 1983. Este protocolo con copias en chino e inglés es firmado por el vicepresidente de la C.M.A. y por el jefe de expedición.

Octubre: La Comisión Técnica de la Federación de Andinismo de Chile designa a los doce escaladores seleccionados a participar.

1983.

9 de marzo: Partida de la expedición desde Chile vía K.L.M. con destino Ámsterdam, Tokio y Pekín.

14 de marzo: Llegada de la expedición a Pekín. Recibimiento por parte de la C.M.A. y del Embajador chileno, señor Benjamín Opazo, y del personal de la Embajada.

17 de marzo: Viaje aéreo hasta Chengdú (Sichuan).

18 de marzo: Viaje aéreo hasta Lhasa (Tíbet).

22 al 24 de marzo: Viaje terrestre de Lhasa hasta el campo de base a 5.150 metros.

28 de marzo: Lucero, Pardo, Gálvez y Muñoz, acompañados de seis yaks y tres tibetanos, instalan campamento número uno a 5.600 metros.

29 de marzo: El mismo grupo de avanzada instala el campo número dos a 6.000 metros.

30 de marzo: Gálvez enferma y baja al base acompañado de Muñoz; Pardo y Lucero instalan campamento número tres a 6.500 metros.

1 de abril: Segundo grupo avanza hasta el campo tres. Parvex enferma y regresa al base.

7 de abril: Primer reconocimiento de la pared de hielo que conduce al Collado Norte. Fuerte viento y bajas temperaturas.

8 de abril: Cordada Peña-Oyarzún equipa los primeros 150 metros de la pared de hielo con cuerdas fijas. Tiempo malo y frío.

10 de abril: Casassa, que no ha logrado aclimatarse a la altura, sufre principio de edema cerebral y pérdida parcial de la conciencia. Es atendido con oxígeno artificial toda la noche. Cordada Peña-Oyarzún equipa primera rimaya.

11 de abril: Mal tiempo. Nieve y viento. Muñoz y García ayudan a descender a Casassa hasta el campo base donde es atendido por el médico.

12 de abril: Cordada Peña-Lucero-Rivera-Oyarzún-Vigouroux equipa hasta los 7.000 metros. Temperaturas bajas.

13 al 20 de abril: Todos en el base. Mal tiempo. Nieve y viento.

21 de abril: Peña, Casassa y Oyarzún portean equipos hasta el campo uno mientras sube el grupo de Lucero, Aravena, Gálvez, García, Parvex y Bassa hasta el campo tres.

24 de abril: Sube hasta el campo tres el segundo grupo integrado por Peña, Pardo, Vigouroux, Rivera, Muñoz y Oyarzún. Son acompañados por siete porteadores tibetanos.

25 de abril: Cordada Lucero-Gálvez termina de equipar hasta el Collado Norte. Mal tiempo.

27 de abril: Diez escaladores suben cargas hasta el Collado Norte donde se instala el campo 4 a 7.007 metros de altitud. Parvex y García regresan al campo tres.

29 de abril: Ocho hombres suben hasta los 7.500 metros; Peña, Pardo, Rivera y Oyarzún portean cargas; Lucero, Gálvez, Muñoz y Vigouroux pernoctan en campo cinco recién instalado. En el campo tres, Bassa ha sufrido por la altura y es atendido con oxígeno, y desciende hasta el base con Parvex.

30 de abril: El equipo de punta avanza con mal tiempo hasta los 7.600 metros, y queda bloqueado por una fuerte tormenta de viento y nieve. Gálvez sufre congelamiento en los pies.

10 de mayo: Regresa el grupo de punta desde el campo cinco al campo tres en medio de fuerte temporal.

2 de mayo: Bajan todos al base. Mal tiempo generalizado.

3 al 8 de mayo: Descanso en el base. Nieve todos los días. Gálvez bajo atención médica.

9 de mayo: Se inicia la subida nuevamente al campo tres, con ayuda de tres portadores tibetanos. Tiempo inestable.

11 de mayo: Transporte al Collado Norte. Parvex, Muñoz y Rivera portean cargas y regresan al campo tres. Seis personas permanecen en el campo cuatro.

15 de mayo: Fuerte viento impide avanzar al grupo de ataque.

16 de mayo: Los seis hombres suben cargas hasta el campo cinco y pernoctan allí. Tiempo inestable y frío.

17 de mayo: El grupo sube los 8.050 metros e instala el campo seis. Regresan Pardo y García, y permanecen arriba los cuatro restantes. Nieve y fuerte viento toda la tarde.

18 de mayo: Tiempo frío e inestable. Peña, Lucero, Vigouroux y Oyarzún alcanzan los 8.300 metros e instalan campo siete.

19 de mayo: Viento fuerte y mucho frío. El grupo realiza un intento de superar la banda amarilla hasta los 8.350 metros. Demasiada nieve polvo en la roca aconseja regresar al campo siete. Por la tarde Lucero y Oyarzún exploran otro sector de la banda amarilla, más hacia el este, y ubican una rampa ascendente.

20 de mayo: Fuerte temporal de viento. Imposible salir de la carpa. Por la tarde se hace evidente lesión en Oyarzún.

21 de mayo: A través de la radio el doctor Bassa indica edema cerebral y ordena descender. La cordada Muñoz-García sube hasta el Collado Norte con medicamentos y ayuda. Desde el base suben los yaks con dos botellas de oxígeno hasta el campo dos. Desde allí Casassa y Pardo las suben hasta el campo tres.

22 de mayo: Amanece nevando fuertemente. Se abandona el campo tres y la posibilidad de la cumbre. Mal tiempo todo el día.

24 de mayo: En camiones y en jeep se abandona el campo base.

31 de mayo: La expedición deja China.

4 de junio: Llegada finalmente a Chile.

"Que nadie suponga que el Everest, por cualquier otra ruta, incluida la nuestra de 1953, es una montaña fácil; no lo es. Seguirá siendo peligrosa, como lo atestigua el triste tributo de vidas humanas que se ha cobrado. Cada vez que el viento sopla con furia es imposible avanzar por la elevada arista, y esto sucede casi todos los días del año. Y es así como debería ser, porque el hombre tendría que mostrarse humilde ante las obras mas grandes de la Naturaleza..."

Sir John Hunt.



Regreso a casa...



En la vida, cada uno tiene un Himalaya que alcanzar, o por lo menos proponérselo...

El desafío al Everest en obra de Gastón Oyarzún

"Everest: De los Andes al Himalaya" es el título del libro escrito por el jefe de la primera expedición chilena al Chomolangma, Gastón Oyarzún, en una narración vivencial de lo que fue antes, durante y después el desafío a la cumbre de 8.848 metros de altura, en 1983.

Tres mil ejemplares fueron lanzados en una primera edición dedicada fundamentalmente a los auspiciadores tanto de la expedición como del libro y a la familia montañista nacional.

"En estas páginas -explica el autor- se describen las diferentes etapas que debimos cumplir para llegar al monte Everest. Subimos a cumbres de Europa, Perú y Bolivia, destacando la ascensión a la pared sur del Aconcagua y el Gasherbrum II en Pakistán. Así con toda esa experiencia enfrentamos al Everest. El libro presenta también apéndices escritos por es-



GASTÓN Oyarzún visitó a LA TERCERA para presentarnos su obra acerca de lo que fue la Primera Expedición Chilena al Monte Everest.

pecialistas, a través de los cuales se pretende entregar antecedentes de cómo se organiza una expedición de alta montaña".

Gastón Oyarzún concluye su obra señalando que se está preparando un grupo de andinistas chilenos para escalar, durante el invierno del '85, el monte Aconcagua.



Chile
Everest - 1983



